SCARLETT SIMMONS



DESPUÉS DE MEDIANOCHE

Retelling de La Cenicienta

ROMANCES DE MILLONARIOS, 10

DESPUÉS DE MEDIANOCHE

Scarlett Simmons

Serie: Romance de millonarios (10)

Derechos de autor de @ScarlettSimmons, 2026
Maquetación y cubierta: Scarlett Simmons
Imagen de cubierta generada por IA (MidJourney)
Distribuido por Amazon
Registrado en CEDRO
Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.
Los hechos, algunos lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza a la realidad se debe a la más pura casualidad.
No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970).

SERIE ROMANCE DE MILLONARIOS

Scarlett Simmons

La serie Romance de Millonarios recoge historias en las que el protagonista es un hombre acaudalado y rico, que vivirá en diferentes situaciones en busca o huida del amor.

En esta novena entrega nos seguimos a Brennan Cole, un acaudalado inversor que viaja a Londres para evaluar una empresa, Hartfield Motors que le ha pedido financiación.

En los bajos de la empresa descubre un taller de coches clásicos, su gran afición. Allí se encuentra con Kailey, una preciosa mujer que es la última mota de polvo en la empresa, a pesar de su inteligencia y belleza.

Algo le huele mal en las negociaciones y decide investigar hasta qe descubre la verdad.

Todas mis novelas son autoconclusivas e independientes, por lo que puedes leer en el orden que desees, aunque puede que unas (solo las tres primeras) te hagan *spoiler* de otras, lo importante es la historia.

Encuéntralas aquí:



SOBRE MÍ

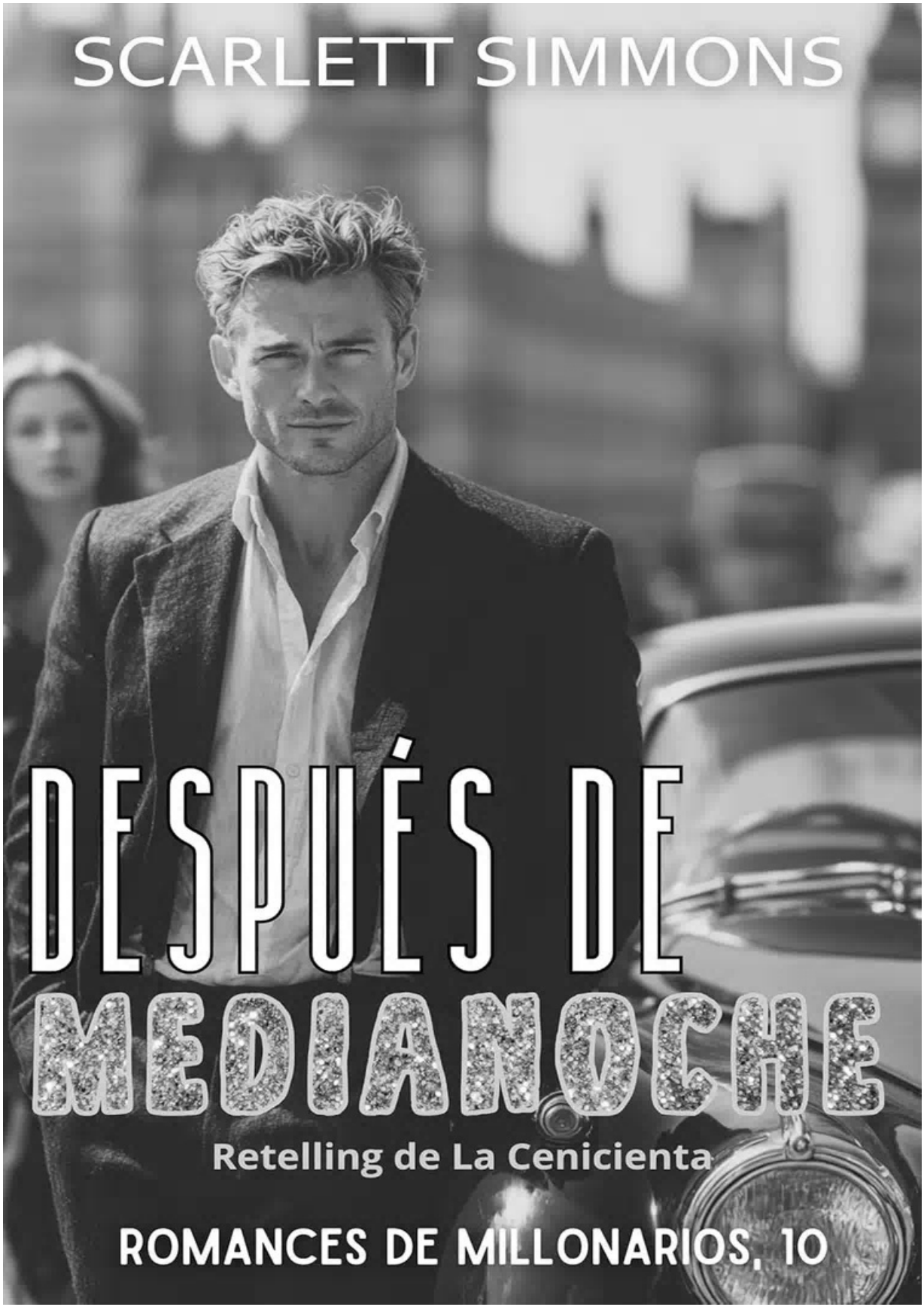
Soy **Scarlett Simmons**, escritora de novela romántica contemporánea *spicy*, de origen europeo y alma ardiente. Escribo mis fantasías siempre que puedo, pero no me había planteado publicar hasta que una de mis amigas disfrutó tanto con la lectura de mis novelas que he decidido sacarlas a la luz, poco a poco, para que tú también las goces.

Te invito a sumergirte en mundos vibrantes de frenesí, delirio y fogosidad envueltas por toneladas de tensión y amor. Pero a nadie se lo regalan. Mis personajes se enamoran y luchan por el amor en distintas circunstancias.

Sígueme en mi cuenta de autora de **Amazon**.



S.S.


SCARLETT SIMMONS
DESPUÉS DE
MEDIANOCHE
Retelling de La Cenicienta
ROMANCES DE MILLONARIOS, 10

INDICE:

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Kailey

Londres, hace cuatro años

Si algo temía que pasara, es esto. Mi mundo se ha venido abajo por segunda vez. La primera fue cuando papá murió, y ahora solo me consuela que mamá ya está con él.

Llueve en Londres con la insistencia típica de cada noviembre, de forma lenta y contundente, una lluvia que no tiene prisa porque sabe que va a quedarse, y yo llevo de pie junto a esta tumba el tiempo suficiente para que mis zapatos negros, que eran de mamá, estén completamente empapados y ya no sienta los pies.

Llueve y las gotas se mezclan en mi cara con las lágrimas que derramo sin parar.

Al otro lado, a unos veinte metros de mí, Richard estrecha manos y acepta abrazos y dice las frases que se dicen en estos momentos con la fluidez de haberlas ensayado, o quizá es que no siente la pérdida lo suficiente como para que las palabras no le cuesten lo mismo que a mí. Sharon está a su lado, con un vestido negro que le queda demasiado sensual para ser de luto, mirando el móvil cada vez que cree que nadie la ve.

Pero yo los veo.

Lo veo todo desde aquí, desde este sitio entre las dos tumbas que nadie más ha ocupado en toda la mañana porque nadie más ha entendido que este es el sitio que corresponde. Mi padre a la izquierda, con la lápida que lleva siete años aquí y que la lluvia ha

oscurecido hasta que las letras doradas son lo único que brilla. Mi madre a la derecha, con la tierra todavía removida y las flores encima, que en tres días estarán marchitas y que nadie volverá a cambiar, porque eso era lo que hacía ella, traer flores frescas a la tumba de papá todos los domingos sin falta.

Nadie va a hacer eso ahora.

«Hola, mamá».

Le hablo en silencio, porque tengo veintitrés años, estoy en un cementerio y hay cincuenta personas a mi alrededor, pero lo digo de verdad, con todo lo que tengo, que hoy no es mucho, pero es lo que hay.

«Ya estás con él. Eso es lo que querías».

Recuerdo la última vez que la vi reír de verdad. Fue hace ocho años, en el taller de Hartfield Motors, cuando papá le enseñó el Aston Martin del cuarenta y ocho que había restaurado en secreto durante meses para su aniversario. Ella se tapó la boca con las dos manos y luego se rio con una risa que empezaba pequeña y se le escapaba entera, y papá la miró con los ojos de un enamorado que lleva décadas mirando a la misma persona y sigue encontrando algo que merece la pena. Yo tenía quince años y pensé que eso era lo que quería, exactamente eso, alguien que me mire así después de décadas.

Luego papá murió.

Y mamá encontró a Richard, que la miraba de otra manera, pero la miraba, y yo tenía dieciséis años y no supe ver la diferencia entre alguien que te mira porque te quiere y alguien que te mira porque quiere algo que tú tienes.

Ahora tengo veintitrés y sí sé ver esa diferencia.

«¿Por qué no lo viste tú, mamá?».

No es un reproche. O sí lo es, pero del tipo que una se permite solo cuando la persona ya no puede escucharlo y duele de todas formas. Mi madre era inteligente, era fuerte y amaba a mi padre con una lealtad que no tenía fisuras, y aun así Richard entró por una puerta que el duelo había dejado abierta y se instaló antes de que nadie tuviera tiempo de cerrarla.

Y ahora está aquí, detrás de mí, recibiendo el pésame de los socios, empleados y algunos clientes de Hartfield Motors. El dueño de todo. Que es, supongo, exactamente lo que ahora es.

Me agacho. Pongo la mano sobre la tierra removida de la tumba de mi madre, con la lluvia cayendo sobre el abrigo negro, sus zapatos que llevo puestos empapados y las dos lápidas a cada lado, y hago una promesa que no digo en voz alta porque las promesas importantes no necesitan testigos.

«No voy a irme, papá. Hartfield Motors es nuestra. Y voy a quedarme dentro aunque tenga que hacerlo desde el último rincón».

Me levanto y me giro.

Richard me observa desde donde está, con Sharon al lado, y en su cara hay algo que no sé si es exactamente una sonrisa, pero que se le parece demasiado para ser un día de entierro.

Sostengo su mirada. Y entiendo, con la claridad meridiana de las cosas que se saben antes de que ocurran, que la lucha que empieza hoy va a durar mucho tiempo. Juro, ante estas tumbas, que no perderé el legado de mi padre.

CAPÍTULO 1

Kailey

Londres, hoy

El metro de la línea Central llega a Bank dos minutos tarde, lo cual en Londres no es retrasarse, es una forma de vida, y yo salgo al andén con el café en una mano, el bolso cruzado y los auriculares puestos con una playlist que llevo tres años sin actualizar, porque cada vez que me acuerdo pienso que si hay cosas que funcionan, ¿para qué tocarlas?

Fuera llueve, por supuesto que llueve. Es martes, principios de noviembre, y esto es Londres.

Subo las escaleras de la estación con el paso que demuestra que conozco cada peldaño de memoria, sorteo a un turista con maleta detenido en el centro de la salida, y emerjo a la calle con el cuello del abrigo subido y la certeza de que los ocho minutos que tengo hasta llegar a Hartfield Motors son suficientes si no me detengo en nada. Aunque, ¿a quién le importa si llego tarde? A mí y solo a mí, que no quiero tener ni una queja, a pesar de que soy la última mota de polvo en la empresa. Insignificante.

Así que no, no me detengo en nada y voy lo más rápido que puedo al trabajo.

Hartfield Motors ocupa los cuatro primeros pisos de un edificio de cristal y acero en el corazón de la City. La planta de calle se dedica a la exposición de coches y las de arriba son las oficinas. El logo plateado de la fachada se ve desde el Támesis cuando hay luz suficiente. Yo paso por delante todos los días sin mirarlo, o casi

todos. Hoy le dedico un segundo, con la lluvia en la cara y la mano agarrada al bolso, como si me pudiera sostener, y luego sigo hacia la entrada. Nunca lo miro demasiado tiempo, porque hacerlo me produce un tipo de dolor que a estas alturas ya sé que no lleva a ningún sitio útil.

El taller de restauración de coches está en la planta baja, al fondo del edificio, en una zona que los de arriba llaman el sótano aunque técnicamente no lo sea. Huele a aceite, a metal y a algo más difícil de nombrar, ese olor de las cosas antiguas que alguien ha decidido que merecen seguir existiendo. Hay seis coches en distintos estados de intervención, dos mecánicos que llevan más años aquí que yo, una mesa en el lateral, que llamo mi oficina, con un ordenador que tarda cuatro minutos en arrancar y una silla cuya rueda izquierda chirría desde octubre.

Es el departamento con menos presupuesto de Hartfield Motors. El que aparece el último en el organigrama. El que Richard lleva años queriendo cerrar con argumentos sobre márgenes y rentabilidad que son correctos en el papel y completamente erróneos en todo lo demás.

Mi título oficial es auxiliar administrativa del departamento de restauración, aunque me formé en Dirección de Empresas con la máxima calificación, hablo tres idiomas y estuve un año formándome en la casa Ferrari en Italia como directora comercial. Lo que hago en la empresa que fundó mi padre, en realidad, es gestionar las cuentas del taller, coordinar con proveedores, mantener el archivo histórico de todos los proyectos de restauración desde que mi padre fundó este departamento hace veinte años, y asegurarme de que los números cuadren con un presupuesto que cada año es más pequeño.

Nadie de los de arriba sabe exactamente lo que hago. Nadie de los de arriba baja a preguntarlo. A ninguno le interesa. No existimos para ellos.

Me siento, enciendo el ordenador y espero los cuatro minutos. Tom, el mecánico mayor, pasa por detrás de mi mesa con una taza de té y me deja una a mí sin decir nada, que es su manera de dar los buenos días desde que empecé a trabajar aquí. Le digo gracias sin volverme porque él tampoco espera que lo haga, y eso, ese pequeño protocolo silencioso entre los dos, es una de las pocas cosas de este edificio que funciona exactamente como debería y que me da un poco de calor.

Abro el correo. Facturas pendientes, un proveedor de piezas de Múnich que necesita confirmación, un error en el inventario del Jaguar E-Type del cincuenta y nueve que alguien ha registrado mal por tercera vez este mes, porque cada cosa que pido a otro departamento se hace sin dedicación por orden de Richard.

Lo corrijo, confirmo al proveedor y proceso las facturas.

A las diez y cuarto llega un mensaje de Rachel, la recepcionista de la primera planta, que dice: reunión sala grande, once en punto, todo el equipo directivo.

Me quedo mirando la pantalla.

«Todo el equipo directivo», ese grupo no me incluye a mí, que estoy tres plantas y varios escalones de poder por debajo de cualquier decisión real. Pero Richard lleva años convocándome a estas reuniones en calidad de soporte, que es una manera elegante de decir que tomo notas de lo que dicen los demás, preparo cafés, y luego vuelvo al sótano sin que nadie haya reparado en mi presencia.

Cojo el bloc de notas y subo.

La sala grande ocupa la esquina norte de la planta de dirección con vistas a la City y una mesa de caoba que mi padre compró en una subasta en Edimburgo y que a Richard le gusta presidir con satisfacción, como si fuera suya desde siempre.

Me siento en la silla del lateral, la que está ligeramente apartada de la mesa principal. La silla de quien está, pero no decide. Esta es una de las formas que Richard tiene de amargarme la existencia, porque así deja claro que no pinto nada en todo lo que se hable, pero puede decir que no lo esconde, puesto que estoy presente. Invisible y callada, eso sí.

Richard llega a las once en punto con su hija Sharon a su lado. Ella lleva un traje azul marino con los tacones que hacen ruido suficiente para que todo el mundo sepa que llega, el pelo perfectamente liso y una sonrisa calibrada para la ocasión. Se sienta a la derecha de su padre con toda la naturalidad de quien lleva años ocupando ese sitio sin haberlo ganado.

—Tenemos una novedad importante —dice Richard, mirando la sala con la satisfacción que delata que guarda un as en la manga—. Esta semana recibimos la visita de Cole Capital, un grupo inversor de Nueva York con el que llevamos meses en conversaciones. Han confirmado su interés en explorar una alianza estratégica con Hartfield Motors. Es una oportunidad significativa para el crecimiento internacional de la empresa.

Escribo. Para eso estoy aquí.

Escribo y escucho y proceso, y mientras lo hago, distintos pensamientos se mueven en mi cabeza entre la alarma y la intranquilidad. Un inversor americano trae dinero externo, con condiciones que nos afectarán y personas que harán preguntas sobre la estructura de Hartfield Motors que Richard lleva años evitando contestar.

O podría ser exactamente lo contrario. Alguien elegido con cuidado precisamente porque no hará ninguna pregunta a cambio de lo que sea que Richard le haya prometido.

—Sharon liderará las reuniones de presentación —continúa mi padrastro—. Quiero que la cara de Hartfield Motors ante Cole Capital

sea la mejor versión de esta empresa.

Sharon sonríe desde su sitio en la mesa principal. Escribo eso también.

La reunión dura cuarenta minutos. Hablan de cifras, calendarios, la presentación que Sharon preparará con el equipo de comunicación. Nadie me pregunta nada. Soy la persona que escribe lo que dicen los demás en una sala que lleva el apellido de mi familia en la fachada.

Cuando termina, recojo el bloc y bajo hacia el taller.

Sharon me alcanza en el pasillo antes de que llegue al ascensor.

—Kailey. —Su voz lleva esa amabilidad pública que se evaporará en cuanto no haya nadie mirando—. Necesito un resumen del archivo completo de Hartfield Motors para la reunión con Cole Capital. Revísalo todo. Desde el principio. Historial, cifras, proyecciones, los proyectos de restauración también. Para el jueves. Y pásamelo ya en un power point.

La miro con una incredulidad que debe notar. Es tan tonta que se atreve a pedirme eso a mí. El archivo completo de Hartfield Motors incluye documentos que Sharon no ha leído nunca. Son la historia de una empresa que su padre no fundó. Veinte años de proyectos de restauración catalogados por mí, uno a uno, en la planta baja donde ella no se asoma nunca.

—Para el jueves —repito.

—Antes, si puedes. —Inclina la cabeza—. Sabes que nadie conoce ese archivo mejor que tú.

Se aleja por el pasillo, taconeando, y yo bajo al taller, donde el Jaguar del cincuenta y nueve sigue en el elevador con el capó abierto y Tom bebiendo té a su lado, ajeno a todo lo que ocurre tres plantas más arriba.

Me siento. Enciendo el ordenador y espero otros cuatro minutos.

El jueves, cuando la gente de Cole Capital entre por esa puerta, Sharon va a presentar el trabajo de mi vida como si fuera el suyo.

Igual que lleva años haciendo con todo lo demás.

CAPÍTULO 2

Brennan

Nueva York

El problema de vivir con la misma persona durante cuatro años es que aprende a leer tu cara antes de que tú hayas decidido qué expresión poner.

Gina lleva diez minutos mirándome desde el otro lado de la isla de la cocina con un silencio que no me tranquiliza, más bien todo lo contrario, y yo sigo con una tostada en la mano y la vista en algún punto indefinido de la ventana donde Manhattan palpita con una intensidad que no deja espacio para nada más.

—Dilo —dice al fin.

—No hay nada que decir.

—Brennan…, te conozco.

Devuelvo el pan al plato y me giro hacia ella. Gina es guapa e inteligente, lleva cuatro años siendo la persona más constante de mi vida, y esta mañana me mira con cara de saber exactamente lo que va a escuchar y lo que lleva semanas temiendo.

—Necesito tiempo —confieso.

El silencio que sigue dura lo suficiente para que los dos sepamos lo que significa.

—¿Tiempo para qué? —me reprocha, con un tono de voz más bajo, demasiado cortante.

—Para pensar. Para estar seguro.

—¿Seguro de qué? Llevamos cuatro años juntos, Brennan. Vivimos juntos. Tenemos los mismos amigos, el mismo apartamento, los mismos planes de fin de semana. ¿Qué más necesitas para estar seguro?

No tengo una respuesta que suene bien porque no la hay. La verdad es que Gina ha hecho todo bien, absolutamente todo, y el problema no es ella, sino algo dentro de mí que, cuando imagina el resto de su vida a partir de una fecha concreta, un anillo y una lista de invitados enorme, se cierra de una manera que no sé explicar sin que suene a excusa.

—No es que no te quiera.

—No, claro. Solo necesitas tiempo. —Se aparta de la isla con un movimiento brusco, contenido—. ¿Cuánto tiempo?

—No lo sé.

—¿Semanas? ¿Meses? ¡¿¡Años!?!

—Gina, no...

—Llevas tres meses evitándome. Cada vez que quiero hablar de la boda, cambias de tema o tienes una reunión o de repente te acuerdas de algo urgente. —Me mira de frente—. Y ahora que lo he puesto encima de la mesa, me dices que necesitas tiempo.

Tiene razón en todo. No tengo ningún argumento válido en contra y los dos lo sabemos.

—El lunes vuelo a Londres —le recuerdo—. Estaré diez días fuera y, cuando vuelva, hablamos. Mientras tanto, necesito una pausa y espero que estés de acuerdo.

—¿Vas a Londres para pensar? ¿O vas a Londres para tener diez días libres de mí para hacer lo que te dé la gana? ¿Quieres tirarte a una inglesita antes de comprometerte? ¿O son varias?

—No saques las cosas de quicio, Gin. Para pensar. Solo para pensar con distancia, te lo juro. Aquí la rutina me come y no consigo parar. Necesito saber qué quiero sin verme empujado a ello.

—¿O sea que si te casas conmigo es porque te sientes obligado? ¿Es eso lo que estás diciendo?

Gina me mira durante un momento largo, evaluando si lo que escucha es verdad o es la versión presentable de algo menos honesto.

—No, no es eso. O sí, no lo sé. Necesito estar solo, Gina. Si nos equivocamos, será peor para los dos.

—¿Sabes qué me duele? Que no me lleves a este viaje. Hubiera sido una preciosa pre-luna de miel; podríamos organizar la boda solos y disfrutar el uno del otro. Ahora entiendo la razón.

—No seas dramática, Gin. Además, esta operación es importante para la empresa. Vuelvo en diez días y entonces hablamos y, si decidimos seguir adelante con la boda, lo haremos juntos.

—Y mientras tanto yo aquí, esperando a que el señor Cole decida si quiere casarse conmigo o no. —Hace una pausa sin dejar de mirarme con dureza—. Qué romántico.

—No es eso.

—¿Entonces qué es?

No lo sé. Ese es exactamente el problema, que no lo sé, y decírselo no va a ayudar a ninguno de los dos esta mañana.

Gina coge el bolso de la silla. Se pone el abrigo con un gesto brusco y ya sé que donde vaya a pasar el resto del día no incluye esta cocina.

—Cuando vuelvas de Londres —grita, desde la puerta—, más vale que tengas algo que decirme. Porque yo no puedo seguir así indefinidamente.

Me quedo solo con el desayuno servido, sin tocar, el apartamento en silencio y Manhattan ahí afuera, completamente indiferente a mis problemas, y pienso que Gina tiene razón en casi todo y que eso no resuelve nada.

La oficina de Cole Capital ocupa el piso veintidós de un edificio de Park Avenue con vistas que en días claros llegan hasta el puente de Brooklyn. Hoy es uno de esos días, con el azul de noviembre que solo aparece cuando el frío ha limpiado el aire de todo lo demás, pero yo llevo tres horas mirando el informe de Hartfield Motors sin haber llegado a ninguna conclusión útil.

James entra sin llamar, con su inseparable tablet bajo el brazo.

—¿Listo para el miércoles?

—Listo.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

James lleva años trabajando conmigo y sabe exactamente cuándo estoy bien y cuándo uso esa palabra para cerrar una conversación. Me mira un segundo y decide no insistir. Es una de sus mejores cualidades.

—Hartfield Motors es una operación interesante —dice, sentándose frente a mí—. Empresa familiar sólida, buena reputación

en el sector, el departamento de restauración es el mejor del país… ¿Para qué nos necesitan? La dirección actual lleva años al frente sin haber hecho nada especialmente malo ni especialmente bueno.

—¿Y? Por lo que sabemos, quieren financiación para expandirse al exterior. ¿Qué te resulta extraño?

—Que a veces las empresas familiares tienen capas que los números no cuentan. Hay que estar allí para entenderlo.

Abro el informe con el nombre de Hartfield Motors en el centro. Leo, aunque ya lo sé, que la empresa fue fundada por Edward Hartford hace veintiocho años, construida desde cero y convertida en una firma respetable con unos ingresos muy superiores a la media en el sector. Hartford murió y la empresa siguió dirigida por su mujer y el segundo esposo de esta, que era socio minoritario de la firma, y ahora su dirección quiere capital americano para crecer en los mercados internacionales.

Una operación como tantas otras. Sin embargo, no acepto ninguna sin que antes alguien de mi equipo visite la empresa con la que vamos a trabajar. Los números se pueden maquillar, las intenciones se pueden exagerar y las promesas pueden no sustentarse. Pero esta vez soy yo el que viajo y, de paso, me distancio un poco de Gina y sus ganas de boda.

El martes por la noche embarco en el JFK con una maleta, el portátil y la cabeza en demasiados sitios a la vez. El avión despega sobre Manhattan con todas sus luces abajo y miro por la ventanilla hasta que la ciudad desaparece en la oscuridad y solo queda el océano. Pienso en Gina, en lo que dijo antes de salir y en si diez días en Londres van a cambiar algo o simplemente van a retrasar una conversación que de todas formas tendrá que ocurrir.

En algún momento sobre el Atlántico apago la pantalla y miro la oscuridad fuera de la ventanilla, el mundo reducido a un tubo de

metal y siete horas de noche. Es lo más parecido a la quietud que voy a tener en un tiempo.

Aterrizo en Heathrow con el cielo todavía oscuro y la ciudad encendida abajo. El taxi me lleva hacia el centro por la autopista con la lluvia en el parabrisas y los edificios apareciendo en la niebla uno a uno, y Londres hace lo que mejor sabe, existir con una densidad que Nueva York no tiene, algo más añejo y reposado que se nota antes de haber visto nada.

El hotel está en Mayfair. Es un edificio señorial, muy elegante, y la suite que me asignan tiene más detalles de los que necesito. Son las once de la mañana de Londres y la reunión con Hartfield es el jueves a las diez. Tengo casi un día entero para aclarar la cabeza, que es probablemente insuficiente para todo lo que tengo que decidir, pero es lo que hay.

CAPÍTULO 3

Kailey

Londres

Llevo tres días intentando encontrar la manera de poder participar en la reunión con el financiero americano, para asegurarme de que Richard no va a cometer una locura con la empresa de mi padre.

Ya sé que no puedo asistir como participante, y menos como una mujer despojada de su herencia. Después de cuatro años en este edificio, sé exactamente qué batallas tienen alguna posibilidad de ganarse y cuáles no. Pero quiero saber qué traman, qué va a ocurrir en una reunión en la que debería estar y qué querría mi padre que hiciera. Llevo tres días comiéndome las uñas de los nervios sin saber qué hacer. Necesito una razón lo suficientemente mundana para estar en la planta de dirección a las diez de la mañana del jueves sin que Richard pueda hacer nada al respecto.

El problema es que no tengo ninguna que justifique mi presencia en dicha planta. Mi trabajo está abajo y todo el mundo lo sabe.

Martin Clarke, mi abogado, lleva años diciéndome lo mismo con una paciencia que a mí me falta: «No tengas prisa, Kailey. Se resolverá, ten paciencia», me repite una y otra vez. Pero se me está agotando. Desde que murió mamá, he ido a peor. El martes lo llamé por teléfono, para decirle que había una reunión con un inversor americano y que nadie me había contado nada, y él escuchó con esa atención cuidadosa que tiene y luego dijo lo de siempre, que la empresa está a nombre de la sociedad que Richard controla legalmente, que sin una irregularidad demostrable el margen de

actuación es nulo, que ya llevará el caso a juicio cuando tenga pruebas documentadas de que la empresa debería ser mía, y que sigue en ello por los cauces legales a los que tiene acceso.

Nadie de los de dentro habla. O no pueden, o no quieren, o llevan tanto tiempo viendo cómo funciona esto que ya han asumido que así son las cosas y así van a seguir.

—Lo siento, Kailey —dijo Martin antes de despedirse.

Colgué con la misma sensación de siempre, la de estar dentro de algo que me pertenece y no poder tocar nada de lo que hay, ni tomar ninguna decisión. Se me hace un nudo en el estómago cada vez que pienso que no tengo poder en nada de lo que atañe a mi vida, que estoy vendida a las decisiones de mi padrastro.

Así que esta mañana, después de darle vueltas durante tres días, he decidido que voy a subir a por café. Es la excusa más invisible que existe. Nadie le pregunta a nadie por qué va a por café y, si les extraña verme allí, dudo que se atrevan a preguntarme. Además, solo un mal compañero anotaría a qué hora llego a la cocina y cuánto tardo en volver. Y desde la cocina de la planta de dirección, con la puerta entornada de la sala grande a diez metros, puede que escuche algo o, al menos, me entere de quiénes son los americanos.

Es poco y puede salirme mal. Lo sé. Pero peor es quedarme aquí abajo con la ansiedad a mil, comiéndome las entrañas.

Me levanto de la mesa del taller a las nueve y cuarenta y cinco. Tom me mira por encima de sus gafas.

—Vuelvo en diez minutos —le aviso.

Asiente sin preguntar nada, que es exactamente lo que necesito que haga.

El ambiente en la planta directiva es diferente al de cualquier otro jueves. En cuanto se abren las puertas del ascensor, siento el

murmullo distinto de los días en que algo importante ocurre y todo el mundo lo sabe. Hay caras que no suelen estar a esta hora en este pasillo, gente del departamento comercial y de logística que se mueve con inquietud. Todos me miran con una media sonrisa. Ya me he acostumbrado a esas expresiones entre la pena y la rabia que me muestran, sobre todo los que ya trabajaban aquí en tiempos de mi padre.

Voy a la cocina. Pongo el agua. Miro hacia el pasillo con la calma que llevo practicando desde hace horas para parecer que simplemente espero a que hierva.

La puerta de la sala grande está entornada. Desde aquí llega el murmullo de voces, un acento americano, la voz de Richard con su tono de anfitrión satisfecho que usa cuando cree que está ganando la partida.

No distingo las palabras. Es imposible desde aquí.

—Kailey.

Me giro al escuchar una voz conocida. George Palmer está en el pasillo con una mirada que lleva cuatro años partiéndome el corazón porque contiene todo lo que no puede decir en voz alta dentro de estas paredes. George tiene el pelo completamente blanco, lleva veintidós años en Hartfield Motors, y fue el primero en llegar al entierro de mi padre con los ojos rojos y las manos temblorosas.

Se acerca a mí y baja la voz.

—¿Estás bien?

—Estoy bien, gracias, George.

—Esta reunión me preocupa. Llevan semanas preparando algo y nadie nos ha dicho nada concreto. —Mira hacia la sala grande, luego vuelve a mirarme—. Tú deberías estar ahí dentro, Kailey. Nadie conoce esta empresa mejor que tú. Nadie.

Trago algo que me sube por la garganta antes de que llegue a ningún sitio visible.

—No te preocupes por mí, George.

—Me preocupo. —Su voz tiene algo que no es lástima, sino algo más honrado, una indignación contenida que lleva años guardando —. Tu padre fue el mejor jefe que he tenido. Un hombre bueno. Lo que está pasando aquí no es justo y los que llevamos tiempo lo sabemos, aunque no podamos hacer nada. Mientras yo esté en este edificio, haré lo que pueda y siempre te defenderé.

Me pone una mano en el hombro un segundo y luego sigue por el pasillo hacia su despacho, mientras yo me quedo con la taza en la mano y los ojos que me arden de una manera que no me puedo permitir aquí.

Respiro y me giro de nuevo hacia la sala de reuniones. En ese instante, la mirada desafiante de Richard se cruza con la mía.

Está de pie junto a la puerta entornada, con los invitados todavía dentro. Su mirada es fría y calculadora. No dice nada. No hace ningún gesto visible. Simplemente me mira durante tres segundos con una calma más amenazante que cualquier cosa que pudiera decir en voz alta.

Luego se gira hacia el interior. Diez segundos después, Andrew, el asistente de Richard, aparece en el pasillo con su mejor sonrisa, la de quien cumple órdenes con la educación suficiente para que no parezcan órdenes.

—Kailey, Richard me pide que te recuerde que hay trabajo pendiente en el departamento de restauración y que debes permanecer abajo, trabajando. Que ya sabes las consecuencias de no hacerlo.

—Por supuesto —contesto, tragándome la rabia que me producen las amenazas de Richard. Martin me diría que es un farol, aun así,

no me puedo jugar mi puesto. Necesito estar dentro de la manera que sea—. Gracias, Andrew.

El asistente vuelve al interior. Yo miro una última vez hacia la puerta entornada, hacia la rendija por donde llega el murmullo de una conversación a la que no tengo acceso, y luego me giro hacia el ascensor con la columna vertebral derecha y los cuatro años de aguante cargados en algún sitio del pecho que esta mañana pesa más que de costumbre.

Las puertas del ascensor se cierran. Estoy sola en el cubículo. Y entonces sí, entonces me permito apoyar la espalda en la pared metálica del ascensor, cerrar los ojos y dejar que llegue lo que lleva toda la mañana esperando por salir. No el llanto brusco de alguien desbordada, sino algo más lento y más hondo, el agotamiento de los cuatro años que llevo sosteniendo todo esto con las manos y notando cómo se me escapa entre los dedos sin poder hacer nada.

Las lágrimas llegan despacio.

Cuatro años. Cuatro años bajando la cabeza, haciendo un trabajo que no me corresponde, escondida de todos, esperando que Richard me devuelva lo que es mío. Cuatro años viendo cómo Sharon ocupa espacios que no son suyos sin haber tenido que ganarse nunca nada.

Y esta mañana George me ha mirado con esa indignación impotente de quien lo ve todo y no puede cambiar nada, y Richard me ha mandado a mi sitio con tres palabras a través de su secretario, y en la sala grande hay un americano que no sabe que existo, escuchando una presentación que lleva el trabajo de mi padre y el mío sin que ninguno de los dos aparezca en ninguna parte.

Las puertas del ascensor se abren en la planta baja. Salgo y regreso al taller, derrotada. Me siento en mi escritorio sin hablar con nadie.

Tom está debajo del Jaguar y no me ve llegar, y agradezco eso, agradezco no tener que componer ninguna expresión para nadie durante los próximos segundos.

Me seco la cara. Abro el ordenador y espero los cuatro minutos.

Martin necesita información para poder parar a Richard en caso de que quieran vender o cambiar de nombre la empresa. Yo no tengo manera de conseguirla. La reunión ocurre tres plantas más arriba y yo estoy aquí, en el único rincón de este edificio que nadie le ha quitado todavía a mi padre, rodeada de coches que él amaba y que Richard quiere cerrar, haciendo un trabajo que nadie ve desde un sitio que nadie visita.

Todavía.

Mientras siga aquí dentro hay algo que es mío, aunque nadie lo sepa. Aunque nadie lo reconozca. Aunque tenga que seguir bajando la cabeza y esperando y aguantando hasta que llegue el momento en que todo cambie.

Si es que ese momento llega alguna vez.

CAPÍTULO 4

Brennan

Londres

—Me gustaría ver el taller de restauración antes de irme —pido después de la visita guiada a las instalaciones, sin haber pasado por el taller que tanta fama tiene, o tenía hace años.

Richard Aldwood lleva exactamente dos segundos procesando la frase antes de que la sonrisa de anfitrión vuelva a su sitio.

—No es necesario, Brennan. Es un departamento pequeño, muy especializado, sin relevancia para lo que estamos negociando. —Hace un gesto que abarca la sala, sobre los documentos que están esparcidos por la mesa—. Lo importante está aquí.

—Entiendo. Aun así, me gustaría verlo. Si forma parte de la empresa, es tan importante como cualquier otro departamento. Soy aficionado a los coches clásicos, por eso quiero verlos, además de que sé que la empresa comenzó con ese taller. Es como visitar el origen de todo.

—Los coches clásicos son un nicho muy concreto. No nos dan los márgenes que genera la distribución y el departamento lleva años en una situación precaria que estamos evaluando.

—Edward Hartford los coleccionaba, ¿verdad? Tengo entendido que fue él quien creó ese departamento.

Algo cruza por la cara de Richard, breve y perfectamente controlado. No me pasan inadvertidos estos cambios cuando hablo

del taller y del fundador, lo que hace que me den más ganas de verlo. No me gusta quedarme con la intriga.

—Así es. Era su proyecto personal y el que dio lugar a todo lo demás. —Hace pausa mínima—. Pero las empresas no pueden permitirse el lujo de la nostalgia cuando hay decisiones estratégicas que tomar.

—Por supuesto. —Cojo el café—. ¿Podríamos pasar por allí después de comer?

Richard me mira mientras calcula cuánto puede insistir sin que resulte contraproducente. Conozco esa expresión en los clientes. Luego abre las manos sobre la mesa.

—Si te interesa, claro. Aunque creo que tu tiempo está mejor invertido en las cifras de distribución. Sharon tiene datos muy interesantes sobre el mercado asiático para la reunión de esta tarde.

Sharon asiente desde su sitio con el entusiasmo justo que, además, llega un segundo tarde. Se sonroja y esconde la cara tras la melena rubia que le cae de lado.

—Perfecto —digo—. Primero la comida, luego el taller, y después los datos de distribución.

Richard sonríe. Ha conseguido lo que quería, que es tenerme sentado frente a él durante las próximas horas, y yo he conseguido lo que me proponía, que es ver lo que no me quiere enseñar. Si se empeña en esconder algo, más interés tengo en verlo. Es mucho dinero el que está en juego como para andar con evasivas y juegos velados.

The Cinnamon Club está en Westminster, en un edificio que fue una biblioteca victoriana y que ahora sirve cocina india de alto nivel. Richard lo conoce bien, el maître le saluda por el nombre, y eso me dice algo sobre la frecuencia con que trae clientes aquí.

Richard habla con la soltura del que sabe lo que va a pedir antes de abrir la carta. Sharon mira el menú con una mueca de asco que sugiere que no come cocina india con frecuencia, pero no va a admitirlo. Seguro que no me equivoco en mi observación.

—¿Cómo conociste a Edward Hartford? Porque la empresa la fundó solo él, tengo entendido, ¿o fue cosa de los dos? —pregunto, cuando el maître se aleja.

Richard coge la copa despacio, con cara de tener la respuesta preparada desde antes de que se la hagan.

—Él empezó con los coches antiguos como afición. El negocio creció; lo amplió con la herencia de su padre, para quien yo trabajaba. Me fichó y nos hicimos socios, aunque él siempre ha tenido el control al poseer el noventa por cien de las acciones. Yo llevaba la parte financiera, mientras que Edward se ocupaba del negocio técnico. Una división natural. —Hace una pausa con la mirada perdida en el contenido de su copa—. Cuando murió, la empresa necesitaba continuidad y yo era la persona adecuada para garantizarla. Llevaba años dentro, conocía cada detalle.

—¿No tenía familia para eso?

—Su mujer, con la que me casé. —Richard bebe un sorbo—. Falleció unos años después. Edward no tuvo suerte en ese sentido.

—Entiendo. Tiene lógica que, si no tenía más familia que se hiciera cargo de sus acciones, te hicieras cargo de todo.

Hace otra pausa muy breve. Tomo nota de esa manía que no sé si hace a propósito para ponerme nervioso o es que necesita pensar antes de hablar. Es lo suficientemente breve para no parecer una pausa y lo suficientemente larga para que yo la note.

—En realidad tenía una hija. Era pequeña cuando Edward murió. —Voy a comentar algo, pero él sigue sin transición, con una fluidez

que cierra una puerta mientras abre otra sin dejarme intervenir—. Pero hablemos del mercado asiático, que Sharon tiene los datos que quería presentarte.

Su hija toma el relevo y despliega sobre la mesa unas cifras que ha memorizado con suficiente esfuerzo para recitarlas bien, pero no para responder si alguien se sale del guion.

Y yo me salgo del guion cuando veo la oportunidad. Me voy a divertir poniéndola en apuros. Necesito saber si está aquí sentada por méritos propios o como un perro faldero de su padre con los labios operados y escote demasiado exagerado para una reunión de negocios.

—¿Cuál es el margen neto en el segmento premium japonés excluyendo el último trimestre?

Sharon abre la boca. La cierra. Mira su tablet con una concentración que no va a resolver nada porque el problema no está en la pantalla, sino en que no sabe lo que le estoy preguntando.

—Es una cifra que tenemos que verificar con el equipo —dice Richard, con una naturalidad que indica que lleva años respondiendo por ella.

—Por supuesto —le concedo.

Anoto mentalmente dos cosas. La primera, que Richard cambia de tema con demasiada eficiencia cada vez que la conversación se acerca a algo que no controla o de lo que no quiere hablar. La segunda, que Sharon Aldwood habla de Hartfield Motors con la fluidez de alguien que ha estudiado un papel, no de quien lo ha vivido.

Pido el postre aunque no tengo hambre. Alargar la comida me da más tiempo para escuchar, y Richard lo interpreta como una señal de que la tarde va bien, que es exactamente lo que quiero que interprete.

El taller de restauración está en la planta baja, al fondo del edificio. Richard lo ha descrito durante el trayecto con una eficiencia notable, minimizándolo sin criticarlo abiertamente, una técnica para cerrar algo sin parecer que se está cerrando.

La puerta está abierta.

Dos mecánicos trabajan en silencio. Desde el umbral veo un Jaguar E-Type en el elevador con el capó abierto. El olor a aceite y metal me lleva directamente al garage de mi abuelo en Connecticut, donde pasé veranos enteros entre coches que no funcionaban y herramientas que él me enseñó a usar antes de aprender a leer un balance.

Me detengo en la entrada.

El espacio es más grande de lo que esperaba, por lo que dijo Richard, y está más ordenado. Aún conserva un toque a taller antiguo, con pocas modernidades. Hay una organización en todo, las herramientas, los archivadores en la pared y los repuestos etiquetados con orden milimétrico. Saludo a los operarios antes de que mi anfitrión me interrumpa.

—Como ves, es un espacio muy básico —dice Richard, a mi lado —. Probablemente lo cerraremos. Solo da pérdidas.

—Es un espacio muy bien organizado —le replico—. Y si es el alma de la empresa, puede equilibrarse, ¿no? Luego me enseñáis las cuentas.

Richard no responde a eso.

Hay una mesa en el lateral, con un ordenador encendido y papeles dispersos, y un bolso colgado del perchero. La silla está vacía. Quien trabaja aquí acaba de levantarse o está a punto de volver. En la pared hay una fotografía enmarcada, en blanco y negro, de un hombre con mono de trabajo apoyado en un Aston Martin con

la sonrisa de sentirse genuinamente feliz en el lugar donde está, y, a su lado, una niña rubia que lo mira con admiración.

—¿Quién es? —pregunto.

Richard mira la fotografía un segundo.

—Edward, el fundador de la empresa —contesta, con una brevedad que me indica que no quiere detenerse ahí—. Brennan, tenemos la presentación de Sharon a las cuatro. Quizá deberíamos...

—Claro —digo—. Gracias por enseñármelo. Me gusta este sitio.

Salimos. Y mientras Richard habla de la agenda de la tarde con la seguridad de haber cerrado el tema, yo pienso en lo que he visto en el taller, que es orden y cuidado y una fotografía de un hombre que sonríe apoyado en un Aston Martin, y en lo que he visto en la comida, que es un hombre que responde a todo con demasiada eficiencia y una mujer que gestiona bien los modales y poco más.

Richard Aldwood sabe exactamente qué quiere que yo vea de esta empresa. Y sabe exactamente qué no quiere que vea. Y eso no me gusta.

En diez años haciendo este trabajo he aprendido que cuando alguien controla demasiado bien el relato, la parte interesante siempre está en los bordes, en los detalles que no ha mencionado, en las preguntas que ha respondido antes de que yo las terminara de formular.

Hartfield Motors tiene bordes y recovecos que ocultan algo. Todavía no sé qué, pero tengo nueve días para encontrarlos antes de jugarme el dinero de mi empresa.

A las siete de la tarde salgo del hotel con un mensaje de mi amigo Owen que dice: «estoy en el Soho, te paso ubicación».

Owen Mackenzie lleva diez años siendo mi amigo más antiguo en Londres, desde los dos años que pasé aquí haciendo un máster que resultó ser más útil por las personas que conocí que por lo que aprendí en las aulas. Trabaja como asesor fiscal, vive en Notting Hill con una gata llamada Bowie, y aparece en los momentos más adecuados sin que nadie se lo pida.

Le escribo que voy en veinte minutos.

El Soho a las ocho de un jueves tiene esa energía de los barrios que no necesitan el fin de semana para estar llenos, con los pubs derramándose hacia la acera y la gente mezclándose con esa indiferencia londinense que en realidad es una forma muy concreta de atención. Encuentro a Owen en una cervecería de Frith Street con una pinta en la mano.

Me abraza. Me pregunta por Nueva York. Le cuento lo justo sobre Gina, que es que las cosas están complicadas y que necesitaba salir un poco, y Owen asiente sin hacer las preguntas que sabe que no voy a responder todavía.

Bebemos. Hablamos de Hartfield Motors sin entrar en detalles, de Londres, de un proyecto de Owen, que quiere hacer una inversión inmobiliaria en Brixton que lleva dos años estancado. Llegan dos amigos suyos, un músico y una diseñadora belga que acaba de instalarse en la ciudad, y la cervecería va llenándose.

Owen me da un codazo y señala con la barbilla al fondo del pub.

—¿Has visto? Ese grupo de ahí es el más interesante de la noche.

Se refiere a un grupo de cuatro chicas, que rondarán los treinta o menos. Observo y, por esa manía que tengo de analizarlo todo, concluyo que lo más seguro es que hayan salido después del trabajo sin demasiado plan y han acabado quedándose porque la noche ha resultado mejor de lo esperado.

La que está de perfil tiene el pelo castaño recogido en una coleta, lleva un jersey verde oscuro y vaqueros. No le veo la cara bien, solo la línea de la mandíbula, recortada por la luz de la lámpara, y algo de la mejilla. Me ha llamado la atención la manera de reírse que llega antes de que yo procese nada más, una risa que empieza tímida y luego se le escapa entera, sin preocuparse de quién la está mirando. Esa naturalidad no la veo muy a menudo en mi ambiente en Nueva York, donde abundan más las tipo Sharon; por eso me gustó Gina a quien, por cierto, le debo una llamada.

En algún momento del intercambio con sus amigas gira la cabeza hacia la barra para coger la bebida y entonces sí la veo un momento, lo suficiente. Ojos claros, avellana o verde, difícil saberlo con esta luz. Tiene ese aspecto que no se construye delante de un espejo, que no depende de la ropa ni de la luz ni de ningún esfuerzo visible. Simplemente está. Todo en ella es tan natural que me ha dejado embobado.

Owen me mira de reojo.

—¿Vas a seguir mirándola hasta que se te caiga la baba o vas a hacer algo?

—Estoy observando el ambiente inglés. Es diferente.

—Ya veo, el ambiente, seguro. —Me da una colleja de amigo—. ¿Quieres que te presente? Conozco a una de ellas.

Vuelvo a mirarla. Está diciendo algo que hace reír a las otras tres, sin esa actitud que tienen quienes necesitan ser el centro de la sala para ser lo más interesante que hay en ella. O a mí me lo parece.

—No —digo.

—¿No?

—Esta noche no. Sabes que no he venido a eso y estoy medio comprometido.

—Medio…

—No soy de los que viajan para acostarse con otras mujeres. Ya deberías saberlo.

—Y lo sé. Tampoco lo pretendía. Conocer gente y hablar no es traicionar a nadie, Brennan. Te noto algo tenso.

—Lo sé. Lo siento, tío. Entre el viaje, el jet lag y la sensación de que Richard Aldwood me oculta algo, no estoy de humor.

Me acabo la cerveza. Pido otra y, durante el resto de la noche, sin decidirlo conscientemente, sigo sabiendo exactamente dónde está ella en la sala.

CAPÍTULO 5

Kailey

Londres

Tom me lo pidió a las ocho de la mañana, sin rodeos, como hace siempre con la gente que tiene confianza y conmigo es mucha.

—El Aston Martin tiene un problema en la transmisión y necesito dos pares de manos para revisarlo. ¿Puedes ayudarme?

—Puedo, claro.

—Vas a mancharte.

—¿Por quién me tomas? Como si no lo hubiera hecho antes —sonrío y él me la devuelve con franqueza.

Así que llevo desde las ocho y media debajo del Aston Martin con el mono azul de trabajo que guardo en el armario del taller, el pelo recogido en una trenza que ya se ha deshecho porque la grasa lo ha aplastado, y las manos negras hasta las muñecas de una manera que el jabón industrial va a tardar en resolver.

No me importa. Trabajar con las manos en estos coches me conecta con algo anterior a todo lo que ha ocurrido después. Mi padre me enseñó a cambiar el aceite de un Morris Minor cuando yo tenía nueve años, con exactamente este tipo de mono, demasiado grande, con las mangas enrolladas, diciéndome que una persona que sabe cómo funciona algo por dentro nunca depende de nadie para entenderlo desde fuera.

Tenía cincuenta y dos años cuando murió. Demasiado joven para dejar todo lo que dejó sin terminar.

Llevo veintisiete años intentando demostrar que tenía razón.

—Sujeta ahí —dice Tom.

Sujeto sin responder. La transmisión del Aston Martin tiene un problema en el diferencial que Tom identificó ayer y que requiere acceso desde los dos lados a la vez, lo cual con un solo par de manos es imposible. No es una reparación complicada, pero es delicada, y Tom no delega las cosas delicadas en nadie que no sepa lo que hace. El hecho de que me haya pedido a mí esta mañana y no a uno de los otros mecánicos dice algo, aunque Tom nunca lo reconocería en voz alta.

Trabajamos en silencio durante una hora con el ruido metálico del taller de fondo. Tom me explica lo que encuentra con pocas palabras, yo respondo con las mismas, y hay en ese intercambio algo que funciona sin necesidad de más conversación, como hacía con mi padre.

—Ya está —dice Tom.

Salimos de debajo del coche.

—Buen trabajo —me felicita. Eso, viniendo de él, equivale a una ovación.

Me incorporo despacio, con el mono manchado y las manos negras y la espalda que protesta ligeramente después de una hora en el suelo, y me limpio las manos con el trapo del bolsillo sin mucha esperanza de que sirva de algo. Cojo la taza de té que me dejó esta mañana y que lleva fría desde hace cuarenta minutos, y la bebo de todas formas porque es lo que hay. Me siento en el borde del banco de trabajo mirando el Aston Martin con la satisfacción de haber arreglado algo que estaba roto, que es una de las pocas alegrías de este trabajo que nadie, ni Richard Aldwood, puede quitarme.

Entonces escucho pasos en el pasillo exterior. Van más despacio de lo habitual, como buscando algo. Alguien que no conoce el edificio.

La puerta del taller está abierta. En el umbral aparece un hombre vestido con traje de chaqueta, sin corbata. Mira el interior del taller con curiosidad real. Reconozco enseguida a los que se acercan al taller porque de verdad aman los coches tanto como Tom, mi padre y yo.

Me resulta familiar. No sé de dónde. Hay caras que una guarda sin saber que lo ha hecho, y esta es una de esas. También porque es muy guapo y viste con elegancia; el típico que no se le escaparía a mi radar. Estoy segura de que lo he visto antes en algún sitio, pero el dónde no me viene y no tengo tiempo de buscarlo porque ya me ha visto.

—Buenos días —dice, en inglés con acento americano—. Perdona la intrusión. Quería ver el Jaguar.

—El Jaguar está en el elevador —señalo hacia el fondo, extrañada de que sepa que estamos trabajando con uno.

Asiente y entra. Se acerca al Jaguar E-Type con mirada experta, y se agacha ligeramente para ver el estado del chasis, con una familiaridad que no esperaba.

—Cincuenta y ocho —dice.

—Cincuenta y nueve —corrijo—. El cincuenta y ocho tiene la rejilla delantera diferente.

Me mira y en sus ojos veo una chispa de sorpresa, y me alegro de que no se haya ofendido.

—Tienes razón —reconoce.

Tom, desde su banco de trabajo, sin dejar su tarea, no dice nada, pero lo observa todo.

El hombre rodea el Jaguar despacio, observando cada centímetro del coche. Se detiene en el lado del conductor, estudia el estado de la puerta y pasa un dedo por el borde del marco con cuidado.

—¿Cuánto tiempo lleva en restauración? —pregunta, sin volverse.

—Dos años. Entró en un estado bastante malo, alguien lo había tenido guardado en un garaje sin condiciones durante décadas. —Me acerco al lateral—. La carrocería estaba bien pero el motor era un desastre. Tom tardó ocho meses solo con el motor.

—¿Tom es...?

—Yo —dice Tom, desde su banco, sin levantar la vista.

El hombre asiente con algo que sí es una sonrisa esta vez, breve y franca.

—¿Cuánto falta para terminar?

—Dos meses, si el presupuesto no se recorta otra vez —digo, y eso último sale solo, sin que yo haya tomado ninguna decisión consciente al respecto.

El hombre me mira.

—¿Se recorta con frecuencia?

—Con más frecuencia de lo razonable para un departamento que genera lo que genera. —Hago una pausa, recalculando cuánto estoy diciendo a alguien que no sé quién es—. ¿Buscas a alguien en concreto?

—Tengo reunión aquí esta mañana, pero he llegado un poco antes. Quería ver el taller. ¿Llevas mucho tiempo en el

departamento? —pregunta y fijándose en el mono que llevo, añade —. Es raro ver a una mujer en un taller como este.

—Llevo lo suficiente como para que no me moleste ese comentario —respondo tirando de ironía. Él contesta sin azoramiento, con una sonrisa que le ilumina la cara.

—Bueno, es la hora —dice mirando su reloj—. ¿Sabes si Richard Aldwood está en el edificio?

Lo suponía. Alguien relacionado con Richard, aunque no encaja con el perfil habitual de sus visitas, que suelen llevar trajes oscuros, maletines gruesos y la misma sonrisa falsa de anfitrión que Richard pone cuando quiere impresionar.

—Arriba, supongo —digo—. Siempre está arriba.

—Por cierto, soy Brenan.

Se endereza. Me tiende la mano y entonces la mira, ve mis manos negras de grasa, y la retira. En su cara veo un movimiento que no llega a ser una sonrisa, pero que se le acerca. Mira el taller una vez más, los coches, los archivadores, la fotografía enmarcada en la pared, y hay en su mirada algo más que curiosidad. Si no fuera porque no hay ningún motivo, pensaría que busca algo aunque no sepa exactamente qué.

—Kailey —respondo.

—Gracias —dice—. Por el Jaguar y por lo del cincuenta y nueve.

Sale al pasillo y yo me quedo con el trapo en la mano y el Aston Martin a mi lado. Tom me mira desde el banco.

—¿Quién era ese? —pregunto a mi compañero—. ¿Lo habías visto antes? Parecía que ya había estado aquí.

Tom deja una herramienta sobre el banco con un golpe suave.

—Cole Capital —dice—. El americano de la reunión de ayer. Bajaron por la tarde, cuando no estabas. Dicen que llevan meses negociando con el señor Aldwood.

—¿Qué tipo de negociación?

—No lo sé con certeza. Pero Richard lleva semanas muy activo con los abogados. Más de lo habitual. Lo siento, mi niña. Ojalá pudiera ayudarte con esto.

Me quedo quieta con esa información revoloteando en mi cabeza. Richard y sus abogados y un americano de Cole Capital que baja al taller un viernes por la mañana a ver un Jaguar E-Type que nadie le ha pedido que vea. Que hace preguntas. Que mira la fotografía de mi padre en la pared con una atención que no encaja en alguien que simplemente pasa por aquí.

Entonces caigo.

El pub de anoche. La cervecería de Frith Street, las risas de mis amigas, la copa en la mano y ese momento en que giré la cabeza hacia la barra y noté que alguien me miraba desde el otro lado del local. Lo aparté entonces porque era jueves y estaba con mis amigas y no tenía ningún interés en gestionar la mirada de un desconocido.

Era él. Estoy segura.

Me quedo mirando la puerta abierta por donde acaba de salir y pienso varias cosas a la vez, ninguna de ellas especialmente útil para lo que tengo entre manos, que es averiguar qué está negociando Richard antes de que sea demasiado tarde.

Aunque quizá ese americano que baja al taller cuando no tiene ninguna obligación de hacerlo y que mira la fotografía de mi padre con esa atención, sea exactamente la pieza que Martin lleva años diciéndome que necesito. Por soñar, que no quede.

Todavía no sé cómo podría ayudarme. Todavía no sé si es posible. Pero tomo nota mental.

CAPÍTULO 6

Brennan

Londres

La reunión de la mañana dura dos horas y media y transcurre con la misma dinámica de ayer, Richard controlando el relato con eficiencia y Sharon completando los huecos con la fluidez que le da el haber memorizado bien el papel, pero sin entender la obra.

Hago preguntas. Las justas. No quiero que Richard sepa lo que estoy husmeando antes de saber yo mismo qué es exactamente lo que busco.

En un momento de pausa, mientras Sharon busca un documento en su tablet, lo digo con naturalidad, como quien hace una observación menor.

—Esta mañana estuve un rato en el taller antes de subir. Es un espacio interesante para un amante de los coches clásicos como yo.

Richard me mira. Algo se mueve en su cara, brevísimo, antes de que la expresión vuelva a encajarse en su sitio.

—Sí, ya me lo han dicho. —Baja la mirada, quitando importancia —. No era necesario que bajaras, Brennan. Como te dije ayer, es un departamento sin recorrido y que nada tiene que ver con el proyecto de expansión internacional que nos ocupa.

—Ya. Es por interés propio —miento a medias—. Me gustan los coches clásicos. Es difícil que no baje cuando sé que hay un Jaguar E-Type en el taller. —Bebo un sorbo de café—. Había una chica con

mono de trabajo. No esperaba encontrar a una mujer en un taller mecánico.

Richard coge su bolígrafo. Lo deja y coge el vaso de agua.

—La administrativa del departamento. A veces ayuda a los mecánicos. —Lo dice con brevedad cortante—. Nada relevante para lo que nos ocupa.

—¿Lleva mucho tiempo en la empresa?

—Algunos años. —Abre una carpeta—. Brennan, tenemos los datos del mercado alemán que Sharon quería presentarte. Creo que te van a resultar más interesantes que el personal del taller.

Sharon levanta la vista de la tablet y, a una señal de su padre, despliega sobre la mesa unas cifras que no voy a retener porque lo que acabo de ver no es el mercado alemán, sino Richard Aldwood cambiando de tema con demasiada velocidad ante una pregunta sobre una empleada de la planta baja.

Eso no me gusta. Debería mostrar más orgullo por su personal.

Cuando salimos de la sala, a la una y cuarto, Richard me pone una mano en el hombro con la camaradería de quien ha decidido que ya somos amigos.

—Esta noche cena con Sharon, Brennan. Hay un sitio en Chelsea que os va a encantar. Ella conoce al chef. Yo tengo un compromiso que no puedo cancelar, lo siento, pero mi hija nos representará a los dos perfectamente.

Sharon sonríe a su lado sin añadir nada, con las mejillas sonrojadas.

—Es muy tentador —digo—, pero tengo que llamar a mi prometida esta noche. Llevamos días sin hablar y no puedo posponerlo más, lo siento. Además, quiero trabajar en asuntos que

dejé pendientes en Nueva York, con la diferencia horaria, ya sabes, es complicado.

Richard acepta mi negativa con una comprensión impecable que no le cuesta nada porque no la siente. Sharon lo acepta con una sonrisa tan artificial como ella. Al menos les he dejado claro que no soy un hombre libre, aunque no sea del todo cierto, para que no trate de imponerme la presencia de su hija constantemente. Una pregunta viene veloz a mi mente: «¿por qué no he echado de menos a Gina en estos dos días?». Eso no es normal.

—Por supuesto —dice Richard—, lo entiendo. No te preocupes. Mañana seguimos.

Nos despedimos en el vestíbulo. Les veo salir juntos hacia la calle, Richard hablando, Sharon escuchando, y me quedo un momento antes de bajar al taller.

La puerta está abierta, igual que esta mañana, pero la silla junto al ordenador está vacía. Tom trabaja en el fondo con el Jaguar. Le saludo. Él levanta la mano sin volverse.

Me acerco a la fotografía de la pared.

El hombre del mono de trabajo apoyado en el Aston Martin tiene la sonrisa tranquila de las personas que están exactamente donde quieren estar. Tiene algo en la cara, una energía radiante, que me transmite el orgullo de haber construido algo bueno con las manos y lo sabe. A su lado, la niña rubia que lo mira con esa admiración que los niños solo tienen por las personas que más quieren.

—¿Edward Hartford? —pregunto, sin volverme.

—El mismo —dice Tom, desde el fondo.

—¿La niña es su hija?

Hace una pausa breve para mirarme.

—Sí.

No añade nada más y yo no pregunto, ya me he dado cuenta de que es un hombre parco en palabras, pero mientras recorro el pasillo hacia la salida, pienso en esa fotografía y en la chica del mono azul con las manos negras de grasa que me ha corregido el año del Jaguar sin pestañear, y en algo que no encaja en esta empresa y que quiero averiguar.

En el taxi de vuelta al hotel llamo a James.

—Necesito que investigues algo.

—Dime.

—Quiero la historia completa de Hartfield Motors, pero no la versión oficial que nos han dado ellos. Quién fue Edward Hartford, cómo construyó la empresa, cómo murió, qué pasó después. Y Richard Aldwood, desde el principio, antes de que se asociara con Hartfield. Busca en la prensa de aquella época y por circuitos no oficiales, ya sabes.

—¿Algo concreto? ¿Qué busco? ¿No te fías de ellos? Con los números debería bastar para la decisión final, ¿no es lo que hacemos siempre? Nunca nos ha importado el pasado de nuestros clientes.

—Lo sé, pero quiero saber más esta vez. No sé qué busco, pero algo me huele mal. Quiero todo lo que no aparece en el dossier que me mandaste. —Me paso la mano por el pelo mientras pienso—. Y la estructura de propiedad actual. Quiero saber exactamente quién tiene qué y desde cuándo.

—No va a ser fácil. Los datos oficiales ya los tienes.

—Busca por otros medios. Para esta noche es suficiente con lo que puedas adelantar. El resto, cuando puedas, pero que llegue antes de cerrar el negocio.

James no pregunta por qué. Cuelgo cuando el taxi entra en Mayfair con la lluvia en el parabrisas y las luces del hotel al fondo.

A las siete y media estoy en la mesa del restaurante del hotel con el portátil abierto y un filete que he pedido sin mirar la carta. El restaurante tiene esa atmósfera de los hoteles de cinco estrellas, discreta y cara, con el ruido de fondo de conversaciones que no llegan a escucharse y música de piano envolviendo el ambiente.

Una chica rubia en la barra me hace pensar en Sharon y en el empeño de su padre por tenerla siempre cerca. La chica no tiene ningún interés para mí. Sharon Aldwood tiene el tipo de belleza que sale de una clínica y no de la genética, con los labios demasiado llenos y los pómulos demasiado marcados para su edad, y una sonrisa que llega siempre en el momento que toca, pero que no le alcanza los ojos. Viste bien, habla bien, sabe estar. Pero hay algo en ella que suena a hueco cuando uno presta atención, como una habitación decorada con esmero donde nadie vive de verdad. Tengo que observarla un poco más porque creo que su mirada es triste y por eso tiende a esconder la cara bajo el pelo.

Además, cuando le hago una pregunta técnica, se toma un segundo de más antes de responder. Y cuando Richard la interrumpe para contestar por ella, no hay en su gesto ninguna incomodidad, nada de alguien que se siente desplazado, sino algo más parecido al alivio. Sharon no ocupa ese sitio porque lo haya ganado, ni siquiera porque lo desee. Lo ocupa porque su padre se lo exige, y esa diferencia, aunque no sea visible desde fuera, me da a entender más de lo que ellos quieren.

Su padre, en cambio, es otra cosa. Richard Aldwood es inteligente. No brillante, no del tipo que construye algo desde cero, sino inteligente de la manera más útil, que es saber leer a la gente y darles exactamente lo que quieren escuchar antes de que lo pidan, con una mente fría y calculadora Lleva la conversación con una habilidad que solo tienen las personas que llevan años haciéndolo,

cerrando espacios antes de que uno llegue a ellos, abriendo otros que no llevan a ningún sitio interesante.

Y hay algo más. Algo que no veo todavía, pero que está ahí, en las pausas breves antes de responder ciertas preguntas, como la manera en que habló del taller esta mañana, diciéndome que era un departamento sin futuro que probablemente cerrarían.

Exactamente lo contrario de lo que me había dicho la chica del mono azul media hora antes.

Su imagen se cuela en mis pensamientos. Me fijé en sus ojos claros cuando me corrigió el año del Jaguar, con la tranquilidad que tienen las personas que saben que tienen razón y no necesitan que nadie se lo confirme. Sus manos negras de grasa, la trenza deshecha y la manera de estar en ese taller no me han parecido casuales, sino las de alguien que pertenece a ese sitio de una manera que va más allá del contrato de trabajo.

Y entonces pienso en la cervecería de anoche.

Los ojos claros. La risa que empezaba tímida y se escapaba enorme. La actitud de escucha atenta a sus amigas y la causante de muchas de sus risas sin pavonearse.

Me quedo con el tenedor a mitad de camino hacia el plato.

No puede ser la misma persona. Es una coincidencia de ojos claros y nada más. Londres tiene suficiente gente para que eso ocurra sin que signifique nada.

Pero el pensamiento no desaparece. Trato de comparar las dos imágenes, pero la luz tenue del pub y la grasa que manchaba su rostro hoy me impiden ver más coincidencias que los ojos. ¿Puede ser ella?

Un sonido me avisa de que ha llegado el correo de James. Cuatro archivos adjuntos y una nota que dice: «lo que he podido en cuatro

horas. Mañana más».

Aparto el plato y abro el primer archivo.

Edward Hartford. Nacido en 1961 en Surrey. Hijo de un mecánico de coches clásicos que tenía un pequeño taller en las afueras de Guildford. Estudió ingeniería mecánica, trabajó tres años en un concesionario de lujo en Londres, y a los veintiocho años fundó Hartfield Motors con la herencia de su padre y un préstamo bancario. La empresa creció despacio y bien, con una reputación que se construyó proyecto a proyecto, coche a coche. En 1998 contrató a Richard Aldwood, antiguo contable de su padre, como director financiero. En 2004 le ofreció una participación minoritaria en el capital.

Hartford murió en 2013. Cincuenta y dos años. Un infarto.

Me detengo ahí.

Cincuenta y dos años. La empresa, con veinte años de historia a sus espaldas, en el mejor momento. Y un director financiero que llevaba quince años dentro y que conocía cada número, cada contrato, cada cuenta.

Abro el segundo archivo. La estructura de propiedad actual.

Leo. Vuelvo a leer. Busco el nombre de Hartford en la lista de accionistas actuales.

No está.

El tercer archivo es sobre Richard Aldwood. Nacido en 1965. Historial financiero limpio, ninguna irregularidad documentada, ningún proceso legal. Viudo de primera esposa, casado en segundas nupcias con la viuda de Edward Hartford, fallecida cuatro años después de su marido, dejando una adolescente huérfana.

El cuarto archivo es el más corto. Tres párrafos sobre la hija de Edward Hartford. Kailey Hartford, veintisiete años. Licenciada en Dirección de Empresas con matrícula de honor y máster en empresas de automoción. Un año de formación en Ferrari Italia. Actualmente empleada en Hartfield Motors como auxiliar administrativa del departamento de restauración.

Me quedo mirando la pantalla.

Auxiliar administrativa.

La hija de Edward Hartford, que construyó esta empresa desde cero y que tiene una foto en la pared del único departamento que queda de lo que él creó, es auxiliar administrativa en ese mismo departamento, a pesar de su brillante currículum, mientras Richard Aldwood preside la mesa de caoba del despacho principal.

Cierro el portátil.

Miro a través del cristal, a un punto tan fijo como difuso. Londres sigue con su lluvia constante, sus luces y esa densidad húmeda que se nota desde la ventana del hotel, y yo me quedo con una certeza que no tenía esta mañana cuando entré en el taller a ver un Jaguar E-Type.

Hartfield Motors tiene recovecos oscuros y acabo de encontrar el primero.

CAPÍTULO 7

Kailey

Londres

Los escucho desde la buhardilla que es ahora mi habitación. El ruido de Sharon preparándose tiene una cadencia propia que llevo cuatro años aprendiendo a identificar sin querer, el secador, el armario que cierra dos veces porque siempre se queda entreabierto, los tacones sobre el suelo de madera del pasillo... Richard es más silencioso, más eficiente, veinte minutos desde que entra al baño hasta que baja al recibidor con el abrigo puesto y las llaves en la mano.

Esta noche van al Annabel's. Sharon lo mencionó en voz alta en la cocina esta mañana mientras yo pasaba por el pasillo con el intento deliberado de no existir. El Annabel's es el sitio al que Richard lleva a los clientes que quiere impresionar y a las personas que quiere que vean que puede permitírselo. Luego habrá copa en el Berkeley Square, uno de los clubs privados más caros de Londres, con lista de espera y cuotas anuales que no se mencionan en voz alta en las conversaciones normales.

Mi padre nunca fue al Annabel's. Mi padre prefería un pub decente y una conversación real, y decía que los sitios donde la gente paga por sentirse especial son los sitios donde menos gente especial hay.

Bajo las escaleras cuando los escucho en el recibidor. Aunque vivimos en la misma casa, la de mi familia, hago lo posible por no coincidir con ellos. Pero hoy es necesario.

Richard tiene el abrigo puesto. Sharon lleva un vestido negro con los hombros al aire que le queda bien, hay que reconocerlo, y un

bolso que probablemente vale más que el presupuesto mensual del taller. Los dos se giran cuando aparezco.

—Kailey —dice Richard, con ese tono neutral e impostado que muestra conmigo y que no me aporta ni frío ni calidez.

—¿Qué estás negociando con Cole Capital? —No grito porque me contengo, pero mi tono no deja lugar a dudas de la rabia que siento.

Sharon abre ligeramente la boca. Richard no cambia de expresión ni un milímetro. ¿Qué vio mi madre en un hombre tan frío?

—No es el momento —contesta.

—Para mí sí lo es. —Me apoyo en el marco de la puerta de la sala con los brazos cruzados—. Llevas semanas con los abogados. La mitad de la empresa lo sabe. Yo me entero por los mecánicos porque nadie con autoridad se ha molestado en contármelo, a pesar de que tengo todo el derecho a ser informada y a opinar. Es la empresa de mi familia, Richard. Es mi apellido el que está en la fachada, no el tuyo.

—Porque aún no he podido cambiarlo y porque la marca pesa mucho. De todas formas, eso de que tienes derecho… —suelta una risotada—, cree lo que quieras si te hace feliz. Nada es tuyo; ya sabes que fue tu madre quien me dejó la gestión de todo esto cuando murió.

—Mi madre firmó cosas que no debería haber firmado porque estaba de luto y porque tú sabías exactamente cuándo presentarle los papeles.

El silencio cae como una losa. Aprieto los puños hasta hacerme daño con las uñas. Me tiene acorralada y lo sabe, pero yo no quiero ceder. Nunca lo haré.

Sharon mira su bolso con falsa atención. Finge no estar escuchando, pero no se pierde una sílaba. Cuando vino a vivir aquí,

pensé que tendría una amiga, que podríamos ser como hermanas. Jamás fue así. La envidia le comía por los pies y su padre solo la favorecía a ella, mientras a mí me relegaba sin que mi madre se diera cuenta. Delante de ella eran geniales conmigo, pero cuando no estaba, todo era diferente. Y mi madre no me creía, pensaba que actuaba por celos y nunca conseguí sacarla de su error. Ahora estoy pagando las consecuencias.

—Kailey —dice Richard, con la voz suave que usa cuando quiere hacerse el condescendiente y que a mí me repele—, te dejamos vivir en esta casa. Tienes trabajo, estabilidad y la posibilidad de seguir cerca de lo que fue de tu padre. Todo eso existe porque yo lo permito. Agradecería que lo tuvieras presente antes de salirme al paso en el recibidor un sábado por la noche.

—Esta casa es de los Hartford.

—Esta casa está a nombre de una sociedad que yo dirijo legalmente. Algo que Martin Clarke ya te habrá explicado varias veces. —Escupe antes de coger las llaves de la mesa del recibidor—. Por cierto, no te acerques al americano. Si Cole Capital baja al taller y hace preguntas, espero que seas profesional. Que respondas dentro del ámbito de tu trabajo y no ofrezcas información que nadie te ha pedido.

—Me estás pidiendo que me calle la verdad.

—Te estoy pidiendo que seas discreta. Como cualquier empleado.

—No soy cualquier empleado.

—En esta empresa, a efectos prácticos, sí lo eres. Y no me provoques o te quedarás sin trabajo. —Abre la puerta—. Que tengas buena noche, Kailey.

Sharon pasa por mi lado hacia la puerta con un perfume demasiado floral para mi gusto, que cuesta su peso en oro y que

llena el recibidor de algo que no tiene nada que ver con ella. En la puerta se gira un momento.

—Kailey, si algún día quieres que te consiga una mesa en el Annabel's, dímelo. —Sonríe—. Aunque no sé si admitirán a chicas llenas de grasa, ¿te has mirado al espejo?

Cierra la puerta después de mirarme con cara de asco.

Me quedo sola en el recibidor con el eco de esa última frase y la certeza de que Sharon la ha preparado desde esta mañana, guardándola para el momento exacto, porque Sharon tiene pocos talentos, pero ese, el de encontrar el punto donde duele y presionar con una sonrisa, lo tiene perfectamente afilado.

Me miro al espejo y veo mi pelo enmarañado y restos de grasa, a pesar de haberme lavado en el baño del taller. Subo a mi refugio y me cambio de ropa. Me pongo los leggings, camiseta térmica, las zapatillas que guardo bajo la cama para estas ocasiones, el cortavientos azul que tiene una cremallera rota desde el invierno pasado y que nunca he arreglado porque cuando salgo a correr no pienso en cremalleras. Me recojo el pelo en una coleta alta y me pongo los auriculares.

Salgo a la calle dispuesta a quemar la rabia con el ejercicio. El sábado por la tarde en Chelsea tiene esa luz de noviembre que es más horizontal que vertical, que llega rasante desde el oeste y convierte todo en algo ligeramente dorado durante los veinte minutos antes de que desaparezca del todo. Corro hacia el Embankment. Supero el primer kilómetro, en el que el cuerpo protesta antes de decidir que va a cooperar, con el frío en la cara, el río al fondo y la ciudad moviéndose a mi alrededor con su indiferencia habitual.

En el segundo kilómetro la cabeza empieza a soltar cosas. Richard y sus abogados. Qué pretende Cole Capital y por qué me lo ocultan. Que haya dicho *en esta empresa, a efectos prácticos, y sí lo eres* con

la calma de quien sabe que tiene razón legalmente y no le importa nada más, aunque está por ver. Sharon y su perfume y el comentario sobre Annabel's que me lanza como un dardo de punta fina para que me duela. Lo que no sabe es que no ha traspasado mi coraza. Ellos se creen que soy débil porque así me muestro como parte de la estrategia para recuperar lo que es mío.

En el tercer kilómetro pienso en Brennan Cole y en las dos veces que ha bajado al taller sin tener ninguna necesidad. ¿Será verdad que le gustan los coches clásicos como a mí? ¿O solo lo ha dicho para conocer cada recoveco de la empresa? ¿Tanto le interesa? ¿Por qué? La falta de respuestas me retuerce el estómago.

¿Podrá ser un aliado o un enemigo?

Todavía no sé si puedo confiar en él; él ignora quién soy. Aunque entre los intereses de un inversor americano y los míos haya una distancia que todavía no sé medir.

Llego al Embankment y corro junto al río durante un rato con el agua oscura a mi lado y los puentes encendidos al fondo, y pienso en mi padre, que corría este mismo tramo los domingos por la mañana y que a veces me traía con él cuando era pequeña; yo intentaba seguirle el paso con las piernas cortas y él aminoraba con cuidado para que yo no lo notara.

Cuatro kilómetros. Cinco.

Cuando vuelvo a casa tengo las mejillas heladas y la cabeza más ordenada de lo que estaba cuando salí, que es para lo que sirve correr cuando una tiene las manos atadas.

Me ducho con calma, ahora que estoy sola en la casa, y me arreglo para acudir a mi cita.

Lucy me espera en el wine bar de Fulham Road a las ocho, con una copa ya servida y el morro torcido que pone cuando lleva un rato esperando. Sé que no se va a quejar, porque le gusta llegar

antes para leer un rato. Lucy Marsh y yo nos conocemos desde el colegio, desde antes de que mi padre muriera, de que Richard entrara por la puerta y de que mi vida cambiara de forma radical. Es profesora de historia del arte en una universidad del centro, vive en un piso pequeño en Fulham con muchas plantas y demasiados libros, y es la única persona en mi vida que conoció a mis padres de verdad y que, por tanto, entiende, sin que yo tenga que explicar nada, la dimensión exacta de lo que he perdido.

Me siento frente a ella. El camarero trae otra copa sin que la pida.

—Cuéntame —dice Lucy.

Y le cuento lo de Richard en el recibidor, lo de Sharon con su comentario del Annabel's y su cara de asco, lo del taller y la reunión del jueves y los abogados que llevan semanas trabajando sin que nadie me diga nada. Lucy escucha con la copa en la mano y toda la atención en mí, sin interrumpir hasta que sabe que he terminado.

Cuando acabo, no dice nada durante un momento, con la mirada fija en el poco líquido que le queda en la copa.

—Sharon es una víbora.

—Sharon es Sharon. Ya la conozco. No me sorprende nada de lo que haga ese cerebro de mosquito. Sabes que soy inmune a sus comentarios.

—Lo de la grasa fue demasiado lejos incluso para ella.

—Seguro que lo tenía preparado desde por la mañana. Lo vi en su cara cuando bajé las escaleras.

Lucy bebe un sorbo.

—¿Y Richard?

—Como siempre. Frío, calculador, con una respuesta para todo y ninguna que valga de verdad. —Giro la copa entre los dedos—. Dice que soy menos que cualquier empleado y que puede prescindir de mí en cualquier momento. Como si me estuviera haciendo un favor.

—Qué miserable.

—Ya sabes cómo es. Con mucha elegancia, eso sí.

Lucy suelta algo que no llega a ser una risa, porque el asunto no tiene ni pizca de gracia, pero que tiene el mismo efecto relajante, y yo la recibo con alivio porque esta noche necesito que alguien quite hierro a las cosas sin restar ni un ápice la verdad. Necesito el abrazo cálido de mi mejor amiga.

—Oye —dice Lucy, con un tono que cambia ligeramente—, ¿seguro que el americano del que hablas es el del pub del jueves?

—Casi segura.

—Ya. —Pone cara de estar recordando—. El tipo que te miraba desde el otro lado de la sala, ¿verdad? Rubio, alto, muy guapo, con esa pose americana que tienen algunos de parecer que acaban de bajar de un caballo. —Me mira con una sonrisa ladeada—. ¿Es ese?

Pienso en el taller. En los ojos claros de Brennan Cole y que, pese a su posición, no le importó agacharse junto al Jaguar, algo que nunca he visto en los millonarios que pujan por nuestros coches. Recuerdo el acento americano cuando dijo cincuenta y ocho con una seguridad que resultó ser equivocada.

—Sí —digo—. Creo que es el mismo o se parecen muchísimo.

Lucy abre los ojos.

—Dios mío, Kailey.

—¿Qué pasa por tu cabeza?

—Estoy pensando que el hombre que se fijó en ti hace dos días en el pub también ha bajado dos veces al taller a verte trabajar. Justo lo que Richard no quiere que haga nadie y menos el inversor que tu padrastro no quiere que te conozca. ¿No es eso?

—No baja a verme a mí. Baja a ver los coches. ¡Qué imaginación tienes!

—Bajó dos veces en dos días. —Lucy deja la copa—. Mucha casualidad, ¿no crees? ¿Y si ya sabía quién eras en el pub?

—No te montes películas, Lucy. En vez de historiadora, deberías ser escritora.

—Paso, me gusta más vivir las historias que inventarlas —se ríe—. Oye, ¿y cómo es de cerca el tipo? Porque de lejos y con la luz del pub solo vi lo básico.

—Es... —Paro. Pienso en él de pie junto al Jaguar, en sus dedos largos pasando por el coche en un gesto muy seductor y en la sonrisa enmarcada por unos labios que me hacen estremecer al recordarlos—. Es tranquilo. Sabe de coches, más de lo que hubiera esperado. Quiso adivinar el año del Jaguar y luego tuvo la decencia de admitir que yo tenía razón.

—Un americano que admite que se equivoca. —Lucy levanta la copa—. Fenómeno.

—Lucy.

—¿Qué? Es que es raro. —Sonríe—. ¿Volviste a verlo después del taller?

—Claro que no. ¿Para qué habría de verlo? Qué cosas tienes. Y no creo que vuelva a cruzar ni media palabra con él. Richard me ha dicho explícitamente que no me acerque.

—Claro que te lo ha dicho. —Lucy inclina la cabeza—. Eso ya es interesante de por sí. ¿Por qué le molesta que hables con el hombre al que supuestamente quiere convencer de que todo va bien en Hartfield Motors?

No tengo respuesta para eso. O sí la tengo, pero es una respuesta que todavía no sé qué hacer con ella.

—No lo sé —confieso.

—Pues yo tampoco. Pero me parece una pregunta muy buena para hacerse un sábado por la noche. —Bebe el último sorbo y señala al camarero para pedir otra ronda—. Y mientras tanto, cuéntame más del americano. Porque si hay alguien que puede hacer que esta historia se ponga interesante, desde luego no es Richard.

Me río. Esta vez sí, una risa real, de las que salen solas.

—No hay nada que contar, Lucy.

—Todavía —dice ella, con esa sonrisa que lleva desde los dieciséis años produciéndome exactamente este efecto.

El camarero trae las copas. El wine bar sigue llenándose a nuestro alrededor con el ruido de los sábados por la noche, y yo me recuesto en la silla con la copa en la mano y pienso, sin quererlo, en un hombre que baja a mi taller cuando no tiene ninguna obligación de hacerlo y que mira los coches como alguien que los ama de verdad. Bajo sus dedos, hubiera querido ser ese Jaguar.

CAPÍTULO 8

Brennan

Londres

El sábado por la mañana me despierto con los informes de James todavía abiertos en el portátil y la certeza de haber dormido menos de lo que necesitaba.

Los cierro. Me ducho y bajo a desayunar en el restaurante del hotel con el Financial Times, que seguro que no voy a leer, y el café que sí voy a necesitar, y paso la primera hora del día repasando mentalmente lo que sé, lo que no sé y lo que sospecho, que son tres categorías con contenidos muy distintos y un solapamiento más pequeño de lo que me gustaría.

Lo que sé: Edward Hartford fundó Hartfield Motors desde cero, construyó algo sólido, murió a los cincuenta y dos años dejando una empresa en su mejor momento y una hija de dieciocho. Richard Aldwood, su director financiero durante quince años, se casó con la viuda, asumió el control legal de la empresa y de la sociedad familiar que incluye la casa de Chelsea, y cuatro años después de la muerte de Hartford también enviudó. Kailey Hartford, veintisiete años, licenciada con matrícula, un año en Ferrari Italia, trabaja como auxiliar administrativa y a veces mecánica en el departamento que fundó su padre. Algo insólito.

Lo que no sé: qué hay exactamente en la estructura de propiedad que no cuadra con la historia de la empresa, qué quiere realmente Richard con la alianza que me propone, y qué sabe Kailey Hartford de todo eso.

Lo que sospecho: demasiado para firmar con ellos y demasiado poco para demostrarlo.

Cierro el periódico sin haberlo leído. Cojo el móvil y escribo a Owen.

Mi amigo aparece a las once con un paraguas que no usa porque la lluvia de este sábado es de la categoría que los londinenses llaman llovizna y que para cualquier otra persona en el mundo es lluvia normal. Lleva una chaqueta de *tweed* y la expresión permanente de sentirse a gusto en cualquier lugar, que es una de las cosas que más envidio de Owen desde los veinticuatro años.

Caminamos por Hyde Park con los paraguas en la mano y el suelo mojado bajo los pies, acompañados por la luz de noviembre que en Londres tiene una textura específica, más gris que oscura, más suave que fría, y a la que yo nunca he conseguido aclimatarme.

—¿Cómo podéis vivir así? —le provoco.

—¿Así cómo? No te entiendo.

—Con esto. —Señalo el cielo, que es la misma masa gris uniforme que, a pesar de llevar tres días, todavía no me he acostumbrado.

—Esto es noviembre —dice Owen, con la serenidad de quien explica algo evidente—. En diciembre llueve más.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Claro que sí. Lo aceptas porque no tienes otra opción y luego te das cuenta de que la lluvia tiene su encanto. Llega un momento en que ni siquiera eres consciente de ella.

—La lluvia no tiene encanto, Owen.

—La niebla sí.

—La niebla tampoco.

Owen sonríe, se ajusta el abrigo y seguimos caminando en silencio durante un rato, con el parque casi vacío a esta hora y los árboles sin hojas dibujando unas líneas oscuras contra el cielo, que en verano tendrán un aspecto radicalmente distinto.

Sin que sea algo que estuviera en mis planes, lo pregunto.

—¿Conoces a los Hartford? La familia de Edward Hartford, el de Hartfield Motors.

Owen me mira de reojo.

—¿Lo preguntas por trabajo o estamos en el momento del cotilleo británico? Normalmente las visitas me preguntan por la familia real. —Me río.

—Las dos cosas, posiblemente.

—Interesante combinación. —Mete las manos en los bolsillos—. Conozco el nombre. Edward Hartford era de esos hombres que construyen algo grande y no necesitan que todo el mundo lo sepa. No frecuentaba los sitios de más lujo, bastante espartano para el dinero que tenía, pero se movía en los círculos adecuados cuando hacía falta. Mi padre lo conocía de vista, creo que coincidieron en algún evento de la industria hace años. —Hace una pausa cuando llegamos al borde del lago y me mira—. Murió hace once años, creo, ¿no? Un infarto.

—Cincuenta y dos años tenía.

—Una pena. —Owen bebe un sorbo—. Dejó una hija, me parece.

—Kailey Hartford.

Owen se para en seco. Me mira con cara pensativa.

—¿La conoces?

—La he visto en Hartfield Motors. Trabaja en el taller de restauración.

—¿En el taller? —Frunce el ceño—. Eso es raro. La familia Hartford es dinero serio, Brennan. Si no recuerdo mal, tenían una casa en Cheyne Walk, contactos en la City, los coches eran su negocio, pero no su único patrimonio. Que la hija esté en el taller... —No termina la frase.

—Sí —digo.

—¿Y qué hace exactamente en el taller?

—Auxiliar administrativa, en teoría. Pero la he visto con el mono puesto y las manos llenas de grasa.

Owen me mira un momento más.

—¡Uf! No sigas. La imagen que me ha venido a la cabeza es demasiado sexy.

—No seas bruto.

—No, en serio. Eso que dices es muy raro —dice—. Debe haber algo que no sabemos, la verdad es que no sé mucho más, ni qué fue de la empresa… nada.

—Lo sé.

Seguimos caminando. El parque tiene ese silencio de los fines de semana lluviosos en que la ciudad reduce la velocidad sin detenerse, y yo camino con las manos en los bolsillos y la conversación procesándose sola, añadiendo lo que Owen acaba de decir a lo que ya tenía.

—¿La conoces a ella? —pregunto.

—A Kailey no, creo que la vi una vez hace años, antes de que muriera su madre, en algún evento. Era joven, dieciocho o veinte, y

estaba con su madre. No recuerdo mucho más. —Vuelve a hacer una pausa—. A la que veo con frecuencia en esos círculos es a Sharon, la hija de Aldwood. Esa sí aparece en los círculos más elitistas, pero nunca he hablado con ella —Algo en su tono indica que elitista no es exactamente un elogio—. Muy presente para ser la hija de alguien que era director financiero antes de casarse con la viuda adecuada.

—¿Qué sabes de Aldwood?

—Lo justo. Que llegó de la nada, que está en todos los sitios donde hay dinero desde hace años, y que tiene la habilidad de generar confianza antes de que haya ninguna razón concreta para tenerla. —Owen se detiene frente a un banco mojado y lo mira como si estuviera considerando sentarse, decide que no, y sigue andando—. Hay quien dice que la empresa habría sido de Kailey si las cosas hubieran sido distintas. Pero ya te digo que no sé nada, solo son cosas que he oído.

—Vale, aun así, dime qué quiere decir eso exactamente.

Owen me mira.

—Pues… quiere decir que cuando murió la madre, Aldwood ya debía de tener todo firmado. —Suspira—. Eso es lo que escuché en algún corrillo. Yo no sé más, no suelo prestar atención a los chismes; eso se lo dejo a mi madre.

El domingo lo paso entre el hotel y los informes, con un almuerzo rápido solo y una llamada con James que dura cuarenta minutos y que termina con más preguntas de las que tenía antes de hacerla. James ha encontrado algunas cosas en la estructura de la sociedad familiar que controla Aldwood, que no son irregularidades en el sentido estricto, pero que tienen una arquitectura sospechosa, construida con paciencia, pensada para que todo parezca correcto desde fuera.

—Dame hasta el miércoles —dice James.

—El miércoles lo necesito.

—El miércoles lo tienes.

Cuelgo. Me quedo con el portátil abierto y los informes en la pantalla y el ruido sordo de Londres al otro lado de la ventana, y pienso en Kailey Hartford en el taller con el mono azul y las manos negras de grasa corrigiéndome el año del Jaguar con esa calma. Pienso en lo que ha dicho Owen y sí, es una imagen muy sexi, con el mono delineando su figura, los ojos claros, el pelo recogido y la grasa decorando su piel. Seguro que ella no es consciente del efecto que provoca.

Una chica que, además, es brillante, según su expediente, con experiencia en Ferrari Italia. No es currículum para una auxiliar administrativa que trabaja en el departamento más infrapresupuestado de la empresa que fundó su padre.

Hay algo en ese cuadro que no encaja y que yo no sé todavía si es una tragedia personal o una estrategia financiera.

El lunes por la mañana llego a Hartfield Motors a las nueve y cuarto. Richard me recibe en la sala de reuniones radiante, con la energía de haber pasado un buen fin de semana que no puede evitar que se le note, o quiere que nos demos cuenta los demás. Me habla del club de golf al que quiere que acuda con él y, por supuesto, con su hija, y hace mención de restaurantes de lujo que no me puedo perder. Este hombre no ha entendido que tener dinero no me empuja a gastarlo en frivolidades, pero sé que debo seguirle la corriente.

La reunión avanza con la misma dinámica de los días anteriores. Sharon presenta la propuesta, tras los días que he pasado pidiendo datos, y Richard controla el discurso de su hija. Yo escucho, anoto y

hago las preguntas que considero necesarias y algunas que no lo son, pero que quiero ver cómo gestiona.

A las doce y media, cuando salimos al pasillo, Richard me pone una mano en el brazo con una familiaridad calculada que detesto.

—Esta tarde podríamos ver los contratos de distribución del último ejercicio. Hay cifras interesantes.

—Perfecto —digo—. Y me gustaría revisar también el archivo histórico del departamento de restauración. Los proyectos de los últimos cuatro años, presupuestos, resultados reales.

Richard no cambia de expresión. Pero la mano en mi brazo aprieta un grado más antes de soltarse.

—Eso lo puede gestionar Sharon.

—Preferiría revisarlo con quien lleva el archivo directamente. Me ahorra tiempo y errores de interpretación.

Clava la mirada en la ventana de enfrente antes de contestar.

—La chica del taller tiene acceso limitado a la documentación corporativa. Tienes que verlo aquí arriba, en el archivo.

—Solo necesito los datos del departamento. Nada que no sea de dominio interno. Además, ya sabes que me gustan los coches clásicos y para mí es un placer bajar al taller.

Richard me mira durante un segundo, evaluando cuánto puede negarse sin que resulte sospechoso. Mi petición se queda sin contestar, pero no importa porque pienso bajar de todas formas. Con lo que no contaba es con que mi anfitrión llenara el día de actividades que no pueden esperar. ¿Lo está haciendo a propósito? Seguro que sí.

A las cinco y media, Richard da por terminada la jornada con un brillo en los ojos que no me convence, porque llevamos dos horas revisando previsiones de inversión por mercados que podrían haberse despachado en una, y hay algo en ese ritmo deliberadamente lento que me dice que ha decidido que esta tarde yo no voy a llegar al taller.

Bajo a recepción con el portátil bajo el brazo y la cabeza todavía en los números, y es precisamente por eso, porque voy con la cabeza en otro sitio, que no la veo hasta que casi choco con ella.

Kailey Hartford está de pie junto al mostrador de recepción con un bolso grande en una mano y el abrigo en la otra, a punto de salir. Lleva unos vaqueros oscuros que le quedan bien de una manera que el mono de trabajo no dejaba adivinar, un jersey burdeos con el cuello más abierto sobre un hombro, y el pelo suelto cayéndole por la espalda, con un color castaño que en el taller no conseguí ver bien y que aquí, con la iluminación de la recepción a última hora de la tarde, resulta ser exactamente lo que sospechaba desde el pub el jueves.

Se gira cuando me escucha llegar.

Y yo entiendo en ese segundo por qué no la había reconocido el viernes por la mañana, porque la chica del pub y la chica del mono son la misma persona, pero la recepción de Hartfield Motors a las cinco y media me lo confirma de una manera que el taller oscuro y la grasa en la cara no me habían permitido asegurar. Son los mismos ojos, no hay duda. Y la misma actitud atenta que me hizo observarla en el pub.

Me mira y yo a ella. Y en ese intercambio breve, de dos o tres segundos, siento algo que no tiene nada que ver con los archivos ni con Hartfield Motors ni con Richard Aldwood, algo que funciona en una frecuencia completamente distinta y que resulta bastante inconveniente dado el contexto en el que estamos los dos.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —contesta con el rubor subiendo por sus mejillas.

Su voz tiene la misma calma que ya conozco, pero hay algo en ella que es diferente al taller, una contención mayor. Se sujeta el bolso con las manos y los dedos se enredan en el asa, un movimiento pequeño e involuntario que me dice que está más nerviosa de lo que aparenta.

Me pregunto qué sabe ella de lo que yo estoy buscando en esta empresa, si sabe quién soy más allá de un americano que baja al taller a ver coches clásicos y, si la respuesta es sí, me pregunto qué piensa hacer con esa información. Me extraña que la hija del fundador no participe en las reuniones, pero, de momento, no se lo voy a preguntar.

Nada de lo que sé de ella encaja en su situación.

Deja el bolso sobre el mostrador y se pone el abrigo. Debería haberme ido ya, pero no es lo que quiero. Aunque no tenga excusa, me quedo un rato más disimulando con el móvil en la mano.

Hay mujeres que son guapas de una manera que uno identifica, cataloga y archiva sin que produzca ningún efecto duradero, como la modelo que ves en una revista, sonríes complacido y cierras sin más. Y hay mujeres que tienen algo más difícil de definir, una presencia que no tiene que ver con los rasgos ni con la ropa ni con ningún elemento concreto, sino con la suma de todo eso y de algo que va más allá, y que cuando uno la encuentra en el sitio menos esperado le provoca una especie de descolocación que no es exactamente incómoda, pero que tampoco es fácil de ignorar.

Kailey Hartford es lo segundo.

El corazón me golpea el pecho de una forma para la que esta tarde no estaba preparado, con Gina al fondo de mi pensamiento y Richard Aldwood con sus maniobras y los informes de James que todavía no me han dado todo lo que necesito, y me parece una ironía considerable que sea precisamente aquí, en la recepción de una empresa que huele a algo turbio, donde el universo decida recordarme que llevo meses sin sentir exactamente esto.

Ella rompe el contacto visual primero, con naturalidad, sin que parezca una retirada, sino simplemente el movimiento de alguien que tiene el abrigo puesto y una puerta abierta delante.

—Que tenga buena noche —dice.

Y sale a la calle sin mirar atrás, con paso seguro, y la puerta de cristal se cierra detrás de ella y yo me quedo en la recepción con el portátil bajo el brazo y la recepcionista mirándome desde el mostrador, discreta, como si no hubiera visto nada.

En el exterior, la lluvia de noviembre ha vuelto con esa insistencia que Owen defiende y que yo sigo sin entender, y Kailey Hartford, sin paraguas, cruza la acera, dobla la esquina y desaparece, y yo me quedo pensando en lo extraño que es todo, en lo que guardará en sus secretos y en que mañana voy a bajar al taller a las nueve de la mañana con la excusa de ver el Jaguar, aunque la verdad, si me la preguntaran ahora mismo, es considerablemente más complicada que eso.

CAPÍTULO 9

Kailey

Londres

El cementerio de Brompton está a veinte minutos de Cheyne Walk andando, lo cual es una de las pocas ventajas de vivir en la casa de mis padres con Richard y Sharon, que puedo venir cuando quiero sin tener que coger el metro ni planificarlo. Suelo venir los martes por la mañana antes del trabajo, casi siempre, desde que murió mi madre. Antes venía los domingos con ella a ver a mi padre, y ahora vengo sola a visitarlos a los dos.

Las tumbas están juntas, como ellos querían. Mi madre lo dejó escrito, que cuando llegara el momento quería estar al lado de Edward Hartford para siempre, y Richard no pudo negarle eso porque estaba firmado y porque habría quedado muy mal negárselo. Eso es lo único que le agradezco, que respetó esa última voluntad, aunque sospecho que no fue por generosidad, sino porque la alternativa le habría costado más de lo que estaba dispuesto a pagar en términos de imagen.

Me siento en el banco de piedra que hay frente a las dos lápidas. El martes por la mañana el cementerio está casi vacío, solo algún paseador de perros que conoce los caminos y una pareja mayor que viene todos los martes también, a una tumba que está más al fondo, con quienes me cruzo a veces e intercambiamos un saludo silencioso, de los que comparten un ritual sin conocerse.

El aire huele a tierra húmeda y a esa cosa de los espacios donde el tiempo pasa más despacio. La calma es mayor que en cualquier

otro lugar.

—Hola —les saludo en voz baja. Me cuesta hablarles con el pensamiento; eso ya lo hago fuera de aquí, pero frente a sus tumbas se me hace imposible no articular las palabras como si estuvieran escuchándome.

Les hablo a los dos, aunque miro principalmente a mi padre, porque con mi madre todavía hay cosas sin resolver que aún me duelen demasiado, y porque mi padre siempre supo escuchar sin juzgar.

—Están pasando demasiadas cosas desde la última vez que vine —digo—. Cosas que no sé cómo manejar.

El viento mueve las flores que dejé la semana pasada, ya marchitas, que tendría que cambiar y no he traído nuevas porque salí de casa con prisa y se me olvidó. Mi madre las habría cambiado. Mi madre nunca llegaba sin flores.

Les cuento lo de Cole Capital, y lo que está haciendo Richard, manteniéndome alejada de todo lo que importa con una eficiencia que a estas alturas ya casi admiro, aunque me produzca una rabia que no sé dónde poner. Les cuento que Martin, el abogado, está tratando de ayudarme de todas las maneras posibles y que necesita pruebas que yo llevo semanas intentando encontrar sin que Richard lo sepa.

Y luego, después de una pausa más larga de lo habitual, les hablo de Brennan.

Les cuento que el dueño de Cole Capital es un americano aficionado a los coches clásicos y que baja al taller a pesar de que Richard no quiere que lo haga. Sin venir a cuento, añado que tiene los ojos de un color que no es exactamente ningún tono concreto hasta que te fijas bien, y que cuando me mira me provoca algo en algún sitio del pecho que no había sentido en bastante tiempo.

—Ya sé lo que estás pensando —digo, mirando la lápida de mi padre—. Que me conozco ese terreno. Que ya estuve ahí.

Y es verdad que lo estuve.

Hubo una época, antes de que mi madre muriera y antes de que todo cambiara, en que yo era Kailey Hartford de una manera completamente distinta a como lo soy ahora. Había fiestas en casas que tenían nombres propios, no solo direcciones. Había gente que te buscaba porque te reconocían en ese circuito y porque tu dinero abría puertas que el apellido solo no abre. Había chicos, también, de dos tipos muy distintos, aunque a veces costaba verlo desde dentro.

Los primeros eran los que tenían dinero de verdad y no necesitaban demostrarlo, los que llegaban sin aspavientos y se quedaban sin necesitar que nadie los mirara. Mi padre era de ese tipo, aunque él venía de menos y había construido lo suyo desde cero, que es diferente, pero produce el mismo resultado en la manera de estar en el mundo.

Los segundos eran los que se hacían pasar por lo que no eran.

Londres tiene muchos de esos. Hombres con traje caro, que pertenecen al club adecuado para sus intereses, y que saben exactamente cómo moverse en esos círculos porque llevan años estudiándolos, que buscan a las herederas con una paciencia calculada, trabajando hacia su objetivo sin que la otra persona se dé cuenta. Los reconocí demasiado tarde en algunos casos y demasiado pronto en otros, y el resultado en ambos fue el mismo, una sensación de haber estado a punto de cometer un error del que habría tardado en recuperarme.

Richard era de esos y mi madre cayó, sumida en la tristeza. Cuando ella murió y dejé de ser una heredera para convertirme en una chica con un trabajo en el taller, todos esos hombres desaparecieron. Todos. Con una rapidez y una eficacia que al

principio dolió y que después, con el tiempo, me di cuenta de que era el mejor filtro que podría haber tenido.

Nunca los he echado de menos.

Brennan Cole no se parece a ninguno de ellos.

Eso es lo que me inquieta, en realidad. Que no encaja en ninguno de los dos tipos que conozco, ni en el rico que no necesita demostrarlo ni en el que finge serlo, sino en algo que no tengo entre mis categorías para clasificar a los hombres. Alguien que baja a un taller a ver coches, aunque se ensucie las manos, que a la vez dirige un fondo de inversión desde Nueva York y que me mira de una manera que no tiene ningún interés estratégico que yo pueda identificar, pero que tampoco es casual. Una mirada que me hace temblar de deseo.

Y eso, precisamente eso, es lo más desconcertante.

—No sé qué hacer con esto —le digo a mi padre—. Y sabes que no me pasa con frecuencia no saber qué hacer con algo. Excepto con la empresa. Espero que Martin sepa lo que tiene entre manos y podamos echar a Richard de ella. —Me giro hacia la otra tumba—. ¿Qué hiciste, mamá? ¿Estabas en tus cabales?

El viento mueve las flores marchitas otra vez y me vuelvo a arrepentir de no haber traído nuevas.

Me levanto. Quito las flores más secas de las que había traído la semana pasada y las recoloco para que quede algo decente.

—Vuelvo el martes que viene —me despido.

Y salgo del cementerio hacia el metro con el cuello del abrigo subido hasta las orejas, los auriculares puestos y la cabeza llena de cosas que no caben todas a la vez, pero que de todas formas se empeñan en estar.

Lucy me manda un mensaje a las doce que dice: «almuerzo hoy, tengo algo que contarte, urgente entre comillas, pero en realidad es cotilleo».

Le contesto que sí antes de llegar al taller.

Nos vemos en el italiano de Fulham Road que frecuentamos desde que éramos estudiantes y que ha cambiado tres veces de dueño sin variar el menú, lo cual dice algo sobre la clientela del barrio, que prefiere la continuidad a la novedad.

Lucy ya está sentada cuando llego, con el pelo recogido y lista para soltar lo que lleva guardando desde que me mandó el mensaje. Le doy dos besos y me siento junto a ella.

—Cuéntame.

—Anoche vi a Jamie Ashford.

El nombre aterriza en la mesa y yo cojo el menú aunque me lo sé de memoria.

—¿Dónde?

—En una cena en casa de los Pemberton. —Lucy abre los ojos con un gesto que anuncia que lo que viene merece atención—. Estaba con Arabella Fontaine-Cross. Ya sabes, la de los Fontaine-Cross de Surrey, la que heredó lo de su abuelo el año pasado. —Hace una pausa teatral—. Objetivo cumplido, diría yo.

—Vaya.

—Espera, que hay más. Porque yo lo vi antes con Cecily Harrington, que también tiene lo suyo, y antes con Victoria Aldgate, que ya sabes que los Aldgate tienen medio Hampshire. —Lucy cuenta con los dedos con una solemnidad cómica—. Jamie Ashford ha ido ascendiendo en el escalafón de manera muy metódica. Hay que reconocerle la constancia.

—Una carrera brillante —digo.

—Impecable. Y pensar que contigo fue el primer intento. Fuiste la que le enseñó el camino, Kailey. Deberías cobrar comisión.

Me río. No puedo evitarlo.

—Qué generosa eres.

—Es lo mínimo. —Lucy deja de sonreír un momento—. En serio, cuando lo vi pensé en todo lo que te costó verlo claro con él. Y luego lo vi con Arabella con esa sonrisa postiza y pensé que algunas personas no cambian, simplemente encuentran a alguien que todavía no los conoce.

—O sí, pero por lo que sea les conviene. A lo mejor es un fiera en la cama. Eso ya nunca lo sabré.

—Menos mal, diría yo. —Suelta una carcajada a la que acompaña un manotazo cariñoso sobre mi brazo—. Preguntó por ti, por cierto.

—¿Qué quería saber?

—Si sigues en la empresa de tu padre. Si te va bien. Si sales con alguien. Le dije que estabas perfectamente, que tenías cosas mucho más interesantes en las que pensar, y que la última vez que te vi tenías una copa en la mano y una sonrisa que él no se merecía. —Hace una pausa—. Se puso colorado.

Me río a pesar de mí misma.

—No tenías que decir eso.

—Claro que sí. Para eso estoy yo.

El camarero se acerca. Pedimos sin mirar el menú. Lucy pide la pasta de siempre y yo la ensalada, y las dos sabemos que acabaremos compartiendo los dos platos.

—¿Te afecta? —dice Lucy, cuando el camarero se aleja—. Te noto preocupada; estás en las nubes.

—Jamie Ashford lleva cuatro años siendo agua completamente pasada. Lo que me afecta es otra cosa.

Lucy me mira.

—Cuéntame la otra cosa.

Suelto el aire despacio mientras acomodo mis pensamientos.

—El tipo de Cole Capital lleva días en la empresa y no entiendo qué hace exactamente. Richard lo tiene en reuniones todo el día, lo lleva a cenas, le enseña cifras y planes según me han contado, pero hay algo en todo ese movimiento que no me cuadra. Lo veo todo demasiado orquestado. Demasiado controlado. —Giro el tenedor sobre el mantel—. Tengo miedo de que al final esto refuerce la posición de Richard en lugar de cuestionarla. Que llegue un inversor americano con mucho dinero, firme lo que Richard quiera, y yo me quede exactamente donde estoy, pero con menos margen que antes. No sé, que ambos tengan un acuerdo que reduzca más aún mis derechos sobre la empresa o, peor aún, que Richard le esté ocultando algo al americano y lo engatuse, o que lo venda todo. No sé. Estoy demasiado perdida y mal informada. Sospecho de todos.

—¿Has hablado con Martin?

—Martin necesita pruebas que yo no tengo. Llevamos años con lo mismo. No sé a dónde quiere llegar ni cómo. Empiezo a dudar de él. ¿Y si Richard lo tiene comprado y por eso solo me da largas?

Lucy asiente despacio.

—Luego dices que soy yo la que se monta películas, vaya tela lo tuyo. No tiene desperdicio. Cuéntame más de ese tipo, a ver si podemos calarlo antes de que sea tarde.

—Ha bajado dos veces al taller en tres días para ver los coches. —Me callo unos segundos para pensar—. No sé si es una excusa o si de verdad le gustan los coches. Tampoco sé si está aquí para cerrar un trato con Richard o para entender qué hay dentro de la empresa antes de decidir. No sé nada de él, y eso me mosquea, porque en esta situación no me puedo permitir no saber.

—Qué más. ¿Cómo es contigo?

La pregunta llega antes de que yo haya terminado de procesar la anterior y me pilla sin la respuesta preparada.

—No sé qué importancia tiene eso. —La miro—. Es... tranquilo. Sabe de coches más de lo que esperaría de alguien en su posición. Es alto. Rubio. Tiene los ojos claros. —Bajo la vista al mantel—. Muy guapo, si te digo la verdad, y me trata con amabilidad, pero también con distancia. Pero eso no viene al caso.

—Claro que no. —Lucy sonríe con cara de pilla—. Te gusta.

—No sé de dónde sacas eso.

—No tienes que decirlo. Llevas dos minutos hablando de él con una cara que no pones cuando hablas de otros hombres, ni siquiera de los coches ni de nada que tenga que ver con Hartfield Motors.

—Puede que me guste físicamente. —Lo digo despacio, midiendo cada palabra—. Pero que sea guapo no cambia nada. Está aquí por algo, Lucy. Nadie baja nunca al taller a ver coches sin tener alguna razón. No sé cuál es. No sé si me conviene o me perjudica. Y no me puedo permitir distraerme con alguien que igual está negociando con Richard mientras me mira como si yo fuera lo más interesante del edificio.

—¿Te mira así?

—Para.

—Kailey.

—Que pares, Lucy.

Los platos llegan y mi amiga me mira por encima del suyo con la expresión tranquila de quien ha dicho lo que tenía que decir y puede esperar.

—Solo te digo una cosa —dice al fin, cogiendo el tenedor—. Jamie Ashford nunca te miraba como describes. Y mira cómo acabó eso.

No respondo. Pero tampoco lo niego.

CAPÍTULO 10

Brennan

Londres

El miércoles por la mañana bajo al taller a las nueve.

La silla junto al ordenador está vacía. El ordenador encendido, la taza de té a medias, el bolígrafo sobre el bloc abierto con anotaciones que no alcanzo a leer desde la puerta. Tom trabaja en el Jaguar con tanta concentración que no levanta la vista a menos que haya una razón importante para hacerlo.

—¿Está Kailey? —pregunto.

—Ha salido a unos recados —dice Tom, sin volverse.

Espero diez minutos junto al Aston Martin, preguntando banalidades de mecánica a Tom, que contesta con monosílabos. Como Kailey no vuelve, decido regresar a la zona de oficinas antes de que Richard sospeche.

El jueves ocurre lo mismo. El viernes también. La silla siempre está vacía cuando llego, o acaba de salir, o tiene una reunión en otro departamento, o Tom dice que está y cuando entro no está. Hay algo en ese patrón que empieza a parecerme demasiado consistente para ser casualidad, y el martes de la segunda semana, cuando bajo a las once y encuentro el taller vacío y la taza medio llena y el bloc cerrado, me quedo un momento mirando la fotografía de Edward Hartford en la pared y pienso que alguien ha decidido que Kailey y yo no nos encontremos, y que ese alguien no es ella.

Tom lo confirma sin decirlo. Cuando le pregunto por el archivo de proyectos de restauración, tarda un segundo de más antes de responder que está digitalizado y que Kailey tiene acceso, y ese segundo me dice todo lo que necesito saber sobre quién ha dado instrucciones esta semana y a quién.

Me voy al hotel con más preguntas de las que tenía al llegar.

James me llama el miércoles de la segunda semana. Por su tono sé que ha encontrado algo y está eligiendo cómo contarlo.

—La estructura de la sociedad familiar que controla Hartfield Motors tiene tres capas —dice—. La primera es la que aparece en los registros públicos. La segunda es una sociedad instrumental creada ocho meses antes de la muerte de la madre de Kailey Hartford. La tercera es lo interesante.

—Cuéntame la tercera.

—Es una participación minoritaria cedida a una empresa de inversión con sede en las Islas Caimán que Aldwood constituyó dieciséis meses antes de casarse con la viuda de Hartford. —Hace una pausa dramática que me exaspera—. No es ilegal. Pero es una arquitectura muy elaborada para alguien que en aquel momento era simplemente el director financiero de una empresa familiar.

—¿Cuándo la constituyó?

—Dieciséis meses antes de la boda. Dos años antes de la muerte de la madre.

Me quedo quieto con el teléfono en la mano y la ciudad al otro lado de la ventana del hotel.

—James.

—Sí.

—Necesito un investigador privado. Alguien que no tenga ninguna relación con Hartfield ni con Aldwood ni con nadie de su círculo. Discreto, rápido y que empiece esta semana.

—¿Se lo comunico a alguien?

—No. Esto es revisión interna de Cole Capital. Nadie tiene que saberlo hasta que yo decida comunicárselo.

James no pregunta nada más.

Cuelgo. Saco una cerveza del minibar y, con ella en la mano, me quedo mirando los informes abiertos sobre la mesa del hotel con la sensación de que las piezas empiezan a encajar y el cuadro que forman es peor de lo que esperaba.

Dieciséis meses antes de la boda. Richard Aldwood llevaba más de un año preparando el terreno antes de pedirle a la viuda de su socio que se casara con él. Lo cual significa que no fue oportunismo. Fue planificación.

Al dia siguiente bajo al taller a las cuatro de la tarde, a una hora que no había probado todavía, con la esperanza de que el patrón de ausencias tenga algún hueco.

Lo tiene.

Kailey está en la mesa, de espaldas a la puerta, con el pelo recogido y una chaqueta que no es el mono de trabajo, inclinada sobre el ordenador absorta en lo que hace. No me oye llegar porque tiene los auriculares puestos.

Tom me ve desde el fondo y no dice nada. Solo levanta levemente la barbilla en dirección a ella, un gesto que podría significar muchas cosas y que yo interpreto como lo que parece, que es que aquí está y que lo que haga con esa información es asunto mío.

Me acerco a la mesa del Aston Martin, que está a tres metros de ella, y empiezo a revisar los paneles de la carrocería con más atención de la que requieren, porque el Aston Martin está en buen estado y no necesita que yo lo revise, pero necesito estar aquí unos minutos antes de decir nada.

Ella se quita los auriculares antes de girarse. Se da cuenta de mi presencia y me mira, sorprendida. Y hay en ese primer segundo algo más que sorpresa, más parecido a la evaluación rápida de haber estado esperando este momento, aunque no lo supiera.

—Me han dicho que ha venido varios días —afirma.

—Así es, días en los que nunca estabas. —Ella aguanta la mirada lo que dura un silencio breve.

—Casualidad —dice encogiéndose de hombros.

Demasiada.

Kailey Hartford no aparta los ojos de mí. Su manera de sostener la mirada no la tomo como un desafío, sino como honestidad, y yo pienso, no por primera vez esta semana, que hay personas que son exactamente lo que parecen y que eso, en el contexto en que estamos, es la cosa más inusual que he encontrado en este edificio.

—¿Venías por el Jaguar?

—No, venía por ti. ¿Me aceptas una cerveza al salir? —No sé ni cómo ha salido esto de mi boca, no estaba en mis planes, pero estaba tan convencido de que no estaría que el impulso ha podido a la reflexión. Me gustaría hablar con ella, pero no así.

—Gracias, eres muy amable. Siento decirte que no. Tengo planes ya.

—Lo entiendo. En otra ocasión.

Me quedo con la duda de si realmente no lo desea, no puede o se lo han prohibido.

Las dos semanas están a punto de llegar a su fin. Después de la visita al taller, por la tarde, Richard me recibe en su despacho con la energía de alguien satisfecho que esta tarde tiene algo adicional, más cercano al alivio.

—Brennan, ha sido una semana excelente. Creo que estamos en un punto muy bueno para avanzar. —Se recuesta en la silla de caoba que fue de Edward Hartford—. Me gustaría organizar una cena de despedida el sábado por la noche en el Lansdowne Club. Algo íntimo, el equipo directivo, algunos clientes. Una manera de cerrar bien esta fase y agradecerte la visita.

—Me parece bien. —Hago una pausa—. Me gustaría que invitaras también a Owen Mackenzie. Es un amigo con quien llevo días sin poder quedar y me gustaría aprovechar.

Richard asiente sin dudar.

—Por supuesto. ¿Alguien más?

—Sí. —Afirmo con la misma naturalidad con que he dicho todo lo demás—. Las personas con las que he tenido algún trato durante la negociación, por ejemplo, me gustaría que estuviera Kailey Hartford.

El nombre aterriza en el despacho y el silencio que sigue dura exactamente lo que tarda Richard en recomponerse, menos de dos segundos, pero perfectamente visible para mí, que llevo dos semanas aprendiendo a leer sus pausas.

—Kailey es auxiliar administrativa del taller —dice—. No forma parte del equipo directivo que ha participado en las negociaciones.

—El taller de restauración es parte de Hartfield Motors. Y ella es quien lo gestiona, según tengo entendido. —Lo miro de frente—. Es

la persona que mejor lo conoce y con la que he tenido el gusto de hablar sobre el taller.

—Sharon puede representar al taller perfectamente. — Noto dureza en su gesto, cómo ha apretado los dientes antes de hablar. Si no sabía que he bajado al taller más de lo que me permitió, ahora se acaba de enterar.

—Ya, sin embargo, Sharon forma parte de la dirección. Como te digo, me gustaría despedirme de todos con los que he tratado, sin distinción. —Hago una pausa para analizar su cara, que cambia por momentos—. Richard, llevas dos semanas mostrándome Hartfield Motors desde arriba. Antes de tomar ninguna decisión, necesito ver también desde abajo, y esa cena informal es un buen momento. Has tenido una idea muy acertada.

Richard coge el bolígrafo. Lo deja. El mismo gesto del primer día, el de alguien que procesa cuánto puede negarse sin que resulte sospechoso.

—No creo que sea apropiado mezclar niveles en un evento de este tipo y en un lugar tan exclusivo.

—En mi empresa no tenemos niveles en las cenas. —Lo digo con amabilidad y sin moverme un centímetro—. Mira, Richard, hay mucho dinero encima de la mesa. Antes de que cualquiera de los dos firme nada, necesito estar seguro de que entiendo la empresa entera. Si Kailey Hartford no puede estar en esa cena, tendremos que buscar otro momento para que me cuente cómo funciona el taller. Pero me parece más elegante hacerlo en un entorno informal, ¿no crees?

Se hace un silencio largo. Richard mira la ventana, supongo que para evaluar sus opciones, y el gesto adusto me indica que no le gusta ninguna.

—Lo pensaré —dice al fin.

—Hazlo. —Me levanto—. Pero no tardes demasiado. El sábado es pasado mañana y si el personal necesita preparar algo, es mejor avisarles con tiempo.

Salgo del despacho, enfilo el pasillo, y pienso en la cara que pondrá Richard cuando llame a Kailey para decirle que está invitada a una cena en el Lansdowne Club de la que llevaba dos semanas sin saber que existía.

Y pienso en la cara que pondrá ella.

Eso, esta tarde, me parece el pensamiento más interesante que he tenido en lo que va de semana.

CAPÍTULO 11

Kailey

Londres

Hay días en que el edificio de Hartfield Motors huele diferente.

No es algo que pueda explicarse con precisión, no es el olor del café de las mañanas ni el del aceite del taller ni el de las fotocopiadoras que llevan toda la mañana funcionando. Es algo más difuso, una tensión en el aire que se nota antes de que nadie haya dicho nada, en la manera en que la gente camina por los pasillos con la cabeza un poco más gacha, en las conversaciones que se cortan cuando una se acerca, en las miradas que no aguantan ni un segundo.

Este viernes el edificio huele así.

Ya en el metro, antes de llegar, tuve un mal presagio, porque llevo cuatro años desarrollando un instinto para estos momentos que a veces llega antes que los hechos. Lo confirmo cuando entro por la puerta principal y Rachel me saluda con una sonrisa más estudiada de lo habitual, y cuando paso junto al despacho de Andrew y él levanta la vista del ordenador guardándose algo que no puede decir.

Entro en el taller. Tom está dentro del Jaguar, al que le quedan solo unos retoques, y no me oye llegar, o sí me oye y elige no salir todavía. Me siento en la silla, enciendo el ordenador, espero los cuatro minutos de siempre y, cuando la pantalla arranca, abro el correo con el automatismo de llevar años haciendo lo mismo a la misma hora.

Hay un mensaje de Martin Clarke enviado a las siete y cuarto de la mañana.

Kailey, necesito que vengas a verme hoy si puedes. Hemos encontrado algo importante. No es urgente en el sentido de que requiera acción inmediata, pero sí necesitas saberlo cuanto antes. Llámame cuando puedas.

Me quedo mirando la pantalla con el té que me ha preparado Tom sin tocar, el ruido del taller de fondo y la sensación de que lo que llevo tiempo temiendo puede empezar a ser real. Un mordisco en la boca del estómago me dice que algo va a pasar y, espero, que sea en mi favor. Ojalá le quede poco a esta pesadilla y podamos hacer algo para echar a Richard de la empresa que es legítimamente mía.

El despacho de Martin Clarke está en Lincoln's Inn Fields, en uno de esos edificios georgianos que llevan doscientos años alojando despachos de abogados y que tienen la solidez de las instituciones que han sobrevivido a demasiadas cosas para no alterarse por ninguna. Martin lleva cuarenta años ejerciendo, tiene el pelo blanco y una manera de hablar pausada que produce la impresión de que todo tiene solución si uno es suficientemente paciente. Esta tarde, cuando me siento frente a su mesa, esa impresión tarda menos de lo habitual en desvanecerse.

—Gracias por venir tan rápido —me dice tras saludarme.

—Tu mensaje no sonaba bien. Estoy harta de esperar. No tengo más paciencia.

—No, supongo que no. —Abre una carpeta que está sobre la mesa—. He estado revisando los documentos del testamento de tu padre con un colega especialista en derecho sucesorio, algo que debería haber hecho hace años. —Hace una pausa—. Hay una cláusula que pasé por alto. O que no valoré correctamente en su momento, ya que en un primer momento interpretamos que solo afectaba a tu madre.

—Dímela.

Martin junta las manos sobre la mesa.

—Tu padre incluyó en el testamento una cláusula de interés activo. Establece que cualquier heredero directo que no demuestre implicación activa en la gestión de la empresa durante un período de cinco años pierde su derecho preferente sobre las participaciones. En ese caso, las participaciones pasan automáticamente al socio mayoritario en activo. —Me mira con cautela y, cuando ve que abro la boca, alza la mano para que le deje seguir—. Por esa razón tu madre se implicó enseguida, pues era la primera con ese derecho, ya que tú eras menor; no sabemos qué hizo Richard para ir quitándole poder a tu madre y que ella no hiciera mención a esta cláusula en su testamento. Pero —vuelve a mirarme y yo le indico que siga con un gesto— mi colega ha encontrado en los registros un documento firmado por tu madre en el que extiende la cláusula hasta ti. El testamento nos llegó incompleto.

El despacho de Martin tiene una ventana que da a los jardines de Lincoln's Inn Fields y por la que esta tarde entra una luz gris y fría que hace que todo parezca más serio de lo que ya es, si es que eso es posible.

—Cinco años —digo.

—Cinco años desde la mayoría de edad del heredero, o desde la muerte del testador si el heredero ya era mayor. En tu caso, desde la muerte de tu madre.

—Mi madre murió hace cuatro años.

—Sí.

—Entonces el plazo no ha vencido.

—Exactamente. —Martin me mira con honestidad; la noticia no se puede suavizar—. Pero hay un matiz importante. La cláusula

especifica implicación activa en la gestión, no presencia física. Y tú llevas cuatro años en la empresa, Kailey. Cuatro años gestionando el taller, llevando las cuentas, manteniendo un departamento vivo con el presupuesto mínimo. Eso es implicación activa por cualquier interpretación razonable.

—¿Y Richard lo sabe?

—Richard lo sabe desde siempre, por eso lo ocultó. —Martin suaviza el tono—. Creo que por eso te dio ese trabajo hace cuatro años; para él eres solo una administrativa que no tiene la vinculación que requiere la cláusula.

El silencio que sigue tiene una textura densa, la de las cosas que una entiende de golpe y que reordenan todo lo que había antes.

Sabía que Richard se comprometió con mi madre a no dejarme fuera. Me dio ese trabajo porque tampoco podía negarme un puesto en la empresa de mi familia, pero me dio el menos importante para que yo estuviera dentro de la empresa de manera documentable, para que cuando llegara el momento de impugnar la cláusula, pudiera demostrar que no había existido implicación activa y que, por tanto, las participaciones se quedarían a su nombre. Sin mí en la dirección, la cláusula operaría automáticamente a su favor. Conmigo dentro, la situación era legalmente más compleja.

Pero al mismo tiempo, si me canso, si la vida se me hace suficientemente difícil, si el presupuesto sigue recortándose y los proyectos siguen bloqueándose y la invisibilidad sigue siendo total, hay una posibilidad real de que yo misma decida irme. Y si me voy, la cláusula vuelve a operar a su favor al cien por cien. Por eso me ningunea y me hace la vida imposible: para que renuncie. Es una trampa con dos salidas, y las dos llevan al mismo sitio.

—¿Podemos impugnar algo? —insisto.

—Depende de lo que encontremos en la estructura de la sociedad. Si hay irregularidades en cómo Aldwood obtuvo el control, la cláusula podría ser secundaria. —Martin cierra la carpeta—. Hay algo más que deberías saber. He recibido información de una fuente que prefiero no identificar todavía: Cole Capital está haciendo una revisión interna de Hartfield Motors que va más allá de lo que Aldwood les ha presentado. Alguien está buscando exactamente el tipo de irregularidades que nosotros necesitamos encontrar.

Le miro.

—¿Cole Capital?

—Su equipo jurídico ha solicitado acceso a registros públicos que nadie pide en una negociación estándar. No sé qué buscan exactamente. Pero están buscando algo.

Salgo del despacho de Martin con la tarde encima y Lincoln's Inn Fields silencioso a mi alrededor y demasiadas cosas en la cabeza para que quepan todas a la vez. Camino hacia la parada del metro sin prisa porque necesito que el aire frío y el ruido de la calle me ayuden a ordenar algo que acaba de desordenarse por completo.

Richard me tiene en ese taller porque necesita que la cláusula no opere. Y a la vez me hace la vida imposible esperando que me vaya. Y ahora hay un americano haciendo preguntas que nadie hace en una negociación normal, y Martin no sabe qué busca, y yo tampoco, pero ambos coincidimos en que está buscando algo.

Desde que vi asomar la nariz a Brennan Cole, sospeché. Su nombre ocupa de pronto todo el espacio en mi mente. Lo veo en sus visitas al taller, con los dedos sobre la carrocería del Jaguar, comentando cosas de mecánica con Tom, y recuerdo la invitación a la cerveza que rechacé sin saber muy bien si quería hacerlo, porque no sé si puedo fiarme de él.

No sé qué busca. No sé si sus intereses coinciden con los míos o van en dirección completamente contraria. No sé si confiar en alguien a quien apenas conozco y que trabaja con el dinero de otras personas y que tiene, por definición, sus propias razones para estar aquí.

Pero llevo cuatro años esperando a que algo cambie desde dentro sin conseguir nada. Y esta tarde Martin me ha dicho que hay alguien haciendo las preguntas correctas, y ese alguien baja al taller cuando no tiene obligación de hacerlo y tiene los ojos de ese color que tarda en definirse hasta que te fijas bien. Unos ojos y unas manos con los que he soñado más de una noche.

Cuando vuelvo al taller a las cinco, Tom está recogiendo las herramientas con la meticulosidad que le caracteriza y la rutina del final de jornada que no varía nunca, cada cosa en su sitio, cada herramienta limpia antes de guardarla.

Me mira cuando entro.

No dice nada, pero me observa con atención tranquila, y yo me siento en la silla y enciendo el ordenador aunque ya no voy a hacer nada productivo esta tarde y los dos lo sabemos.

—¿Estás bien? —dice Tom al fin.

—He ido al abogado. No tengo buenas noticias.

Tom asiente. No pregunta qué ha dicho el abogado porque Tom no pregunta esas cosas. Pero tampoco vuelve a las herramientas. Se queda donde está con el trapo en la mano y la mirada en el suelo, como ordenando algo dentro de la cabeza antes de decirlo.

—¿Sabes cuántos años llevo en este taller? —dice.

—Veintidós.

—Veintidós. —Repite el número despacio como si lo estuviera masticando—. Cuando llegué, tu padre llevaba el taller él solo. Era un hombre que no pedía ayuda fácilmente, pero un día me dijo que tenía un problema con un Bentley del cincuenta y cuatro que no conseguía resolver. Llevaba tres semanas con ese coche. —Tom deja el trapo sobre el banco y mira la fotografía en la pared—. Le dije que el problema no estaba donde él miraba. Que a veces los coches, igual que las personas, muestran el síntoma en un sitio y tienen la enfermedad en otro completamente distinto. Había que buscar más lejos.

—¿Y lo encontró?

—Lo encontramos los dos. Tardamos dos días más. —Hace una pausa—. Después de eso me contrató. Dijo que necesitaba a alguien que supiera mirar donde él no veía.

El taller queda en silencio durante un momento, con el ruido sordo de la calle colándose por la puerta entreabierta y la luz de última hora de la tarde cayendo sobre el Aston Martin en ese tono anaranjado de noviembre.

—Lo que te digo —continúa Tom, recogiendo el trapo—, es que tu padre nunca resolvió nada solo cuando no tenía que hacerlo. Y que los problemas que parecen no tener salida casi siempre la tienen en el sitio donde uno todavía no ha mirado.

Me quedo con eso un momento. Luego miro la fotografía en la pared, el hombre del mono apoyado en el Aston Martin con esa sonrisa de orgullo, y pienso que mi padre construyó todo esto desde cero con las manos y la cabeza y la convicción de que las cosas buenas requieren tiempo y trabajo, y que si estuviera aquí sabría exactamente qué hacer con un americano que hace preguntas incómodas, con una cláusula testamentaria y con Richard Aldwood y su paciencia de planificador.

Yo no soy mi padre, pero llevo su apellido, que es el que hay en el rótulo de la fachada, y tengo sus herramientas en este taller y su fotografía en esta pared, y eso tiene que valer algo. Las palabras de Tom se repiten en algún sitio de la cabeza, y pienso en que llevo cuatro años mirando siempre en el mismo sitio, esperando que algo cambie en el único lugar que conozco, y que quizá haya llegado el momento de mirar donde todavía no he mirado.

—Kay.—Tom me saca de mis cavilaciones—. Hay algo más que debes saber.

CAPÍTULO 12

Brennan

Londres

Owen llega a mi hotel a las siete y media hecho un pincel. Ha cambiado la chaqueta de tweed por un esmoquin que le queda impecable y una sonrisa que indica que esta noche piensa disfrutar pase lo que pase. Cuando estudiábamos juntos pensaba más en la fiesta que en los libros, recordarlo me hace sonreír.

—¿Qué haces trabajando así vestido? —me acusa, nada más entrar, al ver que estoy sentado delante del ordenador con el esmoquin puesto.

—Estoy revisando unos documentos, enseguida estoy contigo.

—Llevas el nudo de la corbata torcido y tienes el portátil abierto con algo que claramente no estás leyendo. Estás nervioso.

Enderezo el nudo sin contestar. Owen se sienta en el sillón junto a la ventana dispuesto a esperar, aunque le cuesta estar callado. Es superior a él.

—Es por lo de la inversión, ¿verdad? ¿No está claro todavía? Sueles ser rápido en tomar estas decisiones, ves la oportunidad o no la ves, pero esta vez te noto diferente. ¿Qué ha dicho James?

—Lo suficiente para saber que esta noche no voy a firmar nada.

—¿Y lo suficiente para saber qué vas a hacer?

—Casi. —Owen asiente. Conoce la diferencia entre casi y todavía no, y sabe que esta noche no es el momento de insistir—. Ya sabes que si no lo veo claro, prefiero no arriesgar. Todo apunta bien, sin embargo... no sé. Richard Aldwood no me transmite confianza. Creo que trama algo y necesito saberlo para poder darle una razón consistente a mi negativa. Pero ¿y si me equivoco?

—Ojalá poder ayudarte, tío. Tendrás que tomar una decisión.

—Sí, pero no ahora. Vamos a divertirnos un poco a costa del señor Aldwood. A ver qué nos ha preparado para esta noche.

Cierro el portátil. Me miro en el espejo del baño el tiempo justo para confirmar que el nudo está recto y salimos al taxi con la lluvia de noviembre en el parabrisas y el Lansdowne Club a quince minutos.

Lo que me encuentro al llegar no es lo que Richard llamó una cena íntima.

Lo entiendo en cuanto cruzamos la puerta, porque hay al menos ochenta personas en el salón principal, con mesas largas en forma de herradura y una decoración que parece más de fiesta que de cena. Hay un cuarteto de cuerda al fondo, champán circulando al ritmo de los camareros con bandeja en la mano y gente que no tiene nada que ver con Hartfield Motors mezclada con gente que sí, lo cual convierte esto en un evento social de otro tipo, completamente distinto a lo que Richard me ofreció. Hasta hay fotógrafos desperdigados por el salón.

—Íntima —dice Owen, con tono sarcástico, mirando el salón.

—Eso dijo.

—O tiene una definición muy particular de íntima o quiere demostrarte algo esta noche.

—Las dos cosas, probablemente.

Richard aparece a los dos minutos con la puntualidad de un anfitrión que lleva un rato pendiente de la entrada. Me estrecha la mano con calor, saluda a Owen con la cordialidad justa, y en los siguientes veinte minutos me presenta a más personas de las que voy a recordar, con un orden que no es aleatorio aunque lo parezca. Primero los socios financieros, luego los clientes más importantes, luego los contactos de la City que me miran con el interés del dinero evaluando al dinero.

Sharon aparece en algún punto de ese recorrido y se coloca a mi izquierda con naturalidad, con un vestido rojo que insinúa más de lo correcto, en mi opinión, después de que la mirada se me vaya a su escote sin querer, y una copa de champán en la mano.

—Brennan, me alegro de que hayas podido quedarte para esto. —Sonríe con el rictus forzado—. Espero que Londres te haya tratado bien.

—Muy bien, gracias.

Richard sigue con las presentaciones. Sharon continúa a mi izquierda. Cada vez que el grupo se mueve, ella se mueve con él, con una adhesión constante que no requiere ningún gesto visible, pero que produce el efecto de que llevamos toda la noche juntos.

Owen, que ha quedado ligeramente rezagado, aparece a mi derecha en algún momento con una copa nueva y un gesto hacia Sharon que solo yo puedo ver, una ceja levantada un milímetro con la expresión de estar disfrutando de una escena tremendamente entretenida..

—Arquitectura social impecable —me dice al oído, cuando Richard se gira a saludar a alguien.

—¡Cállate! —susurro con energía.

—En serio, es casi admirable. Cada vez que te mueves, ella se mueve. Es como uno de esos sistemas de navegación, pero en

persona.

—Owen.

—Estoy haciendo una observación profesional. Soy asesor fiscal, me fijo en los detalles.

Sharon dice algo sobre un viaje a Nueva York que hizo el año pasado y yo respondo lo más obvio que se me ocurre, mientras Owen bebe su champán con la satisfacción tranquila de quien ha encontrado algo interesante.

En algún momento Richard nos deja solos brevemente y Owen aprovecha para señalar con la copa hacia el lateral del salón.

—Mira eso. Hay al menos cuatro mujeres que llevan diez minutos mirando hacia aquí.

—Están mirando el salón.

—Están mirando en esta dirección. La de pelo negro con piernas de vértigo te mira a ti directamente. —Me da un codazo—. La rubia de labios sensuales también, aunque con más disimulo. Si quieres hacer diana esta noche, ahí tienes a dos que querrán jugar contigo. Me apuesto lo que quieras.

—No estoy aquí para eso.

—No, ya lo sé. Estás aquí por los negocios. —Owen bebe un sorbo —. Por cierto, ¿a quién buscas?

Lo miro atónito.

—No busco a nadie.

—Llevas veinte minutos mirando la puerta cada vez que alguien entra. —Lo dice sin tono acusatorio, con la calma de quien observa sin juzgar—. No es a Richard porque Richard está aquí. Y no es a

Sharon porque Sharon lleva pegada a tu brazo desde que llegamos. ¿Quién falta? ¿No será quien yo creo?

No respondo y Owen sonríe.

La cena transcurre con la dinámica de los eventos de este tipo, conversaciones que empiezan en negocios y acaban en otra cosa, el champán que facilita ambas transiciones, Richard presidiendo la mesa con una satisfacción que esta noche tiene algo adicional, la de quien ha organizado algo para producir un efecto determinado y está evaluando si está funcionando.

Sharon está sentada a mi derecha. Habla bien, con una facilidad social que dan años de práctica y una educación en los mejores entornos de la alta sociedad. Hace las preguntas adecuadas en los momentos oportunos y tiene una manera de inclinarse ligeramente hacia delante cuando escucha que produce la sensación de atención total, aunque yo llevo dos semanas aprendiendo a distinguir cuándo esa atención es real y cuándo es táctica. Esta noche es táctica. Además, su escote, que me pone ante los ojos cada vez que me habla, no ayuda nada.

Owen, desde el otro lado de la mesa, me lanza una mirada cada cierto tiempo que lo dice todo sin decir nada.

Los postres llegan. Las conversaciones se relajan. El cuarteto cambia de registro hacia algo más lento y algunas parejas se levantan hacia el espacio que han despejado junto a las ventanas.

Richard propone un brindis por la colaboración futura con una elocuencia preparada de antemano que suena improvisada. Lo hace bien. Es un hombre que hace bien las cosas que ha decidido que importan.

Aplaudo con el resto mientras miro la puerta, ya sin ninguna esperanza. Estoy molesto con Richard porque parece que no ha

cumplido su palabra, pero no le voy a dar la satisfacción de que lo note. Aunque puede ser que ella mo haya querido venir.

Owen, a mi lado, baja la voz.

—Creo que Sharon está esperando que la saques a bailar.

—Sobre mi cadáver.

—Tío, deja de esperar a tu princesita.

—No espero a nadie, ya te lo he dicho.

—No, claro. —Bebe el último sorbo—. Entonces, vamos a divertirnos. Oye, la de pelo negro sigue mirándote. ¿Seguro que no quieres que te la presente? Si no optas por Sharon, al menos no desperdicies la noche solo.

—Eres testarudo, amigo. Te la dejo a ti. Seguro que si quieres follar, aquí encontrarás a alguna. Yo paso..

—Como quieras. —Owen deja la copa—. Aunque, si me preguntas, creo que esta noche vas a quedarte con las ganas de lo que sea que estás esperando.

No digo nada porque no tengo respuesta, o porque la que tengo no es la que conviene dar en voz alta esta noche en este salón con Richard Aldwood a tres metros y Sharon a uno.

Miro el reloj y evalúo si no es de mala educación irme ya. Cuando alzo la cabeza, veo que la puerta del salón se abre.

El movimiento es discreto, sin el ruido de quien llega tarde y quiere que se note. Sin embargo, hay algo en la manera en que la luz del pasillo recorta la figura en el umbral que hace que varias cabezas se giren, no de golpe, sino una tras otra, como ocurre cuando alguien entra en un espacio y lo reordena sin pretenderlo.

Parpadeo.

Kailey Hartford está en la puerta del salón con un vestido verde oscuro que no es el jersey del taller ni el abrigo del metro ni nada que yo haya visto en las dos semanas que llevo en este edificio, con el pelo suelto cayéndole sobre los hombros en ese castaño que cambia con la luz y que esta noche, con las arañas del Lansdowne Club encima, tiene un tono que no sé cómo describir, pero que me detiene en mitad del pensamiento que estaba teniendo.

Es la mujer más bonita que he visto en mi vida. El corazón me da un vuelco noto un tirón en la entrepierna, nada cómodo...

Ella mira la escena y busca con la mirada. Creo que no me ha visto todavía.

Owen, a mi lado, ha seguido la dirección de mis ojos.

—Ah —dice, en voz muy baja, con una sola sílaba que contiene todo lo que lleva la noche sin decir—. Ahí está a quien buscabas. No me equivocaba, amigo.

No lo niego. No tengo ningún interés en negarlo.

CAPÍTULO 13

Kailey

Londres

Cuando Tom me contó lo que había escuchado hablar a Richard y Sharon en el garaje, mi primera reacción fue reírme.

Me reí con esa risa que sale cuando algo es tan absurdo que el cuerpo no encuentra otra respuesta. Una risa sin alegría, nerviosa, más parecida al asombro que a la diversión. Cuando dejé de reírme, le dije que no me interesaba el tema, aunque en el fondo estaba rabiando.

Tom me miró desde la puerta con la paciencia de un hombre que ha visto muchas cosas y ya no se altera por ninguna. Solo espera.

—¿Una fiesta? —pregunté—. ¿Qué tipo de fiesta? ¿Para qué?

—Solo he escuchado lo que te he dicho. Es esta noche, en el Lansdowne Club. Richard organiza una cena de despedida para el americano.

Me quedé quieta, sin salir de mi asombro y con las tripas hechas un nudo.

—¿Y cuándo iba a decirme algo alguien?

—Nunca. —Tom lo dijo sin dramatismo, como un hecho que conocía tan bien como yo—. Todo el mundo va a estar allí. El equipo directivo, socios, clientes, gente que conoció a tu padre. Y Richard

va a aparecer con Sharon del brazo como si esta empresa fuera suya desde siempre.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Ir, por supuesto.

—Tom. Ni hablar. Seré el hazmerreír si aparezco allí por las buenas y Richard me ningunea delante de toda esa gente.

—Escúchame. —Dejó la chaqueta sobre una silla y me miró de frente—. Lo he estado pensando toda la tarde, Kay. Esta fiesta es el momento que tanto llevas esperando. Todo el mundo tiene que saber quién es la heredera de Hartfield Motors. Que te vean. Que te recuerden. No puedes seguir marchitándote aquí dentro, en este taller junto a un viejo mecánico. ¿Dónde irás cuando me jubile?

Me quedé mirando la pantalla del ordenador sin ver nada. El taller olía a aceite y a metal, y la fotografía de mi padre en la pared me devolvía la mirada con la sonrisa de orgullo por lo que había construido y yo, de niña, a su lado participando de su felicidad.

—No, no puedo ir. —Las lágrimas trataron de salir de mis ojos, por lo humillada que me sentía y, a la vez, porque no era capaz de salir de este lío y honrar a mi padre.

—Sí, puedes y yo te voy a llevar.

—No, además, hace mucho que no voy a eventos. No tengo nada que ponerme y ya es tarde —dije como último cartucho para negarme.

Tom me mostró su móvil, que sacó del bolsillo.

—Eso no es ningún problema.

La tienda de su hija está en Notting Hill, en una calle con adoquines y fachadas de colores que en noviembre tienen esa melancolía de las

cosas bonitas bajo la lluvia. Eliza tiene los ojos de Tom y la energía de alguien que ha heredado la determinación de su padre, pero la ha aplicado en una dirección completamente distinta. Me recibió con dos besos y la mirada evaluadora de quien lleva años vistiendo a mujeres y sabe lo que busca antes de que la otra persona lo sepa.

—Papá me ha dicho que necesitas algo para esta noche —confirmó, mientras yo miraba el local con la incomodidad de no haber pisado una tienda así en años.

—Algo discreto. Sencillo.

Eliza me miró de arriba abajo con una expresión que indicaba que discreto y sencillo no eran exactamente lo que tenía en mente, según lo que su padre le había adelantado.

—Ven.

Tom se quedó sentado en la única silla junto a la entrada, con los brazos cruzados, habiendo cumplido su parte del trabajo y ya solo le queda esperar el resultado. Eliza me llevó al fondo y empezó a mover perchas con una velocidad y una precisión que no admitían interrupciones.

Yo cogí lo primero que me pareció razonable, un vestido negro recto que no llamaba la atención en ningún sentido, justo lo que quería.

—No —dijo Eliza, sin mirarme.

—Ni lo has visto bien.

—No lo necesito ver bien. —Siguió moviendo perchas—. Este.

El vestido que sacó era verde oscuro, entre el color del bosque y el mar, y cambia según la luz. El corte era sencillo, pero tenía algo en la manera en que la tela caía que no era discreto en absoluto. Lo miré sin tocarlo.

—Es demasiado. Yo no…

—Pruébatelo.

—Eliza...

—Kailey. —Tom habló desde su silla sin volverse—. Pruébatelo. Haz caso a mi hija.

Me lo probé.

El espejo del probador no mentía. El vestido era perfecto y demasiado todo a la vez: bonito, elegante, sexi y caro. Hacía tiempo que no me ponía algo así, desde que dejé de ir a fiestas al morir mamá. Acentuaba lo que debía acentuar sin ser vulgar, y en la manera en que me lo veía puesto reconocí algo que llevaba años sin sacar fuera de casa.

Salí del probador con él puesto y Tom me miró. Luego miró a su hija.

—Ese —dijo.

—Es perfecto. Pero hay un problema —dijo Eliza—. Lo tiene encargado una clienta que vendrá mañana por la mañana temprano a recogerlo. Necesito que me lo traigáis a medianoche para que me dé tiempo a dejarlo como si estuviera sin estrenar.

—Gracias, mejor no voy. ¿Lo ves, Tom? No podemos hacerle eso a la clienta. ¿Y si lo mancho?

—Nada de eso, Kay. Se lo devolvemos esta noche —dijo, antes de pensar si era buena idea—. Te esperaré fuera de la fiesta.

Tom sonrió. Era la primera vez que le veía sonreír así en cuatro años.

—No puedes ir peor que Sharon —añadió. Creo que Tom también quiere vengarse de los Aldwood.

Llamé a Lucy para que me ayudara. Mi amiga, emocionada, llegó a Cheyne Walk a las siete menos cuarto con el neceser de maquillaje y un exceso de energía, dispuesta a todo con tal de hacer que los Alwood salieran de mi vida.

—Dios mío —dijo, cuando me vio con el vestido puesto—. Kailey, estás preciosa.

—No empieces.

—No empiezo nada. Me siento y trabajo. —Se instaló frente al espejo de mi habitación—. Creo que debes dejarte el pelo suelto. Y maquillaje, el justo, que diga que estás ahí sin que dejes de ser tú.

—Perfecto, porque no pretendo ser otra Sharon. —Ambas reímos.

Mientras Lucy me peinaba, llamé a Martin.. Le conté todo para estar segura de que hacía bien.

—Escúchame, Kailey. Ve, saluda a los socios y a los clientes, habla con la gente que conoció a tu padre. Que te vean. Que sepan quién eres y que sigues en la empresa. —Hizo una pausa—. Pero no digas nada de lo que hemos hablado. Nada de la cláusula, nada de la auditoría, nada que pueda dar pistas de que estamos investigando. Solo ve y sé la hija de Edward Hartford.

—Eso llevo siendo toda mi vida, Martin.
—Lo sé. Esta noche, que lo vean los demás.
Colgué. Lucy me miró en el espejo con la brocha en la mano.
—Dímelo con una sonrisa, necesito verte buena cara, que estés convencida.
—Voy. Soy Kailey Hartford y nadie me va a echar de mi empresa.
—Esta es mi chica.

Tom me esperaba abajo con el coche y la corbata puesta, una imagen que no había visto en cuatro años y que me produjo algo en el pecho que no fui capaz de nombrar.

—Tenemos el tiempo justo —dijo, mientras conducía—. Tienes que salir antes de medianoche para devolver el vestido sin que se note que lo has usado.

—Lo sé.

—¿Estás nerviosa?

—No. Bueno, sí, pero me aguanto.

Tom no dijo nada. Los dos sabíamos que era mentira.



El Lansdowne Club a las diez y media de la noche tiene una luz que convierte todo en un tono ligeramente dorado. Al entrar me sorprende el cuarteto de cuerda al fondo, el champán circulando sin parar y el murmullo de un centenar de personas que llevan horas actuando exactamente como se supone que deben hacerlo en estos sitios. Lo primero que pienso es que es un gasto excesivo para una cena de despedida.

Me detengo en el umbral un segundo, con ganas de salir corriendo, antes de entrar en el salón.

Noto un silencio parcial a mi alrededor, como un ajuste de frecuencia que ocurre cuando algo cambia en una sala y la gente lo registra antes de entender qué ha cambiado. Algunas cabezas se giran, interrumpen las conversaciones y ciertas miradas se quedan fijas en mí.

Richard está en la mesa presidencial y lo veo desde aquí. El color que sube por su cara no es el del champán. Sharon, a su lado, se lleva la mano a la boca.

—Increíble —la escucho murmurar.

No me detengo. Avanzo hacia el interior con una calma que, aunque parezca serenidad, más bien es esa sensación que aparece cuando ya no te queda nada que perder, y hay algo liberador en eso, en moverse por un salón lleno de gente sin calcular nada.

En la misma mesa veo a Brennan con un chico muy guapo. Nada más verme, se levanta y cruza la sala hacia mí. Me fijo en el esmoquin, su pelo rubio y esos ojos que esta noche, con la luz del Lansdowne, son exactamente el color que no conseguí definir en el taller.

—Estás preciosa —dice, cuando llega a mi lado—. Ahora la fiesta sí merece la pena.

El calor sube por mis mejillas antes de que pueda hacer nada para evitarlo.

—Has hecho tantas visitas al taller que me parecía feo no despedirme —bromeo hecha un manojo de nervios.

—¿En serio has venido por eso? ¿No te han invitado?

—No, ¿por qué? ¿Es un problema? —suelto muerta de vergüenza y me arrepiento de haber sido tan atrevida. Ahora solo quiero irme corriendo o, mejor, que la tierra se abra y me engulla.

—Sí, pero no tuyo. Le pedí a Richard que te invitara y no ha cumplido su promesa.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Pone un dedo en mis labios para que no siga hablando y su contacto me enciende la piel.

—No es el momento. ¿Bailas?

No debería. Tengo el reloj en la cabeza, el vestido que hay que devolver, Martin diciéndome que no diga nada, Richard al fondo con cara de malas pulgas. Tengo demasiadas razones para decir que no. Voy a hacerlo cuando veo la cara de espanto de Sharon y una chispa de venganza se apropia de mi voluntad.

—Sí.

Bailar con Brennan Cole en el Lansdowne Club es una experiencia que no había incluido en ningún escenario posible cuando Tom me puso el vestido verde en las manos esta tarde, y sin embargo aquí estoy, con su mano en mi cintura, la música lenta del cuarteto y la sala entera existiendo en algún lugar a nuestro alrededor que esta noche se siente muy lejos.

Baila bien. No con la perfección estudiada de quien ha tomado clases, sino con la naturalidad del que sabe moverse y no piensa en ello, y hay en la manera en que me guía algo que no es control, sino la atención de alguien que está completamente presente en lo que hace.

Sonrío sin querer. El hecho de no querer hacerlo y que salga igualmente dice algo sobre el estado en que me encuentro.

—Brennan.

—No sé qué has venido a hacer con la empresa de mi padre. Tengo derecho a saberlo.

No lo niega. Veo honestidad en su mirada y un brillo de satisfacción.

—Sí —dice—. Lo tienes, más que nadie.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué sabes de mí? ¿Y qué quieres?

—Demasiadas preguntas para un baile, Kailey. Mejor si hablamos fuera al acabar esta pieza.

La música continúa. Sus dedos sobre mi cintura son el único punto de contacto entre los dos y me producen una temperatura que no es proporcional a su tamaño. Pienso que si no tuviera el reloj en la cabeza y el vestido prestado y Martin diciéndome que no diga nada y Richard al fondo con esa cara, esto podría ser otra cosa completamente.

Pero lo tengo todo.

Sharon aparece cuando la canción termina, antes de que empiece la siguiente, con cara de estar un rato esperando el momento. Se acerca con una sonrisa que no le llega a los ojos y desliza la mano hacia el brazo de Brennan, con una familiaridad que nadie le ha dado.

—Brennan, me prometiste este baile —dice, sin mirarme.

Él me mira a mí.

—Un momento —me dice, en voz baja—. No te vayas.

Me aparto hacia el lateral de la sala mientras Sharon y Brennan se incorporan a la pista, y es en ese momento cuando Richard aparece a mi lado con esa calma calculada que usa cuando quiere que yo entienda algo sin tener que decirlo en voz alta.

—Deberías irte —dice—. Esto no es un sitio para una mecánica.

Lo miro.

—Qué curioso que lo digas aquí, delante de los socios y clientes de mi padre.

—De tu padre no, de Hartfield Motors.

—Los socios de Edward Hartford, que era mi padre. No el tuyo. —Sonrío con una serenidad que no esperaba tener esta noche—. Sé que Cole me invitó y no me lo dijiste, así que déjame en paz, Richard.

Abre la boca para decir algo, y es exactamente en ese momento cuando una mano se posa en mi brazo desde el otro lado.

—¡Kailey! Dios mío, qué alegría verte aquí.

Charles Whitmore. Setenta años, pelo blanco, el hombre que fue el primer cliente de mi padre cuando el taller era un local de doscientos metros en Battersea.

—Charles —digo, y el abrazo es genuino.

—Cuánto tiempo. Te pareces a tu madre esta noche, ¿lo sabes? —Me sujeta por los hombros y me mira con esa atención cariñosa que tienen los mayores cuando están viendo algo que les importa—. ¿Cómo estás? ¿Sigues los pasos de tu padre?

—Estoy en el taller —digo—. Llevo cuatro años allí.

Charles parpadea.

—Te hacía en Ferrari al no verte por Londres. Así que en el taller, como tu padre.

—Como mi padre.

Me mira un momento con una expresión que recorre varias cosas a la vez, la sorpresa, el procesamiento, y luego algo más parecido a

la indignación contenida de quien entiende algo que no debería haber tardado tanto en entender.

Richard, a mi lado, ha recuperado la expresión neutra.

—Charles, qué placer —dice, extendiendo la mano.

Charles la estrecha sin dejar de mirarme.

—Tienes que llamarme, Kailey. Tenemos que hablar de muchas cosas. —Me da una tarjeta que saca de su bolsillo interior—. Tu padre y yo teníamos conversaciones pendientes que nunca terminamos. Me gustaría retomarlas contigo.

Guardo la tarjeta en el bolso y aprovecho para sacar el móvil, que vibra dentro.

¿Todo bien? Tenemos poco tiempo, Kailey.

Contesto a Tom que voy enseguida. Saludo a varias personas más que se acercan con mezcla de sorpresa y afecto que lleva la noche produciéndome algo que no sé cómo procesar del todo, y cuando me dirijo hacia la puerta hay algo diferente en cómo me muevo por este salón, algo que no tenía cuando entré y que tiene que ver con la gente vinculada a mi padre, como Charles Whitmore, con Brennan y con un vestido verde que hay que devolver antes de la mañana.

Llego a la puerta andando todo lo deprisa que mis tacones me lo permiten.

—¿Te vas?

Me giro. Brennan está a dos metros de mí, algo contrariado. Es cierto que había quedado a hablar con él, pero no puedo.

—Tengo que irme, lo siento.

—No. —Da un paso hacia mí y me coge de la mano—. Espera. Necesito hablar contigo.

Me suelto.

—Tengo que irme, en serio.

Salgo por la puerta con el corazón acelerado y el frío de noviembre en la cara y los pasos rápidos sobre los adoquines mojados hacia el coche de Tom que espera al final de la calle, y no

me giro porque si lo hago, soy capaz de quedarme junto a ese hombre que parece sacado de una película romántica.

Cuando llego al coche y abro la puerta, me doy cuenta de que en mi muñeca falta la pulsera de esmeraldas que llevaba, la que me regaló mi madre el último cumpleaños que pasamos juntas y ya estaba enferma.

Me quedo quieta, con unas ganas tremendas de llorar, con la mano en el aire.

—¡Vámonos!

CAPÍTULO 14

Brennan

Londres y Nueva York

Me despierto mirando el techo del hotel con la certeza de no haber dormido más de dos horas.

La noche anterior se repite en orden inverso, como suelen hacerlo las noches que importan. Primero la pulsera, pequeña y fría entre los dedos cuando la recogí del suelo del Lansdowne antes de que nadie la pisara. Luego la puerta cerrándose y ella al otro lado, bajando las escaleras con el paso rápido que me hizo pensar que no había vuelta atrás, con esa decisión que uno lleva cuando va a perder un avión. Luego, Richard.

Eso también fue parte de la noche.

Volví al salón después de que Kailey saliera y encontré a Richard junto a la barra con la calma impostada que ya le conozco, pero que no me afecta porque sé que todo esto va con él aunque quiera hacerme creer que no. Desde que lo conozco, tengo la certeza de estar delante de alguien que lleva años midiendo cada palabra y cada gesto y que esta noche, por primera vez, no estaba controlando tanto como deseaba porque, a su pesar, noto un leve rictus de preocupación.

—Te pedí que invitaras a Kailey Hartford —le recordé, sin preámbulo—. Me ha dicho que no lo hiciste.

—Ya te expliqué que no era apropiado que ella estuviera aquí. No pinta nada —escupió con desprecio.

—Y yo te expliqué que para mí era importante tener a toda la empresa representada. —Me volví hacia él—. Richard, voy a ser directo. Cole Capital no va a firmar ningún acuerdo que no cuente con la familia Hartford. Con la familia completa.

El color que subió por su cara no era de comprensión.

—Kailey Hartford no tiene ninguna participación legal en la empresa.

—Eso es algo que voy a verificar con mis propios abogados antes de tomar ninguna decisión. —Cogí la copa de la barra—. Que tengas buena noche.

Lo dejé ahí y fui a buscar a Owen, que estaba en el lateral de la sala con la chica rubia que llevaba la noche mirando hacia nuestra mesa y, por su expresión, supe que ya había tomado una decisión.

—¿Nos vamos? —dije.

Owen me miró. Luego miró a la chica. Luego volvió a mirarme.

—¿Tú te vienes o...?

—Yo me voy al hotel.

—¿Solo?

—Solo.

La chica rubia me miró con una sonrisa que en otro contexto habría producido algo distinto en mi cuerpo, que ayer fue nada en particular.

—Otra vez será —dije, y lo dije en serio aunque no fuera lo que ella quería escuchar.

El hotel a las doce y media de la noche tiene un silencio especial propio de los lugares que funcionan sin parar durante el día, pero que a ciertas horas bajan la intensidad, con el recepcionista de noche, el ascensor parado y los pasillos en penumbra. Al llegar a mi suite, me senté en el borde de la cama con la pulsera de Kailey en la mano, mirándola.

Era pequeña, de plata, con unas esmeraldas diminutas engastadas en el cierre que no eran el tipo de joya que uno compra en una tienda corriente. No sé mucho de joyas, sin embargo, me dio

la impresión de que era una pulsera especial, con una historia detrás y que seguro que tiene un significado para Kailey.

La puse sobre la mesita de noche y me tumbé.

He dado vueltas en la cama en un duermevela nervioso, hasta hace unos minutos en que me he puesto a recordar la noche. El techo del hotel de Mayfair es blanco y liso y no tiene nada especialmente interesante, pero le dediqué bastante atención durante las horas siguientes a acostarme sin encontrar el sueño. Pensé en Kailey saliendo por esa puerta. Pensé en Charles Whitmore dándole su tarjeta con cara de atar cabos y entender, por fin, algo que debería haber comprendido antes. Pensé en Richard y en la cara que puso cuando le dije lo de la familia Hartford. Por si faltaba algo para no dormir, pensé también en la investigación que James tiene pendiente de completar, en lo que ya sé y en lo que todavía falta saber.

A las tres de la mañana se me ocurrió que lo mejor era buscarla y devolverle la pulsera; cogí el teléfono e intenté llamar a la empresa. Nada, por supuesto. A esas horas de la noche las oficinas están cerradas, y no tenía manera de contactar con nadie que pudiera darme un número o una dirección.

No se me ocurría cómo encontrarla con tan poco tiempo.

Mi vuelo sale al mediodía. Owen aparece en el hotel a las diez con la energía típica de quien ha dormido bien y está contento con las decisiones de la noche anterior, lo cual me extraña al acordarme de que no se fue solo, y me encuentra en el vestíbulo con las maletas hechas y un café de máquina en la mano en la mesa. Lo que no ve es la pulsera que tengo guardada en el bolsillo del abrigo.

—Tienes mala cara —me dice.
—He dormido poco.
—Yo he dormido estupendamente. —Se sienta frente a mí con una sonrisa que no intenta disimular—. Muy poco, pero bien. ¿Cómo fue

con Richard?

Le cuento lo que le dije. Owen escucha con atención.

—¿Y Kailey?

Saco la pulsera del bolsillo y se la muestro.

Owen la mira.

—Se le cayó al salir.

—¿Y no pudiste...?

—Salió demasiado rápido. —Guardo la pulsera—. Fui tras ella, pero no llegué. Se metió en un coche que parecía que la estuviera esperando y desapareció. Necesito que me ayudes a localizarla. Tú la conoces de vista, conoces gente de los mismos círculos, aunque ella ya no los frecuente. Alguien sabrá cómo contactar con ella.

—El lunes la localizo —dice Owen—. Te lo prometo.

Salimos al taxi con las maletas y Londres bajo esa lluvia fina que Owen llama llovizna y que a estas alturas yo ya he aceptado como una característica permanente de esta ciudad, y en el trayecto al aeropuerto hablamos de la empresa y de Richard y de lo que James va a terminar de confirmar esta semana.

En algún momento Owen dice, sin que venga especialmente a cuento:

—Te gusta, ¿verdad? Esto no es solo por la operación empresarial.

—Sí. No debería decírtelo y no debe afectar a mi trabajo. Pero, tío, me jode que ese tipo se aproveche de ella.

—¿Y si la chica no merece la pena y Richard solo protege el legado del padre?

—Dudo que sea eso. Pero esa posibilidad es motivo suficiente para que quiera saberlo todo y conocerla más.

—Entiendo.

Owen mira por la ventanilla con cara de satisfacción, como si ya supiera mi respuesta y solo estuviera esperando la confirmación.

—Te espero pronto. Supongo que querrás zanjar el asunto en persona.

En el avión duermo lo que no pude en el hotel, con esa profundidad que provoca el agotamiento real, y sueño con ella. Vuelven a mí las sensaciones que me produjo durante la noche, el vestido verde y los ojos de ese color que tarda en definirse. Sueño con su cuerpo pegado al mío, el aroma de su cuello y siento sus manos sobre mi piel. Al despertar no recuerdo con exactitud, pero sí siento algo cálido y sin la distancia que habíamos mantenido durante dos semanas.

Me despierto cuando el avión sobrevuela el Atlántico con luz de tarde y la pantalla del asiento mostrando que faltaban tres horas para llegar.

Al aterrizar, mientras la gente se levanta ansiosa por salir, me quedo un momento quieto con el cinturón abrochado y el zumbido dell motor en mis oídos, pensando que en dos semanas en Londres no he conseguido hablar con ella de verdad ni una sola vez, que cada vez que estábamos a punto de tener una conversación real algo o alguien lo interrumpía, y que me voy con una pulsera en el bolsillo, demasiadas preguntas sin respuesta y la sensación incómoda de haber llegado demasiado tarde a algo sin saber exactamente a qué.

En el aeropuerto JFK nadie me espera.

Me doy cuenta en el momento en que salgo por las puertas de llegadas y veo la hilera de chóferes con carteles y ninguno con mi nombre. Recuerdo entonces que no he llamado a nadie, ni al servicio de coches ni a Gina, que en las últimas semanas ha ocupado un espacio en mi cabeza considerablemente menor del que ocupaba antes de irme. Un pinchazo de culpabilidad me pellizca el corazón. Tengo que hablar con ella y disuadirla de un matrimonio que está destinado al fracaso. Sé que no la amo.

Cojo un taxi. El trayecto desde el JFK hasta el Upper West Side esta tarde es largo, con Manhattan apareciendo despacio detrás del puente con todas sus luces y esa sensación que, después de dos

semanas en Londres, me parece diferente, más ruidosa, más urgente y más opaca.

El ático está en silencio cuando entro. Un silencio diferente al que estoy acostumbrado, cuadi, cada día, llego y Gina no está pero sé que pronto llegará. Es un silencio más denso, vacío. Enseguida sé cuál es la razón; no hay ni rastro de Gina. Y cuando digo "ni rastro", es porque sus cosas han desaparecido del baño, del armario, de la mesita de noche. En la cocina, sobre la isla, veo una nota doblada con mi nombre escrito en su letra ordenada.

La desdoblo y la leo con la culpa martilleando mi pecho.

Brennan:
Dos semanas sola, y sin que casi hayamos hablado, me han dado tiempo para pensar con claridad algo que llevaba meses sin poder hacer. No voy a pedirte lo que no quieres darme, y tampoco voy a seguir esperando a que decidas si me quieres o simplemente te acostumbraste a mí. Las dos cosas duelen, pero la segunda más.

Me llevo mis cosas. Vuelvo a mi apartamento. Me he permitido recoger las tuyas de mi casa y dárselas a Geoffrey. Las tiene en la portería.
Espero que encuentres lo que buscas, aunque sospecho que tú tampoco sabes muy bien qué es.
Tómate tu tiempo antes de contactar conmigo, si ibas a hacerlo ahora, y piensa antes.
Con amor, Gina

La leo dos veces. Luego la dejo sobre la isla y me quedo un momento apoyado en la encimera con el abrigo todavía puesto y la maleta sin abrir junto a la puerta, mirando el apartamento vacío con una mezcla de tristeza, alivio, culpa y soledad que no tiene nombre individual, pero que juntos producen algo difícil de sostener.

Gina tiene razón. Llevo meses sin saber lo que quiero y eso no es justo para ninguno de los dos, y que lo haya resuelto ella en mi

ausencia es probablemente la manera menos dolorosa en que podría haber ocurrido.

Me quito el abrigo, me sirvo un vaso de agua y me siento en el sofá con el móvil en la mano para pedir algo de cena. Veo que tengo varios mensajes sin leer, uno de James con un resumen de lo que ha avanzado la investigación y dos de Owen, uno de ellos son varias capturas de pantalla de una página de cotilleos de la sociedad londinense con el título *Los mejores looks de la noche en el Lansdowne Club* y varias fotos de la fiesta de Richard. En la tercera sale ella de perfil, hablando con Charles Whitmore, con el vestido verde y el pelo suelto y su manera de estar en el espacio llenándolo todo sin pretenderlo: la luz de la sala le cae de lado de una manera que la fotografía ha capturado sin querer, y que la ilumina de una forma especial. Paso el dedo por la pantalla despacio, dibujando sus contornos y acariciando su cara.

Owen ha escrito debajo de la captura: por si acaso no la recuerdas con suficiente detalle.

Sin embargo, la recuerdo con todo detalle. Demasiado quizá para alguien que lleva dos semanas diciéndose que esto es trabajo y que las cosas personales y profesionales no se mezclan, que tiene una pulsera de esmeraldas en el bolsillo del abrigo y la promesa de Owen de localizarla el lunes.

Dejo el móvil sobre la isla junto a la nota de Gina, después de encargar comida china.

Ojalá haber hablado con ella la noche del evento. Ojalá haber llegado antes a esa puerta o haber corrido más o haber dicho algo diferente que la hiciera quedarse diez minutos más.

Diez minutos habrían bastado.

Saco la pulsera del bolsillo del abrigo y la dejo sobre la mesa de centro, donde la luz de la lámpara hace que las esmeraldas

pequeñas brillen con ese verde que es exactamente el color del vestido que llevaba cuando entró en el Lansdowne y acabó por agitarme por dentro.

CAPÍTULO 15

Kailey

Londres

El vestido llega a manos de Eliza a las doce y cuarto de la noche con el dobladillo intacto y sin una sola mancha, lo cual, dado todo lo que ha pasado en las últimas horas, me parece casi un milagro.

Eliza lo recibe en la puerta de su piso con el pelo suelto y cara de llevar un rato despierta esperando.

—¿Cómo ha ido? Estabas preciosa.

—Bien. Un poco raro todo. Pero bien.

Me mira un momento con los ojos de Tom, que ambos tiene iguales y son de los que ven más de lo que preguntan.

—Mi padre me llamó antes, mientras te esperaba. Dice que estuviste increíble.

—Tu padre no es imparcial.

—Ya. —Sonríe—. Pero en este caso creo que tiene razón.

Le doy dos besos y bajo las escaleras hacia la calle donde Tom me espera con el motor encendido. El trayecto de vuelta a Cheyne Walk es silencioso, con Londres a esas horas reducido a sus luces y su rumor constante, y yo miro por la ventanilla pensando en todo lo que ha ocurrido esta noche y en todo lo que va a ocurrir mañana cuando Richard se levante y haya decidido cómo reaccionar.

—¿Estás bien? —dice Tom, sin apartar los ojos de la carretera.

—Pregúntame mañana. Esto va a tener consecuencias.

—Pase lo que pase, yo te apoyo, lo sabes, mi niña.

Le aprieto la mano, agradecida, y él no añade nada más, que esexactamente lo que necesito.

Un taxi arranca en la puerta de mi casa cuando llegamos, lo cual significa que Richard y Sharon han vuelto antes de lo que esperaba. Tom me mira.

—Entraré por la puerta de atrás.

—Lleva mucho cuidado. ¿Quieres que me esperes?

—No, Tom, vete a descansar. Nunca podré agradecerte todo lo que haces por mí.

Lo beso en la mejilla y me bajo del coche. Entro con todo el silencio de que soy capaz, rezando para que no entren en la cocina, y subo las escaleras con los zapatos en la mano y el corazón acelerado y toda la concentración necesaria para no hacer ruido durante los próximos treinta segundos. Llego a mi habitación y cierro con llave. Por si acaso.

Me apoyo en la puerta y suelto el aire.

Dos minutos después los escucho en el piso de abajo.

La voz de Richard no es la que usa en público, tan calculada. Esta es otra, más cruda, con los bordes que la educación normalmente lima. Las palabras llegan fragmentadas por debajo de la puerta, pero lo suficientemente claras para entender el tono, el de alguien que ha pasado la noche guardando algo y ya no tiene paciencia para seguir callándolo.

—Ha arruinado meses de trabajo. Meses. Cole no va a firmar nada, está clarísimo. Esa zorra quiere acabar con todo lo que he soñado.

La voz de Sharon, más baja, responde algo que no llego a escuchar.

—¡No me vengas con excusas, boba! Estabas ahí para algo y no hiciste nada. Nada. Se te pone delante y te quedas mirando.

Otra respuesta inaudible de Sharon.

—No me interesa lo que hiciste. Me interesa lo que no hiciste. ¿Es que no sabes ni seducir a un hombre? ¡Tenía que mirarte a ti, estar

a tu lado y no con esa… esa…! Debería habérmela quitado de encima antes y no apiadarme de ella contratándola para el taller. ¿Es que eso no era suficiente humillación? Maldita zorra.

Me siento en el borde de la cama con el bolso en el regazo, escuchando ese naufragio discreto que ocurre dos plantas más abajo, y hay algo profundamente triste en oír a un hombre insultar a su propia hija porque no supo seducir a un inversor americano en una fiesta.Más triste aún que lo que dice de mí y de cómo fastidio sus planes cuando ha sido él quien ha robado mi vida.

Aprieto los ojos para que no se escape la lágrima que asoma y aprieto los puños. No necesito escuchar el resto.

Me desvisto despacio, sin hacer ruido y a oscuras, con los movimientos automáticos de un día muy largo, y cuando me quito el reloj, recuerdo que perdí la pulsera. Me vuelvo a tocar la muñeca y, como ya sabía, no encuentro nada.

Me quedo quieta. La pulsera de mi madre. Las esmeraldas pequeñas, la plata que se había oscurecido ligeramente con los años, el cierre que a veces se abría solo y que yo había aprendido a revisar cada dos horas. La última vez que la recuerdo en la muñeca es en el Lansdowne, bailando, y luego corriendo hacia la puerta, y luego en el coche de Tom.

¿Cuándo se me habrá caído?

Me siento en la cama con una sensación en el pecho que no es solo el peso de la pulsera perdida, sino el de todo lo que representa, el último cumpleaños con mi madre, sus manos cerrando el cierre en mi muñeca con esa concentración que ponía en las cosas pequeñas, diciéndome que las esmeraldas eran del color de sus ojos cuando era joven y que algún día me explicaría de dónde venían.

Nunca me lo explicó.

Me tumbo en la cama sin ponerme el pijama y escucho cómo el sonido del piso de abajo va apagándose, puertas que se cierran, pasos que se alejan, el silencio final que llega cuando la casa decide que la noche ha terminado, aunque nadie en ella esté tranquilo.

Duermo inquieta. Sueño con la fiesta y con la pulsera y con Brennan diciéndome que espere, con su mano cerrándose sobre la mía un segundo antes de que yo me soltara.

Me levanto antes de que suene el despertador, con la luz gris de Londres entrando por las persianas y la casa todavía en silencio.

Bajo con cuidado, con el bolso ya preparado desde la noche anterior, y en la cocina me hago un café rápido mirando el jardín por la ventana. Richard está sentado en la silla de hierro junto a la mesa del exterior con una taza y el periódico, con el abrigo puesto porque noviembre en Londres no perdona aunque uno se empeñe en desayunar fuera.

Salgo por la puerta de atrás, huyendo de mi propia casa.

Lucy vive en Fulham en un piso pequeño y lleno de libros, donde las plantas han ganado progresivamente terreno a los muebles. En su casa hay siempre café hecho y una gata llamada Iris que te evalúa cuando entras con una seriedad que no varía.

Llego a las nueve y media. Lucy abre la puerta en pijama y me mira de arriba abajo.

—Pasa.

—Perdona las horas y no avisarte. No sabía dónde ir.

—Te hago un café y me cuentas. —Lucy desaparece en la cocina mientras me siento en el sofá con las rodillas encogidas. Me da el café y envuelvo las manos alrededor de la taza. No sé muy bien por dónde empezar, porque hay demasiadas cosas y no todas tienen el mismo peso y algunas todavía no las he podido procesar.

—Estoy hecha un lío, Lucy.

—Cuéntame.

—Anoche pasó de todo. Un cliente de mi padre, el señor Whitmore, estaba allí. Bueno, había muchos más y la mayoría me conocía. Él me dio su tarjeta y me dijo que quería retomar conversaciones que dejó pendientes con mi padre. —Encojo los hombros—. Como si yo tuviera algo que ver en la empresa, ¿lo entiendes? Me descolocó.

—Pues no debería, esa empresa es tuya.

—Ya, bueno. Y luego Brennan me sacó a bailar. No debería haberlo hecho, pero lo hizo. Imagínate la cara de Sharon. Ah, pero antes de eso —cuento de forma atropellada y sin orden—, según me contó él mismo, le dijo a Richard que esperaba que yo estuviera en la fiesta. Y que Richard no me había invitado.

Lucy me mira fijamente.

—Espera. ¿Cole le dijo eso a Richard? ¿Delante de todos?

—Eso me dijo.

—Kailey. —Se inclina hacia delante—. Eso no lo hace alguien que solo está aquí por negocios.

—O sí lo hace. Se supone que soy parte, ¿no? No sé. —Me levanto porque no puedo estar quieta—. No sé lo que quiere, Lucy. No sé si está de mi lado o del de Richard o simplemente del suyo propio. Y anoche llegué a mi propia casa como si fuera una ladrona por la puerta de atrás y sin hacer ruido. ¡A mi propia casa! Y los escuché. Richard vociferando, diciéndole a Sharon que yo había arruinado meses de trabajo, que Cole no iba a firmar por mi culpa. —Me giro hacia ella—. Me insultó y a ella también. A su propia hija. Por no haber sabido seducir a Cole en una fiesta.

Lucy suelta el aire despacio.

—Qué miserable.

—Y esta mañana me he levantado temprano para salir antes de que se despertara. ¡Ah!, y no te he dicho que al desvestirme y mirarme la muñeca he visto que no llevaba la pulsera que me regaló mi madre. —Me siento de nuevo, con ese peso ahogado en el pecho —. La perdí en algún sitio. En la fiesta, supongo. Y no sé cómo recuperarla sin tener que dar explicaciones que no quiero dar.

Lucy se levanta, rodea la mesa y se sienta a mi lado. Me pone una mano en el brazo.

—Para —dice—. Respira.

—Es la pulsera de mi madre, Lucy —sollozo.

—Lo sé. —Su voz es firme pero cálida—. Y la vamos a encontrar. Pero ahora mismo necesito que te calmes porque estás mezclando la pulsera con Richard con Cole con la fiesta y con todo a la vez, y así no puedes pensar.

Tiene razón. La miro con cariño, suplicando una solución que ella no tiene.

—¿Por dónde empiezo? —digo.

—Por más café. —Se levanta y va a la cocina—. Luego deberías llamar a tu abogado y contarle todo. Lo demás ya lo iremos viendo.

—¿Cómo estás? ¿Mejor? —me dice con un abrazo al volver con unas galletas y más café.

—Agotada. Asustada. —Lo pienso mejor—. Y también otra cosa que no sé cómo llamar todavía.

Lucy me mira con esa atención que tiene para leer entre líneas.

—Acabo de dejarle una nota de voz a Martin mientras venía hacia aquí. No sé si me contestará en sábado.

El móvil vibra sobre la mesa y veo que es él.

«Kailey, he escuchado tu mensaje y he visto los titulares de la prensa de sociedad. Quédate tranquila y no hagas nada todavía. Esto es bueno para nosotros. Hablamos el lunes».

Le enseño el mensaje a Lucy.

—¿Qué titulares? —dice.

Buscamos en el móvil. Alguna página de cotilleos ya tiene las fotos de la noche anterior con un titular que dice «La heredera Hartford reaparece en el Lansdowne» y una foto mía hablando con Charles Whitmore.

Lucy lee el pie de foto en voz alta.

—Kailey Hartford, hija del fundador de Hartfield Motors, sorprendió a los asistentes con su presencia en la cena privada organizada por la dirección actual de la empresa. —Levanta los ojos —. Dirección actual, dice. Qué elegante.

—Richard estará subiéndose por las paredes.

—Sí. —Lucy deja el móvil—. Y eso es bueno.

—Martin dice lo mismo.

—Y tiene razón. —Me mira—. Kailey, llevas cuatro años siendo invisible. Anoche dejaste de serlo delante de las personas que importan. Eso no tiene precio.

—Pero no veo que sea bueno, como decís. La reacción de Richard puede hundirme del todo. No me fío nada de él.

—No creo que pueda hacer nada peor de lo que ya ha hecho. Confía en tu abogado.

Me quedo con eso un momento. Luego miro la foto otra vez, esa imagen de mí en la que no me reconozco, con el vestido verde y el pelo suelto y Charles Whitmore sujetándome por los hombros.

De pronto, suelto una carcajada que no puedo parar.

—¡Ay, Lucy! No sé si reír o llorar.

—Las dos cosas. Venga, hoy vamos a divertirnos.

Seguimos con el desayuno improvisado, entre café, dulces, zumo y los artículos que Lucy lee en voz alta con la entonación cómica que le sale cuando está de broma y que nos hace reir.

—Para ser una cena íntima, sale en todas partes. Richard seguro que lo ha filtrado con otra intención, y le ha salido mal.

—Es verdad. Era una cena de despedida para Cole. ¿No sale en los periódicos?

—Sí, míralo, ese es —lo señalo en una de las fotos.

—Joder, Kai, ¿es humano? Menudo pedazo de tío. Guapísimo.

—Lo es.

—Eh, ¿te has fijado? —Lucy me pone la pantalla delante y amplía la foto—. Te está mirando a ti. Fíjate.

—Qué no. —Ladeo la cara para que no note cómo me estoy ruborizando, sin éxito.

—¿Qué es lo que no me has contado?

—Nada, lo que te he dicho. Solo bailamos, me defendió delante de Richard y luego me escapé para devolverle el vestido a Eliza.

—Ya, y seguro que te hacía cosquillas en la oreja al decirte lo guapísima que estabas.

—¡Qué boba eres! —Le tiro un cojín que recoge riéndose.

—Ya me has dicho que te gusta, lo que no sé es si pasó algo.

—No. Ni pasará. Ya te he dicho que no sé a qué juega ni de parte de quién está.

—¿Y eso qué más da? Disfruta de un buen polvo y luego lo mandas a paseo si es del *team* Richard.

—Se ha ido, así que tu plan no es posible. —Me río y pongo cara de alivio ante ella, aunque por dentro tengo un nudo que no sé descifrar. Sus visitas al taller me gustaban y verlo tan guapo en la fiesta, tan amable… Me hace sospechar a la vez que me moja las bragas. Qué bruta soy, Lucy es una mala influencia—. Venga, salgamos de aquí.

Salimos a almorzar y es en la calle cuando me doy cuenta de que llevo horas sin pensar en Richard, ni en la cláusula, ni en la pulsera, ni en Hartford Motors.

Solo he tenido en mente la noche anterior. Y a él.

Cenamos juntas, después de haber asaltado varias tiendas y dejar con telarañas la cuenta de banco, y Lucy pone una película que ninguna de las dos mira porque la conversación tiene más interés que la trama. A las doce me hace la cama en el sofá con una manta que huele a lavanda y apaga la luz del pasillo.

—Lucy —digo, en la oscuridad.

—¿Qué?

—¿Tú crees que la pulsera puede aparecer? Significa mucho.

Un silencio breve.

—Sí —dice—. Creo que sí. Descansa.

No insiste en saber por qué lo pregunto, aunque las dos sabemos que no estoy hablando solo de la pulsera.

El domingo por la mañana vuelvo a Cheyne Walk, con la esperanza de que no haya nadie. La casa está en silencio cuando entro, con la luz fría de noviembre entrando por las ventanas y el olor a madera y a tiempo que tienen las casas antiguas cuando están vacías.

Subo a mi habitación. Me recuesto en la cama mirando el techo y pienso en la fiesta, en la mano de Brennan cerrándose sobre la mía y en su voz diciendo «espera» antes de que yo me soltara y saliera corriendo. Entonces una luz se enciende en mi cabeza: la pulsera se debió soltar en ese momento. ¿La tendrá él? ¿Se quedó en el salón? Las dudas se desdibujan conforme su rostro toma espacio en mi mente y un cosquilleo asalta mi entrepierna.

—No sé si puedo permitirme que me guste —me digo—. Pero me gusta. Y no sé qué hacer con eso.

CAPÍTULO 16

Brennan

Nueva York

—¡Lo sabía!

Lo digo en voz alta, solo en el despacho, con la carpeta abierta delante y Manhattan al fondo completamente indiferente.

James asoma la cabeza por la puerta.
—¿Todo bien?
—Perfectamente. Gracias por esto.
James me mira un segundo, asiente y desaparece cerrando la puerta. Lleva años trabajando conmigo y ha aprendido que cuando hablo solo es mejor no preguntar.

Me recuesto en la silla con la carpeta sobre la mesa.

Llevaba días con esta certeza instalada, antes de que hubiera documentos que la respaldaran. Desde que Richard cambió de tema con demasiada velocidad cuando le pregunté por Kailey en la comida del primer día. Desde que bajé al taller y vi la fotografía de Edward Hartford en la pared con una niña, la silla vacía y la taza de té a medias. Y lo confirmé cuando la cara de Richard perdió el color en el Lansdowne al verla aparecer en la fiesta a la que no le invitó a pesar de habérselo pedido expresamente.

Ahora lo tengo todo sobre la mesa.

En la carpeta tengo copia del acta de matrimonio de la madre de Kailey con Richard Aldwood, firmada dieciséis meses después de la

muerte de Edward Hartford. El testamento de Hartford, con la cláusula de interés activo enterrada en un anexo redactado con la precisión de quien quiere que algo exista, pero que nadie lo encuentre fácilmente. La escritura de la sociedad familiar con sede en las Islas Caimán, constituida antes de la boda con Richard, en pleno duelo, antes de que la viuda de Hartford tuviera tiempo de entender lo que estaba firmando.

Y encima de todo, el documento que hace que lo demás encaje de una manera que va más allá de la sospecha.

Richard Aldwood no cometió un error ni aprovechó una oportunidad. Construyó una trampa con años de antelación, con la paciencia de alguien que sabe exactamente lo que quiere y está dispuesto a esperar todo el tiempo que haga falta para conseguirlo.

Cojo el teléfono y lo dejo sobre la mesa.

Llamar a Kailey sería lo más lógico, pero no lo más inteligente. No sé cuánto sabe de su propia situación legal, ni si su abogado le ha contado lo de la cláusula. Aparecer con todo esto sin saber desde dónde parte ella podría asustarla, o peor, hacerla desconfiar de mí en un momento en el que la confianza es lo único que importa. Bastante ha tenido ya con Richard controlando cada conversación y cada documento. La última cosa que necesita es otro hombre llegando con información que no pidió y decisiones que no le corresponden tomar a nadie más que a ella.

Es más prudente y oficial contactar primero con el abogado. Alguien que la conozca y en quien confíe y que pueda darle esto en el contexto adecuado.

Llamo a Hartfield Motors para hablar con Tom; es el único que puede darme la información que necesito. Me pasan con el taller sin problema.

—Tom —digo, cuando contesta—. Soy Brennan Cole. ¿Me recuerda?

—Sí, claro, señor Cole.

—Como creo que sabe, estoy estudiando la empresa para invertir en ella, pero algo no me cuadra.

—¿Qué tengo que ver yo con eso? Debe hablar con dirección —me contesta con sequedad. Ya sé que no es hombre de muchas palabras.

—He descubierto algo que le concierne a Kailey y quiero hablar con su abogado. ¿Sabe quién es? Sé que usted está de su parte y de momento no quiero que se sepa nada en dirección.

—¿Por qué no le pregunta a ella?

—Porque creo que confiaría más en su abogado que en mí. Créame que no tengo ninguna intención que la perjudique, al contrario. Necesito que esto quede entre nosotros.

Hay un silencio largo.

—¿Puedo confiar en usted? Esta niña ya ha sufrido mucho.

—Lo sé. De verdad que esto va a ayudarla. Si no fuera así, su abogado lo verá.

—De acuerdo. Se llama Martin Clarke —dice al fin—. Lincoln's Inn Fields. Espero que de verdad pueda ayudarla.

—Cuente con ello. Gracias.

Martin Clarke tiene voz de abogado. Eso pienso nada más escuchar sus primeras palabras. Transmite ser alguien que lleva décadas escuchando cosas difíciles y ha aprendido a no alterarse por ninguna, pero cuando le digo lo que tengo sobre la mesa hay un silencio que dura lo suficiente para indicar que esto sí le afecta, aunque no lo vaya a admitir ante un americano desconocido que ha surgido de la nada.

—¿Cómo ha conseguido esa documentación? —dice.

—Tengo un equipo muy bueno. Es parte de mi trabajo. No sabe usted la de gente que busca financiación con nosotros a partir de cuentas maquilladas y fraudes. Una buena inversión necesita de una buena información. Y parece que el señor Aldwood es de este tipo.

—¿Y qué pretende hacer con esa documentación?

—Dársela a usted para que haga lo que corresponde. Kailey Hartford merece recuperar lo que es suyo. Y yo tengo los medios para ayudar a que eso ocurra si usted está dispuesto a aceptar lo que tengo.

Martin tarda un momento.

—Todo lo que usted tiene, ya lo tengo yo. Llevamos tiempo esperando el momento adecuado. Lo de la fiesta ha sido muy bueno para ella. Hay gente que la ha visto, que la recuerda, que entiende lo que está pasando aunque nadie lo haya dicho en voz alta. —Hace una pausa durante la que escucho el repiqueteo de un bolígrafo sobre la mesa—. Pero hay una cláusula que sigue siendo un obstáculo. Mi sospecha es que Richard la añadió sin consentimiento de su mujer o incluso después de su fallecimiento. Hay que demostrarlo y es ahí donde estoy atascado.

—Mi equipo jurídico puede ayudar.

—¿Por qué hace esto, señor Cole? ¿Tanto le beneficia? ¿Quiere algo a cambio? No lo entiendo.

La pregunta llega directa, con la franqueza de un hombre que ha escuchado demasiadas respuestas preparadas y que, como yo, está acostumbrado a que la gente le mienta para salir indemne.

Me quedo un momento en silencio.

La imagen que llega como respuesta a ese por qué lo hago no es una sino varias, superpuestas, guardadas sin querer porque han ido dejando poso. El taller y el mono azul y las manos negras de grasa y esa calma al corregirme que no necesitaba que nadie la validara. Ella con el vestido verde en la puerta del Lansdowne y las cabezas girándose sin que lo pretendiera. La conversación que no llegamos a tener, interrumpida siempre por algo o alguien. La mano soltándose de la mía y los pasos rápidos sobre los adoquines mojados.

Cuatro años sola dentro de una trampa que no construyó, sosteniendo lo que queda del trabajo de su padre con sus manos

manchadas de grasa, la voluntad y una paciencia que resulta más admirable cuanto más sé lo que ha tenido que aguantar.

Y ella misma, su presencia llenando un espacio que sentía vacío antes de conocerla, sin calcular nada, sin exigir ni pedir perdón, porque no he conocido a una mujer más bella, inteligente y equilibrada que ella. Todo eso que no puedo decirle a su abogado.

—Porque es lo correcto.

Martin no responde de inmediato. Cuando lo hace, su voz tiene algo diferente, más positivo.

—De acuerdo. Mándeme lo que tiene. Yo me encargo de hablar con ella y de iniciar los pasos necesarios.

—Una cosa más. Hay un documento sobre la constitución de la sociedad en las Islas Caimán que tiene una fecha que puede cambiarlo todo. Léalo primero.

—Lo leeré primero.

Cuelgo.

El despacho se queda en silencio y me quedo un momento quieto con esa sensación de cuando algo que llevaba tiempo en el aire por fin aterriza en el sitio que le corresponde.

Meto la mano en el bolsillo del pantalón. La pulsera está ahí, donde ha estado desde el sábado por la noche, pequeña y fría entre los dedos con las esmeraldas que brillan con ese verde que es exactamente el color del vestido que llevaba cuando entró en el Lansdowne. La saco y la dejo sobre la mesa junto a la carpeta y la miro un momento, pensando en el cierre que se abrió solo en algún punto de la noche y en los adoquines mojados y en que ella no sabe que está aquí, en mi despacho de Park Avenue, a cinco mil kilómetros de donde la perdió.

El móvil vibra sobre la mesa.

Owen

Tengo la dirección. Casa en Cheyne Walk. También hay una amiga, Lucy Marsh, Fulham. A veces se queda allí.

Brennan
Ya lo tengo todo atado.

La respuesta llega en treinta segundos.

Owen
Genial. Te espero en Londres. Tienes una pulsera que devolver.

Cierro el móvil. Miro la pulsera sobre la mesa y la carpeta. Vuelvo a coger la pulsera y la guardo en el bolsillo. Esta vez no se me va a escapar en ninguna puerta.

CAPÍTULO 17

Kailey

Londres

El lunes por la mañana, después de pasar un fin de semana muy extraño huyendo de mi propia casa, llego al taller y encuentro a Tom mirando la pared con los brazos cruzados y una expresión que no le había visto antes, algo más parecido a la indignación contenida de quien ha aguantado mucho y está calculando cuánto más puede soportar.

—Han recortado el presupuesto —dice, sin volverse, como contestación a mi saludo.

—¿Cuánto?

—Todo. —Suspira y dirige la mirada hacia mí—. Andrew acaba de llamar para avisarnos. A partir de hoy no hay presupuesto operativo para el departamento. Nos quedamos sin materiales, sin poder pedir a proveedores y, en cualquier momento, sin nada que hacer.

Me quedo quieta en la puerta.

—No puede ser. Este hombre no está en sus cabales. ¿Qué pretende? ¿Hundirme del todo?

—No creo que sea nada contigo en particular. Ya sabes lo que quiere. Si le das la empresa, te dejará en paz.

—No puede ser, no puede ser —repito dando vueltas sobre mí misma. Dejo el abrigo y el bolso sobre la mesa y me dirijo al pequeño aparador que tengo detrás de la oficina para servirme agua. Cualquier cosa que me haga salir del bucle mental en el que me he metido.

—¿Y el agua? —Lo miro extrañada, con el vaso vacío en la mano, al ver que no sale ni gota.

Tom me mira.

—Han cerrado el acceso al sistema de la planta. No podemos usar los aseos ni la cocina de arriba. Tenemos que subir a pedir permiso al guardia para usar los del vestíbulo. Nuestra tarjeta ya no abre ninguna puerta, Kai.

El chico que ayuda a Tom, Danny, con diecinueve años y el primer empleo serio de su vida, está sentado en el banco de trabajo con las manos entre las rodillas mirando el suelo. Levanta los ojos cuando me acerco a él y veo en su cara algo que me rompe más que todo lo demás, la pregunta que no se atreve a hacer en voz alta.

—Danny —digo.

—¿Qué va a pasar, Kailey?

No tengo una respuesta que sea verdad y a la vez no le haga daño, así que le digo la única que puedo darle.

—Todavía no lo sé. Pero no te voy a dejar tirado. Déjame que piense y que hable con mi abogado, porque Richard no tiene derecho a hacernos esto. Tom, hay que hablar con los clientes.

—Por suerte tengo todo acabado. Les diré que vengan a retirarlos.

—Bien. Danny, entonces tú ocúpate de recoger y ayudar a Tom.

Los dos asienten y se dan la vuelta mientras yo me meto en mi pequeña oficina. Me siento, con la espalda encorvada y las manos en las sienes, y me dejo llorar. Prefiero ahora que delante de los demás; tengo que dejar mis debilidades y sentirme fuerte para enfrentar a mi padrastro.

—Mamá, ¿qué hiciste? ¿Por qué? —sollozo en voz baja. No sé qué pretende Richard, pero, para mí, esto no ha acabado.

Llamo a Martin y le dejo recado de que me llame cuanto antes.

A media mañana salgo al vestíbulo a por agua. Phil, el guardia de seguridad que lleva seis años en la entrada y que siempre me saluda por mi nombre, está de pie junto al mostrador con una rigidez que me indica que ha recibido instrucciones que no le gustan y las está cumpliendo porque no le queda otra.

Me ve llegar y algo cruza por su cara antes de que recupere la expresión neutra.

—Kailey.

—Hola, Phil. Vengo a por agua.

—Sí, claro. —Se aparta para dejarme pasar—. La máquina está al fondo. Ya lo sabes. Voy a pasar ronda en la entrada, yo no te he visto —susurra.

Lleno la botella. Cuando vuelvo, Phil está de guardia junto a la puerta, con las manos a la espalda y la vista a la calle para no ver el vestíbulo.

—Phil —digo, al pasar.

—¿Sí?

—Gracias.

Levanta los ojos un momento al girarse hacia mí. En ellos hay todo lo que su posición no le permite decir en voz alta, y que sin embargo llega perfectamente.

—Lo siento —dice.

—No te preocupes. Lo entiendo.

Regreso al taller con la botella y el peso de saber que en este edificio hay gente que lleva años viéndolo todo y que no puede hacer nada, que esa impotencia tiene un coste, y que ese coste lo estamos pagando todos de maneras distintas.

Me siento sin nada que hacer. Han eliminado el acceso a todas las áreas de la empresa en el sistema informático, a Internet y a cualquier cosa que pudiera hacer. Tampoco llega la señal del teléfono ni el wifi. Estamos en una cueva sin relación con nadie. Por eso no he visto las llamadas de Martin. Al salir, escucho el mensaje de que está al corriente y me llamará pronto.

La semana avanza con esa lentitud insoportable de los tiempos muertos, sin proyectos, sin materiales, sin nada que hacer excepto mantener en orden lo que ya está en orden y esperar. Tom revisa herramientas que ya están perfectas. Danny limpia superficies que

ya están limpias. Yo reviso archivos que están actualizados y facturas que ya están cobradas, no sé ni para qué.

En la casa la situación es peor.

Richard desayuna en el jardín, cena en el comedor y ocupa el salón por las tardes con una normalidad deliberada, dejándome claro que quiere que yo entienda que él sigue exactamente donde estaba y que lo que ha ocurrido no lo ha movido de ningún sitio. Sharon aparece y desaparece tan esquiva como siempre, sin mirarme directamente y sin el comentario afilado de otras veces, lo cual es casi más inquietante que cuando habla.

Una noche, sola en mi habitación con la puerta cerrada con llave, pienso en llamar a Lucy para preguntarle si puedo quedarme unos días en Fulham.

Cojo el móvil, pero lo pienso mejor y no la llamo.

Esta es mi casa. La casa de mis padres. Mis abuelos compraron este suelo cuando Chelsea todavía no era lo que es ahora, y mi padre creció entre estas paredes, y mi madre eligió quedarse en ellas cuando podría haberse ido a cualquier otro sitio. Largarme ahora, aunque sea temporalmente, aunque sea solo para dormir mejor y respirar sin calcular cada movimiento, es exactamente lo que Richard lleva cuatro años esperando que haga.

Dejo el móvil en la mesita. Me quedo. Me tengo que quedar.

Martin llama, por fin, el jueves por la tarde.

Estoy en el taller limpiando los cajones de mi mesa cuando viene George y me dice desde la puerta que suba a recepción. Me aclara en voz baja que mi abogado me va a llamar y en el taller no hay cobertura. Se lo agradezco en silencio y espero un minuto hasta que suena el teléfono y veo el nombre de Martin en la pantalla. Algo se tensa en el pecho antes de contestar, porque Martin no se toma tantas molestias sin razón.

—Kailey —dice—. Por fin doy contigo. He tenido que llamar a centralita y preguntar por Geporge para que te busque, pero no quiero hablar por la línea de la empresa. Tengo buenas noticias.

Me voy hacia la puerta para alejarme de la gente.

—Cuéntame.

—Ya tengo la denuncia redactada. Completa, con todo lo que necesitábamos y algo más que ha aparecido en las últimas semanas. Necesito que vengas a firmarla.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana, si puedes. Hay que moverse antes de que Richard tenga tiempo de reaccionar.

—Mañana estoy ahí a las nueve.

—Perfecto. Kailey, quiero que sepas que esto ha avanzado más rápido de lo que esperaba estas últimas semanas. Han aparecido documentos que estaban opacos a la legalidad, por eso no los veíamos, y que ahora tenemos con toda claridad.

—¿Cómo los habéis encontrado? ¿Es legal lo que has hecho?

—Totalmente, pero he tenido ayuda. No eran accesibles para mí.

—¿Ayuda? ¿De quién?

Se toma un tiempo para contestar que enciende todas mis alarmas.

—De alguien con los medios necesarios e interés para encontrarlos —dice Martin, con esa economía de palabras que usa cuando ha decidido que no es el momento de dar más información —. Mañana hablamos con más calma.

Cuelgo. Me quedo de pie mirando la calle, con el móvil en la mano, recordando las veces que he jugado a pasar esas puertas mecánicas cuando era niña. Cada visita a mi padre era una fiesta y, aunque él se empeñaba en que le acompañara en el despacho y pintara sobre la mesa de caoba, yo prefería bajar al taller y ensuciarme las manos cuando Tom era un joven aprendiz.

Regreso al pequeño espacio que aún me queda y me encuentro el té frío sobre la mesa y a Tom mirándome desde el fondo, leyendo el periódico.

—¿Buenas noticias? —dice.

—Eso parece. Mañana lo sabremos.

Tom asiente, con una sonrisa discreta. Coge la herramienta y vuelve al trabajo que no necesita hacer porque no hay nada que reparar, tan solo revisa los coches que son de nuestra propiedad. Limpio sobre limpio, que diría mi madre.

Son las nueve en punto del viernes cuando me siento frente a Martin y leo la denuncia despacio, página por página. Hay momentos en que tengo que releer un párrafo porque la cabeza no acaba de procesar que esto es real, que está escrito, que tiene fecha y firma y el peso legal de algo que ya no es solo una historia que me cuento a mí misma.

Cuando llego a la parte de las Islas Caimán levanto los ojos.

—Esto no lo sabíamos —digo.

—Ahora sí. —Martin junta las manos sobre la mesa—. La sociedad se constituyó dieciséis meses antes de la boda con tu madre. Eso lo cambia todo, Kailey. Demuestra premeditación. No fue un viudo aprovechando una oportunidad, fue alguien que llevaba más de un año preparando el terreno antes de pedirle a tu madre que se casara con él.

El despacho de Lincoln's Inn Fields está en silencio y la luz de la mañana entra gris por la ventana y yo tengo la denuncia entre las manos y cuatro años de aguantar dentro del pecho buscando por dónde salir.

—¿Dónde firmo?

Martin me señala las páginas. Firmo cada una de ellas con mi letra, que no ha cambiado desde el colegio y que esta mañana tiene una importancia que nunca antes había tenido, a pesar de que mis manos tiemblan.

Cuando termino, Martin va a la cocina y vuelve con dos tazas de café. Me tiende una. Levanta la suya.

—Por tu padre —dice.

Chocamos las tazas con el gesto torpe y sincero de los brindis que no esperaban serlo, y Martin me mira con el brillo en los ojos de sus setenta años bien vividos, con algo dentro que no es solo satisfacción profesional.

—Quiero que todo vuelva a ti, Kailey. Es lo justo, es lo legal y es lo que Edward habría querido. —Deja la taza—. Ya veo el final del túnel. Seguro que desde donde esté, sonríe orgulloso al verte.

Me abraza mientras yo dejo escapar unas lágrimas rebeldes. Es un abrazo breve y algo incómodo, de abogado que no muestra cariño con frecuencia, y por eso mismo es exactamente el abrazo correcto.

—¿Y ahora? —digo.

—Ahora voy al juzgado a presentarlo. —Recoge los documentos—. Y tú me esperas esta tarde en la empresa. Necesito entregársela a Richard en mano, que quede constancia. Asegúrate de que está allí y avísame cuando lo confirmes.

—¿A qué hora?

—A las cinco. —Me mira—. ¿Puedes con esto?

—Llevo cuatro años pudiendo con cosas peores.

Martin sonríe. Es una sonrisa tan escueta como cálida. El final del túnel, sí, yo también lo veo. Aunque no quiero ilusionarme porque con Richard nunca se sabe.

Salgo del despacho a la calle con el aire frío de Londres acariciándome la cara y los pasos más rápidos de lo habitual, aunque no tengo ninguna prisa, el cuerpo necesita moverse para sacar el exceso de energía que siento dentro.

Al llegar al trabajo le pido a Andrew en voz muy baja si me puede confirmar que Richard tiene agenda en el despacho por la tarde. Lo verifica en dos minutos y me asegura que estará hasta las siete.

Le escribo a Martin: «confirmado».

Las cinco horas que quedan hasta las cinco de la tarde son las más largas de los últimos cuatro años.

A las cuatro salgo a tomar un té porque no puedo más de los nervios. A las cinco menos diez entro en Hartfield Motors por la puerta principal con el abrigo puesto y la espalda derecha y Phil en recepción, que me ve llegar y abre la boca para decir algo y la cierra y se limita a asentir con la cabeza, porque no puede decir nada en voz alta.

En lugar de dirigirme al taller, tomo el ascensor para ir a la planta de dirección. Mi tarjeta no funciona y tengo que pedírselo a Phil, que mira por encima de sus hombros antes de usar la suya. Las puertas se abren en la planta de dirección y doy un paso hacia el pasillo que conozco de memoria y al que llevo cuatro años subiendo solo cuando alguien me llama, nunca por iniciativa propia.

Hoy llego por derecho legítimo.

La secretaria de Richard se llama Diane y lleva tres años en ese puesto; ella no conoció a mi padre y no sabe quién soy más allá de la auxiliar administrativa del taller que a veces aparece para tomar notas en reuniones que no le conciernen. O sí lo sabe, pero solo con la versión de Richard, que no es la que más me favorece precisamente. Me mira cuando llego con cara de barrera profesional bien construida.

—Vengo a ver a Richard Aldwood.

—El señor Aldwood está en una reunión. ¿Tiene cita?

—No necesito cita.

—Me temo que sí. —Coge el teléfono—. ¿Su nombre?

—Kailey Hartford. Deberías saberlo.

Diane me mira con cara de malas pulgas antes de marcar una extensión. Habla en voz baja. Escucha. Cuelga.

—El señor Aldwood está reunido y no puede atenderla ahora. Si quiere dejar un mensaje...

—No. Debo entrar ya.

—No puede. —Veo que hace una seña al de seguridad, que se acerca. Alzo la mirada y me doy cuenta de que están todos los empleados de la planta pendientes de nosotros.

—Sí puedo.

Diane me mira en el preciso momento en el que llega Martin acompañado de Phil, y la conversación se repite.

—Insisto en que sin cita deben esperar —dice ella con toda la dignidad que puede.

El pasillo tiene ese silencio de las cinco de la tarde en que la jornada empieza a vaciarse y las conversaciones bajan de intensidad. Diane teclea sin mirarme. El teléfono suena varias veces. Por el pasillo pasan dos personas que me conocen de vista y me miran con sorpresa y reconocimiento. Estoy nerviosa y decido no esperar más.

Me levanto. Diane adivina mi intención.

—El señor Aldwood sigue reunido —dice.

—Ya lo sabemos —dice Martin, que también se ha levantado y camina hacia el despacho de Richard sin detenerse—. No importa.

Abre la puerta del despacho, con Diane pisándonos los talones. Y yo, que estoy a dos pasos detrás de él, miro al interior y me quedo quieta.

No puedo creerme lo que veo.

CAPÍTULO 18

Brennan

Londres

El vuelo de Nueva York a Londres no ha sido exactamente productivo.

Ocho horas en *business* con los informes que me consiguió James abiertos en el portátil y la mente en otro sitio completamente, más bien en otra persona que viste con un mono de mecánico que oculta sus curvas. En algún momento sobre el Atlántico cerré el portátil y me quedé mirando la oscuridad fuera de la ventanilla pensando en ella, en el taller, en lo sexi que estaba con el vestido verde y en la pulsera que llevo en el bolsillo desde el sábado de la fiesta; y en algún punto entre el tercer café y el aterrizaje en Heathrow llegué a una conclusión que no había buscado, pero que estaba ahí, sólida e inconveniente como todas las cosas que uno no busca y encuentra.

La quiero ver. No solo para hablar de la empresa y de la ilegalidad de Richard, no por los documentos ni las cláusulas ni el riesgo de mi inversión en su empresa, porque es suya. Quiero verla, darle la pulsera y decirle lo que llevo semanas sin poder porque siempre había algo o alguien en medio. Y porque aún no sé si confía en mí.

Llego a Hartfield Motors a las cuatro de la tarde, después de pasar por el hotel y descansar, con tiempo de sobra antes de la reunión con Richard, que es a las cuatro y media, y lo primero que hago es ir al taller. Porque lo primero es ella y que sepa las intenciones de mi reunión con él, muy diferentes a las que me trajeron aquí a principios de mes.

No la veo en su sitio, solo está Tom mirando al infinito, y me doy cuenta de que no hay ningún coche con el que trabajar. ¿Qué habrá pasado? Obvio la pregunta que dejo para más tarde y me centro en mi objetivo.

—¿Está Kailey? —digo tras saludar.

—Ha salido a tomar algo enfrente. —Me mira con la atención tranquila que dedica a todo—. Creo que no tardará.

—Gracias. La busco.

Me giro hacia la puerta con la intención de cruzar la calle y encontrarla en el café o donde sea que haya ido, con la pulsera en el bolsillo y lo que tengo que decirle ya bastante claro en la cabeza. Pero no llego a la puerta.

—Brennan.

Me giro al reconocer la voz de Richard, que está en el vestíbulo con el abrigo puesto y una sonrisa de anfitrión que esta tarde tiene algo de alivio; todavía no sabe que la reunión que le pedí no es para lo que él cree.

—Has llegado pronto. —Me pone una mano en el hombro y me orienta hacia el ascensor—. Sube, que tenemos mucho de lo que hablar.

Miro hacia la calle un segundo, fastidiado por la interrupción, y luego miro a Richard.

—Iba a tomar un café.

—No te preocupes; arriba nos lo sirven. Vamos, muchacho.

—Claro —claudico. Cambio de planes; después bajaré a buscar a Kailey.

El despacho de la planta de dirección eestá iluminado por la luz del atardecer británico de las cinco de la tarde, que entra de lado por los ventanales y que hoy hace que todo parezca más solemne de lo que es, o exactamente tan solemne como es, dependiendo de lo que esté a punto de ocurrir..

Richard llama a su hija antes de que yo me haya sentado, para después pedirle los cafés a su secretaria. Sharon aparece a los dos minutos, con una blusa blanca bastante escotada y una falda de tubo que marca su cuerpo, demasiado fino para mi gusto. Si su padre cree que así me va a conquistar, pierde el tiempo.

Me quito el abrigo con la mala suerte de que el estuche de la pulsera sale del bolsillo y cae al suelo antes de que yo pueda hacer nada para evitarlo, con el ruido seco y sonoro que tienen los objetos cuando aterrizan en el momento más inoportuno posible.

Richard lo ve antes de que yo me agache. Lo coge del suelo con una rapidez que no es por amabilidad, sino porque ha visto algo y quiere saber qué es. Lo abre sin preguntar.

Las esmeraldas brillan con esa luz lateral de las cinco de la tarde. La sonrisa que aparece en la cara de Richard no necesita palabras para decir lo que piensa.

—¿Qué es esto? Ya lo sé, es para una mujer muy especial, ¿me equivoco? Para la chica de tus sueños…

—Sí, algo así.

—¿Es para Sharon? —me presiona.

Sharon levanta los ojos. En su cara hay sorpresa y algo más que la sonroja con una timidez nueva para mí y que no me parece del todo involuntaria. ¿Le hace ilusión o se lo ha pedido su padre?

—No, Richard, yo… —trato de escapar de un malentendido que solo puede complicar las cosas.

—No seas tímido. —Richard saca la pulsera del estuche con la familiaridad de quien maneja lo que no es suyo como si lo fuera—. Me recuerda a una que tenía mi mujer. —La gira entre los dedos, mirándola—. Pónsela tú mismo.

Sharon extiende la mano despacio, con los ojos fijos en mí, siguiendo un guion que han escrito para ella. Parece tener mucho que perder si falla en el papel que le han asignado. En el fondo me da pena. Empiezo a pensar que no es tan arpía y que está enredada en las redes de Richard como todos los demás..

—Espera, Richard, yo… —repito, con más firmeza.
—Venga, no hay mejor momento. Acércate más, Sharon.

Richard, sin soltar la pulsera del todo, coge mi mano y la muñeca de su hija. Pone la pulsera encima y la cierra, pero le está demasiado grande. Pienso que tengo que decirle algo y que me la devuelva, pero no se me ocurre qué. Abro la boca justo en el momento en el que la puerta del despacho se abre de forma brusca.

Martin Clarke, al que solo he visto por videollamada, entra con el rostro serio y un maletín negro que levanta sin decir nada, y detrás de él aparece Kailey. Guiño un ojo al abogado porque ya sé qué hace aquí, pero ella, en cambio, me evita.

Se queda parada en el umbral. Sus ojos recorren la escena en un segundo, la mano extendida de Sharon, la pulsera en su muñeca y yo de pie con el estuche vacío, y en su cara ocurre algo que no es una sola cosa, sino varias a la vez, el shock, la confusión, y una nube cubre su mirada antes de que yo pueda leer nada en sus ojos.

—¿Qué hacéis aquí? —La voz de Richard ha cambiado de registro completamente—. ¿Quién os ha dejado pasar?
—Yo mismo —dice Martin, con la tranquilidad del abogado que no necesita permiso para estar donde está, porque tiene un as en la manga que usa como salvoconducto. Cruza el despacho, abre el maletín y saca un sobre que extiende hacia Richard—. Esto es para ti. Ve despidiéndote de este despacho.

Richard coge el sobre con una lentitud que indica que su cerebro está procesando demasiadas cosas a la vez.

Sharon ha bajado la mano, de donde ha caído la pulsera que he cogido a tiempo. Está roja hasta las orejas, con cara de acabar de entender que el guion ha cambiado y nadie la ha avisado.

Me giro hacia Kailey, que mira a Sharon y luego vuelve a mirarme, y en ese segundo veo que está a punto de un ataque de nervios que

lleva semanas acumulando y que esta tarde ha encontrado el momento más complicado posible para llegar.

Meto la mano en el bolsillo para guardar la pulsera antes de que la situación se complique más de lo que está.

Demasiado tarde.

—¿Qué haces con eso?

La voz de Kailey es rotunda y directa. Nos observa con una dureza en la mirada que me provoca un escalofrío. Una idea terrible me llega nítida y sé que acabo de complicarlo todo. Por culpa de Richard.

Kailey no se mueve. Me mira fijamente, luego mira la pulsera, y en su cara hay una mezcla de cosas que no sé ordenar, confusión, alivio, algo que podría ser emoción contenida a punto de desbordarse.

—Es tuya —digo—. Se te cayó en el Lansdowne. La recogí del suelo.

Ella tarda un momento en reaccionar. Luego da un paso hacia mí con la mano extendida, despacio, y yo le pongo la pulsera en la palma. Nuestros dedos se rozan un segundo.

—Deja que te la ponga —susurro a su oído.

Kailey me mira. Luego asiente, casi sin darse cuenta, y extiende la muñeca hacia mí.

Engancho el cierre despacio, con la concentración que merecen las cosas pequeñas que importan mucho, y cuando levanto los ojos, ella está mirándome desde muy cerca. Olvido dónde estoy, ignoro que Martin está al fondo sonriendo, que Richard sigue paralizado con el sobre en la mano y Sharon convertida en estatua. En este

pequeño gesto, con mis dedos rozando su muñeca, solo estamos los dos.

Las esmeraldas sobre su muñeca son exactamente del color de sus ojos.

—Tuya —repito.

Y los dos sabemos que no hablo solo de la pulsera.

Richard reacciona abriendo la boca y lo que sale no tiene nada que ver con la calma calculada de las últimas semanas.

—¡Esa pulsera no es para ella! —Su voz llena el despacho de una manera que hace que Diane, al otro lado de la puerta, deje de teclear—. ¡Era el regalo perfecto para comprometerte con mi hija, el gesto que lo cerraba todo! Llevaba meses planeando esto, ¿y ahora tú...? —Me señala con un dedo—. Fui a buscarte porque eres el inversor que necesito, el hombre adecuado para Sharon, para la empresa, para todo lo que he construido. ¡Todo encajaba perfectamente!

Me quedo quieto.

Y de repente, con esa claridad que llega cuando uno deja de buscarla, lo veo todo. Las cenas con Sharon siempre presente. El club privado, la fiesta, el vestido rojo. Richard colocándola a mi lado en cada conversación, en cada reunión, en cada maldito momento de las dos semanas. No era solo un padre presumiendo de su hija. Era alguien cerrando una operación en la que yo era una pieza más, igual que Hartfield Motors, igual que la casa de Cheyne Walk, igual que todo lo demás.

Nunca fui un inversor para Richard Aldwood. Fui un candidato.

—¡Y tú! —Richard se gira hacia Kailey con los ojos encendidos—. ¡Tú siempre arruinándolo todo! ¡Zorra inútil, igual que tu madre, firmando lo que no debía y metiéndose donde no la llaman!

Da un paso hacia ella con la mano extendida hacia la pulsera con clara intención de arrancársela.

Martin se interpone por un lado y yo por el otro.

—No la toques —le amenazo.

Richard nos mira a los dos con la rabia propia de quien ha perdido el control y no sabe cómo recuperarlo.

—¿Así que la mecánica es la mujer de tus sueños? Menudo imbécil. Tenía que haber sido Sharon, ¿es que no tienes ojos en la cara?

—¡Basta! —grita Sharon—. ¡Basta ya!

Su grito es de hartazgo, largo y limpio, de rabia que lleva años guardando y acaba de decidir que ya no lo aguanta más.

Todos la miramos, petrificados.

Sharon está de pie junto a la mesa con las manos apretadas a los costados, las mejillas encendidas y los ojos brillantes de ira.

—¡Para! —le dice a su padre con una voz que no le había escuchado nunca, sin la suavidad estudiada, sin el tono calibrado de joven educada en los mejores colegios de la alta sociedad—. ¡Para de una maldita vez! No quiero estar aquí. No quiero trabajar para ti. No quiero casarme con quien tú quieras, ni sonreír a quien tú me digas, ni ponerme delante de quien tú me pongas. —Respira con dificultad—. Llevo años siendo una pieza en tus planes y ya está. Se acabó.

Coge el bolso de la silla y sale por la puerta sin mirar atrás.

El despacho queda en silencio. Richard tiene la boca abierta y Martin sonríe con la actitud de quien ha visto muchas cosas y esta no le sorprende especialmente.

Cojo a Kailey de la mano. Sus dedos se cierran sobre los míos con una firmeza que no esperaba y que agradezco más de lo que puedo expresar en este momento. Su contacto me devuelve la energía que necesito.

—En ese sobre tienes todo lo que necesitas saber —le digo a Richard—. El señor Clarke te lo explicará con detalle. Nosotros nos vamos.

Salimos al pasillo corriendo para alcanzar a Sharon, que ya está dentro del ascensor, apoyada en la pared del fondo, con el bolso apretado contra el pecho y los ojos rojos. Kailey entra en el cubículo sin soltarme, se coloca frente a Sharon y la mira un momento sin decir nada, y luego hace algo que no esperaba, le pone una mano en el brazo con una suavidad que yo no habría tenido en su lugar.

—¿Estás bien?

Sharon la mira. Las lágrimas llegan entonces, de golpe, sin el control habitual.

—No —dice—. Pero creo que voy a estarlo. Lo siento mucho, Kailey.

Las puertas del ascensor se cierran y ellas se abrazan.

CAPÍTULO 19

Kailey

Londres

Las puertas del ascensor se abren en el vestíbulo y Phil levanta la vista desde el mostrador. Nos mira llegar en silencio, sin preguntar nada, porque lleva seis años en este edificio y sabe leer el ambiente mejor que nadie. Le guiño un ojo al pasar y él me devuelve una sonrisa de comprensión.

Sharon va delante, con el bolso apretado y la espalda derecha, todavía procesando lo que acaba de pasar. Brennan va a mi lado. Nuestras manos ya no están unidas, pero hay algo en la distancia entre los dos que es diferente a antes de subir, algo que tiene que ver con la pulsera en mi muñeca y con lo que dijo cuando me la puso y con todo lo que no hemos dicho todavía.

Salimos a la calle.

El aire de finales de noviembre tiene esa frialdad húmeda que ya conozco y que esta tarde, después de todo lo que ha ocurrido en la última hora, agradezco más de lo habitual.

Sharon se para en la acera. Se gira hacia mí con los ojos todavía brillantes, con una apertura en la cara que las últimas semanas habían mantenido completamente cerrada.

—Lo siento —dice—. En serio. Sé que no cambia nada, pero necesitaba decírtelo.

La miro. Pienso en los años que hemos convivido en la misma casa sin mirarnos de verdad, en el comentario del Annabel's y en el perfume caro y en todas las veces que me bloqueó el camino sin que yo entendiera si era por instrucciones de su padre o por algo suyo.

—¿Necesitas sentarte?

Sharon suelta algo que no llega a ser una risa, pero se le acerca.

—Necesito una copa.

Brennan señala con la cabeza hacia el pub de la esquina.

El Coach and Horses tiene esa atmósfera de los pubs londinenses que llevan décadas siendo exactamente lo que son, sin aspiraciones de ser otra cosa, con las mesas de madera, la luz cálida y el ruido de fondo de las conversaciones de un viernes por la tarde. Pedimos sin mirar la carta, Sharon un gin tonic, Brennan una pinta, yo un té que llega demasiado caliente pero que agradezco igualmente.

Sharon envuelve el vaso entre las dos manos y mira la mesa durante un momento antes de hablar.

—Lleva años diciéndome lo que tengo que hacer —dice—. Qué estudiar, dónde trabajar, con quién relacionarme. —Gime—. Al principio pensaba que era porque me quería proteger; perdí a mi madre siendo muy pequeña y lo admiraba. Luego entendí que me necesitaba y yo me dejé porque quería su cariño. Pero hay una diferencia enorme entre las dos cosas y tardé demasiado en verla.

No digo nada. Brennan tampoco. Los dos dejamos que hable porque es evidente que lleva tiempo sin poder hacerlo.

—Cuando se casó con tu madre y fuimos a vivir con vosotras, me sentí feliz por tener por fin una familia y a la vez me moría de celos. Y él, en vez de hacer que me acercara a ti, me enseñó a odiarte.

—¡Oh!, Sharon, siento tanto no haberme dado cuenta. Yo quería que fuéramos amigas, pero…

—No te preocupes, no es culpa tuya. Lo de esta tarde no es nuevo; Brennan, no eres el primero con el que ha querido casarme. —Me mira—. Y sé lo que te hice a ti, Kai. No directamente, pero lo hice. Ocupé espacios que eran tuyos. Me dejé utilizar para eso creyendo que me quería, pero Richard Aldwood solo se quiere a sí mismo. Mi madre, la tuya, nosotras, todas hemos sido peones para su causa.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Porque eres la única persona en esta historia que no ha tenido nunca otra opción que ser honesta. —Sharon baja los ojos a la copa —. Yo siempre tuve opciones. Simplemente no las supe ver; me equivoqué.

El pub sigue con su ruido de fondo y yo miro la pulsera en mi muñeca y pienso en mi madre firmando documentos que no debería haber firmado, y en que a veces la gente que nos rodea toma decisiones que nos afectan sin que nadie les haya preguntado si querían tomarlas.

—¿Qué vas a hacer ahora? Si necesitas algo.

Sharon levanta los ojos.

—No tengo ni la menor idea. —Algo en su cara se suaviza—. Y es la primera vez en años que eso no me aterra. Supongo que volver a casa…, a tu casa, si me dejas.

—Por supuesto.

—Y luego ir a clase.

—¿A clase?

Sharon se pone roja.

—Sí, doy clases de pintura en secreto. Nadie, ni mi padre, lo sabe. Él nunca me dejó tomarlas.

Sonrío porque eso me parece una gran noticia. Bebemos en silencio durante un momento. Brennan me mira de reojo con esa firmeza que llevo semanas aprendiendo a leer y que esta tarde dice algo que todavía no ha verbalizado en voz alta. ¿Puedo confiar en él? Todavía no sé si puedo fiarme de él del todo. Tengo que hablar con Martin; intuyo que ha sido Brennan quien le ayudó y necesito

saber por qué. Nunca más voy a estar cerca de nadie que quiera quitarme la empresa de mi padre.

Sharon deja el vaso sobre la mesa y coge el bolso.

—Me voy. —Se levanta y me mira—. Kailey, espero que todo salga bien. De verdad. —Suspira—. Y espero que él —señala a Brennan con un gesto breve— merezca la pena.

Sale sin esperar respuesta.

Brennan me mira con una sonrisa que me deshace las defensas. Ahora mismo le borraba esa sonrisa con un beso, pero me contengo. Me da miedo que su encanto tenga un objetivo que me perjudique.

Sin embargo, todo lo que lleva semanas sin tener espacio para ocurrir está ahora entre los dos, sin despachos ni reuniones, ni Richard ni Sharon ni ninguna de las capas que hemos ido acumulando desde que se presentó en el taller a ver un Jaguar que no era del año que pensaba.

—¿Estás bien? Estás pero no estás.

—Estoy bien. —Lo pienso mejor—. Estoy muy bien, en realidad. Aunque todavía no me lo creo del todo.

—Lo creerás cuando Martin Clarke empiece a mover los papeles y recuperes lo que es tuyo.

—Lo sé. —Bajo los ojos a la pulsera y luego los levanto hacia él—. Llevas días con esto en el bolsillo.

—Desde el Lansdowne.

—¿Por qué no me la mandaste? Podrías haber pedido mi dirección a Tom o enviarla a la empresa.

—Owen me la dio. —Me mira con brillo en los ojos—. Pero quería traerla yo.

El pub sigue lleno, la música de fondo es alegre y la luz es cálida y dorada. Tengo las manos alrededor de la taza de té y Brennan está al otro lado de la mesa mirándome con esa honestidad directa que desde el principio me descolocó porque no sabía qué hacer con ella.

Y todavía no lo sé. Sigo temerosa y necesito hablar con Martin, pero ahora no puedo con Brennan delante.

—¿Por qué? —quiero saber.

—Porque tenía otras cosas que decirte además de que la pulsera era tuya.

El corazón me da un vuelco que intento que no se note en la cara, y que probablemente se nota igualmente.

—Dime.

Brennan deja la pinta sobre la mesa. Se inclina ligeramente hacia delante y me mira con una prudencia que esta tarde no tiene nada de distancia, sino de alguien que ha tomado una decisión y la está ejecutando sin prisa y sin dudas.

—Desde que bajé al taller ese primer viernes y me corregiste el año del Jaguar, no he conseguido dejar de pensar en ti. —Lo dice con sencillez, sin dramatismo, constatando un hecho—. En Nueva York, en el vuelo, en el hotel, en cada reunión con Richard en la que tenía que fingir que no me importaba que nunca estuvieras cuando bajaba. —Hace una pausa y pone la mano en su pecho—. No sé lo que hay aquí, Kailey. No sé si tú sientes algo parecido o si todo esto es demasiado complicado con todo lo que ha pasado. Pero no quiero irme a Nueva York sin habértelo dicho. Me gustas mucho y no hay día que no piense en ti.

El pub sigue con su vida alrededor, completamente indiferente. Yo miro la pulsera en mi muñeca y luego lo miro a él. Pienso en Tom diciéndome que mi padre nunca resolvió nada solo cuando no tenía que hacerlo, y en Lucy diciéndome «te gusta» con esa sonrisa de niña de dieciséis años, y en la tumba de mis padres en Brompton y en la promesa que hice sin contársela a nadie.

Pienso también en los cuatro años que llevo viviendo dentro de una trampa, mirando siempre en el mismo sitio. Y en que Tom también me dijo que los problemas que parecen no tener salida casi siempre la tienen en el sitio donde uno todavía no ha mirado.

—Siento algo parecido —digo—. Desde el primer día, aunque tardé más en admitírmelo. Pero pensé que era demasiado complicado.

Brennan no dice nada. Pero algo en su cara cambia, algo que llevaba semanas detrás de su sonrisa y que ahora sale sin que haga ningún esfuerzo por retenerlo.

—¿Y lo de complicado?

—Complicado sigue siendo. —Hago una pausa—. Pero esta mañana he firmado una denuncia contra mi padrastro y luego he entrado en la empresa de mi padre a ver cómo mi abogado le entregaba el sobre. Creo que he dejado de tenerle miedo a las cosas complicadas.

Brennan alarga la mano sobre la mesa y coge la mía. Sus dedos se cierran sobre los míos con la misma firmeza con que cerraron la pulsera en mi muñeca, y hay en ese gesto algo tan sencillo y tan enorme a la vez que me cuesta sostenerlo sin que se me note demasiado en la cara.

—¿Cenas conmigo esta noche? —dice.

—Sí.

—¿Sin que haya nadie que nos interrumpa?

—Eso no te lo puedo garantizar. Esto es Londres.

Se ríe. Una risa entera, de las que no calcula, y yo pienso que es la primera vez que le escucho reírse así, sin la contención del trabajo ni el contexto de un despacho ni nada entre los dos excepto una mesa de pub, las bebidas a medias y la ciudad afuera con su lluvia y sus luces.

Y descubro, con un calor en el pecho, que me gusta mucho ese sonido.

CAPÍTULO 20

Brennan

Londres

El restaurante que elige Kailey está en Covent Garden, una tasca italiana pequeña con las mesas muy juntas y el ruido de fondo de una noche de viernes en la que todo el mundo parece haber decidido cenar aquí a la vez, y que tiene algo que los sitios grandes no tienen, esa intimidad entrañable de los locales que no caben en ninguna guía pero que la gente que los conoce no cambia por nada.

Pedimos s sin mirar demasiado la carta, pasta para los dos, una botella de vino tinto que nos recomienda el camarero y que espero que sea de fiar, acostumbrado como estoy a elegir siempre el mejor en las cenas a las que asisto. Pero hoy no es importante, no quiero impresionar a Kailey, solo conocerla mejor.

Hablamos de Nueva York primero, porque ella tiene curiosidad y yo tengo ganas de contarle más sobre mí; le hablo de la manera en que la ciudad cambia de registro según el barrio y la hora, del Upper West Side tranquilo comparado con el Midtown que nunca para, de los inviernos que son otra cosa completamente distinta a los de Londres, más secos, más fríos, con esa luz blanca de los días que nieva y la ciudad entera baja el volumen durante unas horas.

Kailey escucha con los codos sobre la mesa y la copa entre las manos, inclinada ligeramente hacia delante.

—¿La echas de menos cuando estás aquí? —pregunta.

—Nueva York siempre se echa de menos un poco. Es una ciudad que atrapa. —Hago una pausa—. Aunque Londres tiene algo que

Nueva York no tiene.

—¿Qué?

La miro.

—Ahora mismo, tú.

Se ruboriza. Lo intenta disimular bebiendo un sorbo de vino y no lo consigue, y eso me parece perfecto.

También hablamos de coches, nuestra mutua pasión. De los que han restaurado en el taller y de los que yo he visto en el garaje de mi abuelo, y en algún momento los dos nos damos cuenta de que llevamos veinte minutos discutiendo sobre si el Aston Martin DB5 o el Jaguar E-Type es el coche más importante de la historia del diseño británico, con una seriedad que la situación no requiere y que sin embargo los dos sostenemos con total convicción.

—El Jaguar —dice Kailey, con una firmeza que no admite negociación.

—El Aston Martin.

—El Jaguar tiene las líneas más puras que ha producido este país en el siglo veinte.

—El Aston Martin tiene historia, carácter, y media docena de películas que le han dado una presencia cultural que el Jaguar no tiene.

—Las películas no cuentan.

—Claro que cuentan. El diseño no existe en el vacío.

Kailey me mira con cara de estar considerando si el argumento es válido y ha decidido que no, pero que tampoco tiene intención de admitirlo todavía.

—La próxima vez que vengas al taller —dice—, te pongo delante los dos y te hago cambiar de opinión.

—Acepto el reto.

Sonríe. Y es en ese momento, con la pasta a medias, el vino y la discusión sobre coches que ninguno de los dos va a resolver esta noche, cuando suena el teléfono de Kailey.

—Es Martin Clarke. Discúlpame, tengo que cogerlo.

La veo escuchar con la copa en la mano y la espalda ligeramente erguida, procesando lo que le llega antes de reaccionar.

—El juez ha prometido una orden para que abandone mi casa para el lunes —dice, cuando cuelga—. Richard tiene el fin de semana para recoger y largarse de mi casa.

—¿Estás contenta? —pregunto.

—Supongo que sí. —Hace una pausa con la mirada perdida—. Tendría que estarlo más de lo que estoy, pero todavía no me lo creo del todo. Llevo cuatro años esperando esto y ahora que está pasando me parece que en cualquier momento alguien va a decirme que me he equivocado de historia, que solo es un sueño.

—No te has equivocado de historia.

—Lo sé. —Sonríe—. Solo necesito que pasen los días para creérmelo.

Cenamos sin prisas, con esa comodidad que tienen las conversaciones cuando ya no hay nada que fingir. Retomo el tema de los coches que mi abuelo tenía en Connecticut y que aprendí a revisar antes de aprender a conducirlos, porque es un tema neutral. Kailey escucha con atención e interés real, y cuando habla de su padre en el taller y de los primeros coches que restauraron juntos, hay algo en su voz que, más que tristeza, me transmite cariño y admiración.

—¿Cuál fue el primero que restauraste sola? —pregunto.

—Un Morris Minor del cincuenta y ocho. Tenía doce años y tardé tres semanas porque mi padre me dejaba avanzar sola y solo intervenía cuando me veía a punto de cometer un error irreparable. —Sonríe con la vista perdida—. Creo que ese es el mejor método de enseñanza que existe. Dejar que alguien se equivoque hasta donde puede equivocarse sin meter la pata de verdad.

La miro.

—Tu padre era un hombre muy inteligente.

—Lo era. —Baja los ojos al plato un momento y luego los levanta —. ¿Y el tuyo?

—El mío me enseñó a leer un balance antes que a leer un libro. —Sonrío—. Que también tiene su mérito.

Kailey se ríe. Una risa que empieza tímida y se escapa entera, sin el cálculo de quien sabe que la están mirando, y yo pienso que llevo semanas esperando escucharla así, en una mesa pequeña de un restaurante italiano de Covent Garden, sin despachos ni reuniones ni nada entre los dos.

—¿Quieres ir a casa? —le pregunto cuando salimos.

—No. Lo que menos me apetece es encontrarme con Richard. Estará hecho una furia mientras embala sus cosas.

—Lo entiendo. Ven, te invito a una copa en mi hotel.

El bar del hotel a las once de la noche tiene esa quietud de los sitios que han pasado la hora punta y se han quedado con la gente que no tiene prisa. Pedimos dos copas que no terminamos porque la conversación va tomando el espacio que habría ocupado el alcohol y, sin duda, resulta más interesante.

En algún momento, sin que ninguno de los dos lo haya decidido conscientemente, la distancia entre los dos en el sofá se ha reducido hasta casi tocarnos.

Kailey me mira con fuego en los ojos, yo bajo los míos a sus labios, me acerco y la beso con la calma de quien sabe que ya no hay nada que interrumpa esto, ninguna puerta que se abra en el momento menos oportuno, ninguna razón para parar. Sus dedos en mi nuca, la copa sobre la mesa, mis manos en su espalda y el bar del hotel que parece quedar muy lejos.

Nos separamos un momento, con el deseo a flor de piel y la respiración entrecortada. Kailey me mira con esos ojos que llevan semanas sin dejarme dormir bien.

—¿Subimos a mi suite?

—Vamos.

No nos besamos en el ascensor porque hay demasiada gente, pero precisamente por eso, quedamos tan juntos, su espalda pegada a mi torso, que puedo meter mi mano por la cinturilla de su pantalón y rozar el comienzo de su pubis mientras ella aprieta el culo contra

mi dureza. Saco la mano cuando el ascensor llega a mi piso y avanzamos entre risas, cogidos de la mano. Abro y no esperamos ni un segundo. Cierro la puerta con el pie mientras nos besamos con avidez, con las ganas que he mantenido quietas estas últimas semanas. Kailey se separa y se quita la chaqueta, yo hago lo mismo y nos desvestimos con la misma rapidez que crece nuestro deseo. Se queda con un conjunto de encaje que me hace salivar.

—Estás, no, eres preciosa.

Ella se muerde el labio para no sonreír y eso me enciende como una mecha. Nos acercamos a la cama sin dejar de besarnos, la tumbo y abandono su boca para besarle toda la piel, llego al borde del sujetador y lo rodeo con la lengua. Paso las manos por su espalda para desabrocharlo y se lo quito despacio, acariciando cada milímetro de piel hasta llegar a sus pezones, rosados y tiernos, que se ponen duros a mi contacto. Los lamo sin dejar de acariciarla por el estómago. Mi lengua sigue el recorrido que han iniciado mis dedos, hasta llegar a su pubis. Kailey lleva las manos a mi cabeza, sé que está sufriendo porque estoy a punto de llegar al clítoris que me llama húmedo y caliente. Abro un poco sus muslos con mis manos y dejo que mi lengua juegue a placer. Kailey se contonea, sé que quiere más y se lo doy. Es deliciosa, frágil y enérgica a la vez. Grita de placer mientras sube y baja las caderas frente a mí, que la agarro para poder introducirle dos dedos y seguir haciendo que baile sobre ellos hasta que explota de placer.

De pronto, cae laxa sobre la cama. Subo hasta ella, con curiosidad por saber cómo está, temeroso de que haya sido demasiado, y la encuentro con el mismo ardor en la mirada de hace un rato. Se yergue para atrapar mi boca y me besa con furia mientras baja la mano a mi sexo, lo masajea y yo estoy tan cachondo que le quito la mano porque lo que quiero es penetrarla, ahora, ya. Ella abre las piernas y de una estocada me abro paso. Le cojo las manos por encima de su cabeza y ambos iniciamos ese baile maravilloso, entre besos y mordiscos, dentro-fuera, con choque de caderas y sudor dulce, que me lleva a derramarme en ella. Sus gritos y jadeos han

sido música para mis oídos. Me tumbo sobre su cuerpo y ella ríe. La miro también con una sonrisa boba de satisfacción.

—Ha sido alucinante —me dice y la beso.

Me despierto con la luz de Londres entrando por las persianas, ese gris suave y húmedo que a estas alturas ya reconozco, y Kailey a mi lado, dormida, con el pelo extendido sobre la almohada en ese castaño que cambia con la luz y que a esta hora de la mañana tiene algo más cálido que cualquier otra.

La observo un momento sin moverme.

Hay personas que dormidas parecen otra cosa, más pequeñas, más frágiles, alejadas de lo que son cuando están despiertas. Kailey no. Kailey dormida tiene la misma presencia que Kailey despierta, con la misma honestidad que no calcula nada, y hay algo en verla así, en la cama de mi hotel de Mayfair un sábado por la mañana, que me provoca una sensación desconocida: la quiero aquí, conmigo, no solo esta mañana ni este fin de semana.Quiero despertarme a su lado cada mañana.

Llamo al servicio de habitaciones en voz baja. Kailey abre los ojos cuando llegan los platos a la salita de la suite, con lentitud porque no tiene ninguna prisa por terminar de despertar, y me mira desde la almohada con una sonrisa que llega antes de que el resto de su cara haya decidido qué expresión poner.

—Buenos días —digo.
—Hay café —dice ella, oliendo el aroma.
—Hay café, tostadas, huevos y algo que el servicio de habitaciones llama desayuno inglés completo y que tiene siete elementos de procedencia dudosa.
—Perfecto.
Desayunamos en la cama con los platos sobre las rodillas y la televisión encendida en algún canal que ninguno de los dos mira, y hay algo en ese cuadro, ella con mi camiseta y el pelo sin peinar

partiendo el pan con esa naturalidad que tiene para todo, que me resulta más íntimo que cualquier otra cosa de las últimas semanas.

En algún momento, entre el café y las tostadas, deja el plato sobre la mesita y se gira hacia mí.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Dispara.

—¿Fuiste tú? —Me mira—. Los documentos que encontró Martin. Lo de las Islas Caimán, la sociedad, todo eso. ¿Fuiste tú?

No lo niego.

—James, mi ayudante, en realidad —digo—. Yo le pedí que buscara y él encontró. Son muchas las solicitudes de inversión que llegan a la firma, así que tengo un buen equipo de investigación. No meto mi dinero en cualquier sitio.

Kailey me mira durante un momento y siento que me está haciendo una evaluación rápida para saber si le parece bien o no.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque tu padrastro nunca me dio buena espina; por eso vine. Normalmente no viajo personalmente, mando a alguien. Mi intuición no me falló.

—Vale, eso responde a una parte de la pregunta. Podrías haberte negado a la operación e irte. ¿Por qué seguiste?

—Porque lo que le hizo Richard a tu padre y a ti es un delito. Y porque tenía los medios para ayudar y no hacerlo habría sido una decisión que no podía tomar.

—¿Solo por eso?

Le sostengo la mirada.

—No. Solo por eso no. Hubo una mecánica que se me aparecía todas las noches y pensé que merecía la pena conocerla. —Sonrío—. ¿Es una estrategia tuya?

—¿Cuál?

—La de aparecerte en sueños. —Me río.

Kailey coge la almohada para darme con ella, pero se la arrebato y acabamos rodando juntos por la cama. A punto está de caerse la bandeja del desayuno; la dejo en el suelo y sigo con la pelea que

saldamos con besos. La siento encima de mí, le quito mi camiseta, y ella inicia un baile sensual jugando con mi miembro hasta que está listo para ella, y ella para mí. La cojo de las caderas y la penetro, dejándome llevar por su ritmo, lento al principio y cada vez más acelerado.

Me levanto para abrazarla y seguir ese baile frenético acompasado que culmina en un clímax que nos parte en dos.Me levanto, pongo el «No molesten» en la puerta de la habitación, y nos metemos juntos en la ducha. Disfruto enjabonándola, aliviando los roces que mis besos le han provocado en la piel y que vuelvo a besar con delicadeza. Es una diosa, un regalo que no sé si merezco.

Por la tarde salimos a comer un *brunch* tardío. Kailey me lleva a conocer su Londres particular, lejos de los circuitos turísticos, donde se respira lo británico auténtico. Creo que podría enamorarme de esta ciudad. Y de ella.

Me enseña el banco del Embankment donde se sentaba con su padre los domingos por la mañana antes de ir a correr. Me lleva a una librería de segunda mano en Charing Cross donde el dueño la conoce por el nombre y le guarda los libros de mecánica que sabe que le interesan. Después, me lleva al garage de Battersea donde su padre empezó antes de tener el taller, ahora convertido en otra cosa, con solo una placa pequeña en la pared que nadie lee.

Se queda un momento mirando la placa con las manos en los bolsillos y la lluvia fina cayendo sobre el abrigo.

—Aquí empezó todo —dice con añoranza.

—Y aquí va a volver.

—Sí. Vamos a volver.

Regresamos al hotel cuando ya ha oscurecido y la ciudad está bañada por la luz del sábado por la noche que mezcla los faroles con las ventanas encendidas. Cenamos en la habitación con la lluvia golpeando en los ventanales. Abrimos una botella de vino sin ceremonias, y hay en esa cena sin mesa y sin restaurante y sin

ningún sitio al que llegar después, algo que vale más que cualquier cosa que hayamos hecho en las últimas semanas.

Kailey me cuenta cosas que no ha contado antes, sobre su madre, sobre los años anteriores a Richard, sobre el olor del taller cuando era niña y su padre le dejaba quedarse aunque su madre dijera que no era sitio para una chica y él decía que era el mejor sitio del mundo para cualquier persona. Me habla del éxito que les vino de golpe, y cómo su padre, a pesar de enriquecerse, siguió con una vida humilde.

—«Todo esto es para vosotras», decía, y añadía que él era feliz con su taller y con nosotras felices. Era honesto y muy inteligente. Murió demasiado pronto —solloza.

La abrazo con todo el cariño que ya le tengo. Luego le cuento sobre los dos años que pasé en Londres haciendo el máster, donde conocí a Owen, y que fue cuando por primera vez entendí que el dinero y el trabajo podían ser cosas separadas si uno decidía que lo fueran.

La noche se nos va en amarnos, con una conexión que nunca creí encontrar en nadie. Hacemos el amor como dos personas que saben que hay un fin acechando en menos de veinticuatro horas, con tanta ansiedad como pena.

El domingo llega demasiado pronto cuando no quieres separarte del cuerpo que amas.

Mi vuelo sale a las dos. Kailey lo sabe y ninguno de los dos lo ha mencionado hasta que la luz de la mañana entra por las persianas y ya no hay manera de ignorar que existe.

Desayunamos con una conversación breve, quizás porque ambos estamos asumiendo que la fecha de caducidad ha llegado y, cuando me levanto a hacer la maleta, ella se queda en la cama, con la

sábana apenas tapándole medio torso, y me observa con esa mirada profunda que llevo semanas aprendiendo a leer.

—¿Volverás? —dice.

—Sí. Pronto. —Me giro hacia ella—. Hay una empresa en Londres que puede necesitar un nuevo inversor cuando Richard Aldwood salga de la ecuación.

Noto cómo cambia de expresión.

—¿Eso es un motivo profesional o personal? —se tapa.

—Las dos cosas. —Me acerco a la cama y me siento en el borde. Bajo un poco la sábana para acariciarla mientras hablo; quiero retener cada centímetro de su cuerpo en mi retina y en mis dedos—. Y ya sé que eso es complicado.

—Ya te dije que he dejado de tenerle miedo a las cosas complicadas. —Sus pezones se han erguido a mi contacto. Sonrío y la beso en el cuello, en el hombro y en los senos. Ella me separa para que siga hablando.

—Ahora en serio, esto no termina aquí. El proceso legal va a necesitar que vuelva. Hartfield Motors también. —Hago una pausa para besarla de nuevo—. Y hay razones que no tienen nada que ver con ninguna de las dos cosas.

—Lo sé. Necesitaré que estés conmigo cuando eso ocurra. ¿Me lo prometes?

—Lo prometo.

La beso en la boca. Ella me devuelve el beso con esa honestidad directa que tiene para todo, sin calcular nada, y cuando nos separamos hay en su cara algo que no necesita palabras y que yo tampoco voy a pronunciar esta mañana, porque hay cosas que necesitan espacio para crecer antes de nombrarse.

—Venga, vas a llegar tarde y aún no te has vestido.

—Necesito una ducha —le digo, cogiéndola de la mano para llevarla conmigo al baño.

La ducha del hotel es amplia. El agua cae sobre nuestras cabezas mientras nos acariciamos con jabón en las manos. Kai se apoya en la

pared, con las piernas abiertas para recibirme, la aupo cogiéndola de las caderas y nos besamos entre estocadas. Ella gime contra mi boca, ávida y tremendamente sexi, inclina la cabeza hacia atrás con un grito desgarrador cuando alcanza un orgasmo al que le sigo quebrándome la voz.

El taxi llega a las doce y media. Kailey baja conmigo al vestíbulo con el abrigo puesto y el pelo recogido. En la puerta del hotel me giro hacia ella.

—Kailey.

—¿Qué?

—Deja que Tom te cuide mientras no estoy.

—Tom siempre me cuida.

—Ya lo sé. —Hago una pausa—. Yo también quiero hacerlo, Kai. Quiero cuidarte y despertarme contigo cada día.

Ella me mira durante un momento largo, con los ojos de ese color que tardé semanas en definir y que ya no necesito hacerlo porque simplemente lo reconozco.

—Vuelve pronto —dice.

Nos abrazamos y despedimos con un beso que guardaré en mi memoria cada día hasta que pueda besarla de nuevo.

El taxi arranca. Kailey sigue en la puerta a pesar de la lluvia, y la pulsera en la muñeca brilla un segundo cuando levanta la mano para despedirse. Me quedo mirando hasta que dobla la esquina y desaparece. Luego miro hacia delante, hacia la vida que se me abre con el corazón lleno por la mujer que habita mis sueños. Ya la echo de menos.

CAPÍTULO 21

Kailey

Londres

El lunes llega la orden judicial a las diez de la mañana, cuando llevo un par de horas en el taller y sin haber visto a Richard y Sharon en todo el fin de semana.

Martin me ha llamado antes de que yo haya terminado el café para decirme que está entregada, que es definitiva y que Richard tiene hasta las seis de la tarde para recoger sus cosas y abandonar la empresa. No puede tocar nada hasta que se desarrolle el juicio y haya una sentencia Cuelgo y me quedo un momento sentada en mi mesa con el móvil en la mano y el corazón acelerado, sin saber muy bien si lo que siento es alivio o miedo o las dos cosas a la vez, porque llevar cuatro años esperando algo no significa que una sepa qué hacer cuando, por fin, ocurre.

Llamo a Tom.

—Ya lo sé —dice, antes de que yo abra la boca—. Andrew acaba de decírmelo. ¿Estás bien?

—Estoy nerviosa.

—Es normal. ¿Quieres que suba contigo?

—No. Esto tengo que hacerlo sola.

Subo a la planta de dirección por primera vez sin que nadie me haya llamado, con la tarjeta nueva que Andrew me dio al llegar esta mañana y que abre todas las puertas que llevan cuatro años cerradas para mí. El pasillo está en silencio. Diane me mira desde su mesa sin que yo intente comprender su expresión, porque esta

mañana no tengo energía para eso. Ya hablaré con ella cuando pueda tomar posesión de mi puesto; entiendo que ella tema por el suyo.

La puerta del despacho de mi padre está cerrada, y la abro sin llamar.

Richard está de pie junto a la ventana con el abrigo puesto y la orden de desalojo sobre la mesa de caoba. Me mira cuando entro con la misma expresión desafiante que lleva años usando y que esta mañana tiene una grieta visible, pequeña pero evidente.

Me acerco a la mesa y pongo las manos sobre la madera, sobre esa superficie que mi padre eligió en una subasta en Edimburgo y que lleva su historia dentro, aunque Richard no lo sepa o no le importe.

—Tienes hasta las seis —confirmo.

—Me voy de la casa y de aquí porque no quiero líos con la justicia, pero no estoy de acuerdo. Prepárate porque en el juicio veremos quién se queda con todo. Esto no ha terminado, niñata.

Sale hecho una furia sin ni siquiera despedirse. Me quedo sola en el despacho con la mesa, las ventanas y el silencio, y pienso en mi padre aquí dentro, con los manuales abiertos y el café siempre frío porque se olvidaba de beberlo cuando se entusiasmaba con algo, y en que esta habitación va a volver a oler como antes, aunque tarde un tiempo en hacerlo.

George Palmer asoma la cabeza por la puerta diez minutos después.

—Bienvenida a casa —dice.

Y eso es lo que me rompe, esas tres palabras dichas por un hombre que lleva veintidós años en esta empresa y que las dice con una sencillez que no necesita ningún adorno.

Me tapo la boca con la mano para que no se note demasiado, aunque no lo consigo.

—Todavía es pronto para decirlo, aún no tenemos la sentencia —sollozo—. Solo hemos dado el primer paso.

La angustia no desaparece cuando Richard se va de la casa familiar.

Eso es lo que no había calculado, que el alivio y el miedo podían coexistir sin que ninguno de los dos ceda terreno al otro. El proceso legal ha empezado, pero está lejos de terminar; hay abogados y juzgados, plazos y documentos que firmar y decisiones que tomar sobre la empresa, sobre la casa y sobre todo lo demás, y hay días en que me levanto con la certeza de que algo va a salir mal, aunque no sepa exactamente qué.

Lucy lo nota en una de las cenas en las que me acompaña, como la mejor amiga que es.

—Cuéntame —dice.

—Estoy bien.

—Kailey.

Suspiro.

—Estoy bien con lo de Richard. El proceso avanza, ya lo sabes, y Martin dice que va bien.

—¿Es por Brennan? —Lucy deja el tenedor en el plato y me mira

—¿Qué pasa con Brennan?

—Kai, sé que es importante para ti y que está demasiado lejos. ¿Es eso?

—¡Uf! —me dejo caer sobre el respaldo. Toca confesar lo que me trastoca por dentro—. El fin de semana con él estuvo muy bien. Demasiado bien, quizá. —Muevo el vino en la copa—. Pero es que no sé qué quiere de verdad. No sé si le mueve algo de la empresa, una jugada que no veo todavía, o si es todo mucho más sencillo de lo que parece.

—¿Y qué parece según tú?

—Alguien para quien no soy una pieza más sobre el tablero, que no quiere utilizarme por el dinero de mi familia, ya sabes, como lo que ha habido antes. Alguien que tiene su propio dinero, su propia empresa, su propia vida en Nueva York y no me necesita. Con la de

mujeres que debe haber allí, ¿por qué yo? ¿Por qué bajó al taller sin que nadie se lo pidiera y encontró los documentos que Martin llevaba años buscando? ¿Todo eso sin pedirme nada a cambio o quiere algo de mí que soy incapaz de ver? Todo eso ronda mi cabeza sin parar, Lucy. Me gusta, claro que me gusta, pero es complicado.

—Yo creo que lo único que le mueve eres tú, Kai. ¿No puedes pensar que se haya enamorado?

—¿Tú crees? —Bajo los ojos a la copa—. He vivido mucho tiempo rodeada de personas que hacían las cosas por razones que yo no veía hasta que era demasiado tarde. Richard llevaba años siendo encantador con mi madre. Jamie Ashford era encantador conmigo. —Inhalo a la vez que veo mi reflejo en la copa—. Brennan es encantador. Y ya no sé distinguir cuándo el encanto es natural o cuándo es por estrategia.

Lucy me mira durante un momento largo.

—¿Le has preguntado a Martin?

—Sí.

—¿Y qué dice él?

—Cuando Richard contactó con Cole Capital, Martin lo investigó todo. Sus finanzas, su historial de inversiones, sus procesos legales anteriores, y todo eso. Dice que está limpio. La empresa la fundó su padre y va muy bien, no necesita ninguna jugada externa para sostener sus cuentas. Ha invertido en empresas en dificultades antes, siempre con transparencia, siempre con resultados que beneficiaron a ambas partes. Al menos en apariencia, claro.

—¿Y su interés en Hartfield Motors?

—Según Martin, el interés en Hartfield Motors es secundario, sobre todo porque fue Richard quien lo llamó a él, no al revés. —Me mira—. También me dijo que hay personas que hacen las cosas por razones que no tienen que ver con el negocio. A su edad uno aprende a reconocer esas cosas; eso dijo pero no sé a qué se refería.

—¿No será lo mismo que he dicho yo?

—¿Qué quieres decir?

—Que la razón eres tú.

—No quiero aferrarme a eso sin estar segura. Me da miedo lanzarme a una relación con él que acabe en un nuevo desastre para mí.

—Cariño, ya sabes que quien no arriesga, no gana. Pero te entiendo; no puedes volver a perder.

Las semanas que siguen tienen una cadencia nueva, diferente a todo lo anterior. Los días en Hartfield Motors son largos y llenos de decisiones que nunca había podido tomar, reuniones con George y con Tom y con los clientes que van volviendo uno a uno cuando la noticia se extiende por los círculos adecuados, y eso que la justicia todavía no ha hablado. Charles Whitmore llama y hablamos durante cuarenta minutos sobre proyectos que tenía pendientes con mi padre y que quiere retomar conmigo. A todos les digo lo mismo, que aún no soy legalmente la dueña hasta que los tribunales no dicten sentencia, pero solo saber que tengo posibilidades y que todos ellos confían en mí me anima a luchar hasta el último aliento.

Las noches son de Brennan. No todas, pero sí con una regularidad que se va instalando sin que ninguno de los dos lo haya propuesto formalmente. Una videollamada que empieza hablando de la empresa y acaba convirtiéndose en algo más íntimo, o los mensajes que intercambiamos a medianoche.

Una de esas noches Brennan me mira por la pantalla.

—Te echo de menos —dice—. No sé cómo decirlo de otra manera.

—No hace falta que lo digas de otra manera.

—¿Y tú?

Lo pienso. Pienso en Lucy diciéndome «es el amor» con la misma sonrisa de cuando tenía dieciséis años, y en Martin sonriendo antes de decirme «hay más razones que los negocios», y en cuatro años mirando siempre en el mismo sitio sin encontrar la salida.

—Sí —digo—. Yo también.

Brennan no dice nada, pero en su cara hay algo que ya sé leer, algo que lleva semanas saliendo despacio desde detrás de esa

prudencia, y que esta noche, con la pantalla entre los dos y el Atlántico de por medio, es perfectamente visible.

La fecha del juicio llega por fin.

Martin me llama la noche anterior para repasar los detalles, para decirme que estemos allí a las nueve, que lleve los documentos que me pidió.

—¿A qué hora llega Brennan?

—Mañana por la mañana, temprano —contesto—. No ha podido coger un vuelo antes.

Cuelgo. Me quedo sentada en el borde de la cama, en mi habitación, en mi casa, con la pulsera en la muñeca y la fotografía de mis padres en la mesita de noche y el silencio de una casa que vuelve a oler como a mí me gusta. He cambiado muebles y me han presupuestado una pequeña reforma que me haga olvidar a Richard. Solo lamento que Sharon no lo esté pasando bien.

Estoy muy nerviosa, por el juicio y por volver a ver a Brennan. Tenemos que hablar y decidir qué pasa con nosotros.

CAPÍTULO 22

Brennan

Londres

El avión aterriza con cuarenta minutos de retraso.

Owen me espera en la terminal de llegadas con cara de no haber dormido bien pero sin prisa por nada, que es exactamente lo contrario de mi estado actual después de siete horas de vuelo con el jet lag instalado y el juicio empezando en una hora.

—¿Cómo estás? —me saluda, tendiéndome la mano antes de darme un abrazo.

—Estoy. —Encojo los hombros antes de coger la maleta.

—Eso es algo.

El tráfico de la mañana nos roba veinte minutos más. Llego al juzgado a las nueve y cuarto con la corbata torcida, que Owen me endereza en el taxi, y la cabeza más despejada de lo que debería estar dado el estado de mi cuerpo.

Entramos por la puerta principal y el vestíbulo tiene ese silencio institucional de los edificios donde las cosas se deciden de verdad, con moqueta gris, columnas y gente moviéndose con mucha seriedad y eficiencia contenida.

La busco con la mirada antes de hacer nada más.

Está al fondo del pasillo junto a Martin, con un traje de chaqueta azul marino, falda estrecha y camisa blanca, con el pelo recogido y postura concentrada, que seguro que también esconde la tensión normal de quien lleva semanas preparándose para este momento.

La veo antes de que ella me vea a mí.

Y pienso, no por primera vez, que es la persona más extraordinaria que he conocido en mucho tiempo. Una mujer que no ha salido corriendo cuando podría haberlo hecho, que no se ha rendido cuando cualquier otra persona lo habría considerado razonable, ni ha dado nada por perdido. Admiro que haya sido fiel a su padre y a sus principios, con una dignidad que no pedía que nadie la reconociera, en la casa familiar y en el taller al que fue recluida, a pesar de que la ignoraban, sin perder la calma ni la claridad ni su manera de mirar las cosas de frente, que no he encontrado en muchas personas a lo largo de mi vida.

Levanta la cabeza y me ve observándola. Algo en su expresión cambia, casi imperceptible para el resto, pero no para mí, se sonroja y a mí se me calienta el corazón. No veo el momento de poder estar con ella a solas.

Owen me da un codazo.
—Anda —dice, en voz baja.

El juicio se alarga todo el día con esa cadencia lenta y precisa de los procesos legales que no admiten atajos. Martin expone, los abogados de Richard replican, el juez escucha impasible. Yo tomo notas en una libreta que no necesito, pero que me da algo que hacer con las manos mientras el jet lag trabaja en silencio contra mi capacidad de concentración. Owen se sienta a mi lado para transmitirme tranquilidad.

Kailey está en la mesa de la parte demandante, de espaldas a mí la mayor parte del tiempo, y hay momentos en que me pregunto si nota que la estoy mirando aunque no pueda verme.

El descanso del mediodía llega a la una y cuarto.

La gente se levanta, los abogados recogen papeles, el murmullo vuelve al pasillo. Kailey habla con Martin durante un momento y

luego se gira y me busca con la mirada y, cuando me encuentra, su sonrisa ancha es la señal que necesito para acercarme. Ha llegado mi momento en uno de los días más importantes de su vida.

Le doy un beso en la mejilla, discreto, porque estamos en el pasillo del juzgado y hay gente alrededor y no sé muy bien qué protocolo corresponde a este momento ni lo que somos, pero necesitaba tocarla aunque fuera así de poco.

—Has venido —dice.

—Con retraso, lo siento.

—Lo importante es que estás. Gracias.

Me mira un momento con esos ojos que llevan semanas siendo lo primero que veo cuando cierro los ojos en el ático de Nueva York, y yo pienso que tengo el jet lag encima y que llevo diecisiete horas despierto y que aun así esto es lo mejor que me ha pasado en el día.

—Esta noche —digo—. ¿Cenamos?

—En mi casa, si quieres. —Me mira con brillo en los ojos—. Tenemos que hablar.

—Sí —confirmo—. Tenemos que hablar.

Sharon aparece en el pasillo antes de que volvamos a entrar, con un pantalón negro que le sienta muy bien y una chaqueta sencilla que no tiene nada que ver con los vestidos del Lansdowne ni con la blusa estudiada de las reuniones de Richard. Está diferente. Más relajada, aunque no sé si esa es la palabra correcta para quien ha visto cómo su vida ha cambiado de un día para otro.

—Hola —le dice a Kailey, con cautela.

—Hola. —Kailey la mira un momento y luego señala hacia donde está Owen—. Te presento a Owen Mackenzie, amigo de Brennan.

Owen le estrecha la mano.

—Nos hemos visto en eventos, ¿verdad?

—Sí —contesta Owen—, nos conocemos de vista. Encantado.

—¿Cómo estás? —pregunta Kailey a Sharon.

—Mejor de lo que esperaba. —Sharon mira el suelo un segundo—. Por primera vez en mi vida sé lo que es ser libre. Me he alquilado un

piso en Notting Hill. Pequeño, pero mío. Y estoy buscando trabajo.

—Si necesitas una carta de recomendación, pídemela. La haré encantada.

Sharon levanta la mirada. Hay en su cara algo que no es solo gratitud, sino sorpresa. Probablemente era lo último que podía esperar de Kailey.

—Gracias —dice—. En serio.

Owen la mira con atención y un punto de curiosidad reservada para las personas que le parecen interesantes. Luego le preguntaré si ya no ve a la mujer estirada y vacía de la que me habló.

La tarde en el juzgado se me hace más larga que la mañana.

Owen se va a las cuatro con un mensaje que dice: «me aburro y tengo una obra en Brixton, suerte». Sharon se despide antes de las cinco, aprovechando un receso, con un abrazo breve a Kailey que las dos sostienen un segundo más de lo que ninguna hubiera esperado.

A las seis y media, el juez levanta la sesión hasta el día siguiente.

Richard sale con su abogado por la puerta lateral, demacrado, con esa cara desafiante que lleva años siendo su única respuesta cuando las cosas no van como planeaba. Kailey no le mira. No porque lo evite sino porque ya no lo necesita, y esa diferencia, aunque pequeña, es importante porque ya no se deja amedrentar por él. Mi chica es muy valiente y siento una oleada de orgullo en mi pecho.

La abrazo en el pasillo. Ella apoya la cabeza en mi hombro un momento, solo un momento, con ese peso del agotamiento real, y yo la sujeto con la certeza de que aquí es exactamente donde quiero estar, aunque tenga el jet lag encima y mañana tenga que volver para declarar.

—Vámonos —dice.

La casa de Cheyne Walk sin Richard tiene otra vibración. No solo porque hayan cambiado algunos muebles y se haya llenado del olor a flores frescas en el recibidor, sino porque hay una quietud en el

ambiente que no tenía antes, según me cuenta Kay, la quietud de un espacio que ha vuelto a pertenecerle a quien debía.

Me quedo en el recibidor mirando la escalera y las molduras del techo, los suelos de madera y los ventanales al jardín.

—Es preciosa —afirmo.

—Era de mis abuelos. —Kailey cuelga el abrigo—. Mi padre creció aquí. Aunque entonces era más pequeña. La ampliaron cuando a mi padre le empezó a ir bien en la empresa. Yo tendría dos o tres años. Y ahora quiero hacer algunos arreglos para que no me recuerde a los últimos años.

—Me parece una gran idea.

—Por cierto, hay que pedir comida, no tengo nada hecho ni ganas de cocinar.

—Perfecto. Lo único que me interesa es la compañía. —Sonrío—. ¿Qué te apetece?

—Toma —me tiende su móvil con una aplicación de comida a domicilio abierta—, elige tú.

Después de hacer el pedido, bajamos a la bodega a buscar el vino mientras esperamos la cena, y ahí, entre las botellas, Kailey coge una sin vacilar, un Barolo del noventa y siete con una etiqueta que no necesita presentación.

—Richard tenía buen gusto en vinos —digo, mirando la botella.

—En vinos y en poco más. —Sonríe—. Aunque hay que reconocerlo.

Nos miramos. Nos reímos. Y hay en esa risa compartida algo que relaja lo que el día entero ha mantenido tenso.

Cenamos en la cocina con la comida en los envases y el Barolo en copas grandes, porque Kailey dice que el vino bueno merece copas buenas aunque la cena sea tailandesa, y eso me parece una filosofía perfectamente sólida.

Hablamos de todo y de nada, de cómo ha sido el proceso estas semanas, de Tom y de George y de los clientes que han vuelto, de lo que viene ahora que el juicio está en marcha. Y en algún momento,

sin que ninguno de los dos lo haya decidido, la conversación deja de ser sobre la empresa y empieza a ser sobre otras cosas, más cotidianas y más importantes a la vez.

La miro tras acabar la segunda copa de vino. Me acerco a ella.

—Tengo muchas ganas de ti —susurro a su oído y noto de inmediato un escalofrío en su cuerpo. Le cojo la cara entre mis manos y la beso con intensidad. Todo lo que deseo es sentirla entera, estar dentro de ella, tenerla en mi vida. La claridad con la que me llega esa idea no me asusta; más bien me hace feliz.

La blusa blanca cae al suelo, seguida del sujetador, y yo no pierdo detalle de cada centímetro de su cuerpo, que es lo más bello que he visto jamás. La acaricio despacio y cada poro de su piel reacciona a mi contacto, despertando al placer. Su rubor es una promesa para mí. Kai me desabrocha la camisa y acaricia el vello de mi pecho, me besa mientras bajo la cremallera de su falda y recorro el borde de su ropa interior con los dedos. Gime cuando exploro la humedad de su interior. La masturbo con ella agarrada a mis hombros, y mi mano ávida de ella. Mis dedos hábiles le provocan un orgasmo. Kai ahoga un grito de placer en mis labios, en un beso que profundizo, mientras la aprieto contra mí.

—Dios, cómo te he echado de menos.

Ella se apoya en mi hombro, la cargo y salgo de la cocina.

—¿Dónde está tu dormitorio?

Ella se ríe y lo señala. Dos pisos hay que subir. Eso no me lo esperaba, pero la deseo tanto que no me importa.

En la habitación, la dejo sobre la cama, ella se quita la única prenda que le quedaba y yo hago lo mismo con el pantalón y el bóxer. Mi dureza la saluda y ella sonríe. Me siento en la cama con ella a horcajadas sobre mí, nos besamos con nuestros sexos rozándose, llamándose uno al otro. Tiro un poco de ella hacia mí para penetrarla, nuestras caderas chocan y con cada movimiento el placer se intensifica, jadeamos, nos besamos de forma errática

abducidos por esa fricción que ambos disfrutamos. Mis manos sobre sus caderas, las suyas sobre mis hombros, y nuestros cuerpos que se juntan y separan a un ritmo acelerado. Kai se arquea con un jadeo mayor y mi orgasmo encuentra el suyo casi al instante. Ella tiembla y yo la abrazo. Caemos en la cama, todavía unidos, antes de que salga de ella. Y la vuelvo a abrazar.

Me despierto con la luz de Londres entrando por las ventanas de su habitación. Observo la luz, que siento diferente, más íntima, con los objetos alrededor de la cama, la fotografía de sus padres en la mesita, los libros apilados, la chaqueta del traje de ayer sobre la silla.

Kailey está despierta, mirando el techo.

—Buenos días. ¿Estás bien?

—Hola. —Me mira y me besa en el hombro—. Muy bien. ¿Sabes qué hora es? Tienes que declarar en dos horas.

—Lo sé.

—¿Quieres desayunar?

—Quiero las dos cosas.

Sonríe. La beso antes de que se levante, se pone una camiseta amplia y yo saco un pantalón de pijama de mi maleta, porque no llegué a ir al hotel, y la sigo a la cocina.

—He pensado en ti cada día desde que me fui —le confieso mientras sirve el café y yo pongo mermelada en las tostadas.

Kailey levanta los ojos.

—Yo también he pensado en ti.

—Entonces. —Dejo el cuchillo—. Kailey, me gustas mucho, me gustaría que nos viéramos más. No sé exactamente cómo, hay un océano de por medio y los dos tenemos nuestras vidas, pero quiero intentarlo.

Kailey me mira durante un momento largo. Luego mira la taza como si en el líquido oscuro fuera a encontrar la palabra que define sus sentimientos, y vuelve a mirarme.

—A mí también me gustaría. Pero, Brennan, son muchos cambios a la vez. El juicio, la empresa, la casa, todo esto que está pasando. Necesito que las cosas se asienten antes de tomar más decisiones. Todo esto me provoca una confusión que no sé dónde colocar lo que siento ahora mismo. .

—Lo entiendo.

—¿Sí? ¿Estás seguro?

—Sí. —Aunque no es cierto, aunque haya algo en mí que no entiende por qué duda cuando yo ya no dudo, aunque quisiera preguntarle qué es exactamente lo que la frena y no sea el momento de preguntarlo—. Lo vamos viendo.

Kailey asiente. Me mira con una expresión que no termino de descifrar, algo que está ahí pero que todavía no ha decidido mostrar, y yo me quedo con eso, con la pregunta sin respuesta y el café en la mano y el juicio en dos horas..

Salimos juntos a la calle una hora después, camino del juzgado.

La lluvia cae sobre Cheyne Walk con esa constancia que ya no me sorprende, y caminamos hacia el taxi con la distancia justa entre los dos, no la del principio, no la del pub ni el taller ni el Lansdowne, sino una distancia nueva que todavía no tiene nombre, pero que reconozco como el espacio donde ocurren las cosas que importan.

CAPÍTULO 23

Kailey

Londres

El segundo día de juicio empieza con una claridad que el primero no tenía. No sé si es porque ya conozco el ritmo, la cadencia lenta y precisa de los turnos de palabra y las pausas del juez, o si es porque esta mañana he desayunado en mi cocina con Brennan y eso ha puesto las cosas en un orden diferente al que tenían ayer.

Brennan declara a las once. Se levanta de la silla con una calma que ya conozco, se coloca frente al estrado y responde a las primeras preguntas del abogado de Richard con economía de palabras, sin adornos, sin dramatismo, con la claridad de alguien que dice lo que sabe porque es lo que tiene que hacer.

Martin Clarke le pregunta cómo llegó a Hartfield Motors.

—Richard Aldwood contactó con Cole Capital hace aproximadamente cuatro meses —dice Brennan—. La propuesta era una alianza estratégica. Inversión externa a cambio de participación en la estructura de distribución.

—¿Y qué hizo usted al recibir esa propuesta?

—Lo que hago siempre. Investigar la empresa antes de tomar ninguna decisión.

—¿Y qué encontró?

Brennan hace una pausa breve, eligiendo las palabras con cuidado.

—Encontré que los números que nos facilitaron no cuadraban con la historia que nos había dado de la empresa. Hay negocios que crecen de manera orgánica y negocios que se construyen de otra

manera. Hartfield Motors tenía la estructura de un negocio construido por alguien que sabía lo que hacía, con una reputación ganada proyecto a proyecto durante veinte años. Pero la estructura de propiedad actual no reflejaba esa historia. Reflejaba otra cosa.

—¿Puede ser más concreto?

—Una sociedad constituida en las Islas Caimán dieciséis meses antes de que Richard Aldwood se casara con la viuda del fundador. Una participación minoritaria cedida a esa sociedad antes de que existiera ninguna razón legal para poder hacerlo. Una cláusula testamentaria enterrada en un anexo que solo alguien que la hubiera puesto ahí sabría dónde buscar. Lo tienen todo documentado.

El abogado de Richard levanta la mano para objetar. El juez lo anota y le indica a Brennan que continúe.

—Ante eso, ¿qué decidió hacer?

—Ponerme en contacto con el abogado de la heredera legítima.

Me quedo muy quieta.

Brennan no me está mirando en este momento, tiene los ojos en el juez, pero hay algo en esa última frase, en la manera en que ha dicho la heredera legítima sin inflexión ni drama, como un hecho establecido que no requiere discusión, que me produce un nudo en el estómago.

Martin hace más preguntas. Brennan responde. El abogado de Richard contraataca. Brennan no se mueve. No eleva la voz, no pierde el hilo, no da un centímetro que no haya decidido dar.

En algún momento de la declaración me mira.

Solo un segundo, brevísimo, antes de volver al juez. Pero en ese segundo hay todo lo que no hemos dicho todavía y todo lo que hemos dicho ya, y yo lo sostengo con el corazón acelerado y la espalda recta y la cara lo más seria que puedo mantenerla.

A las cuatro de la tarde el juez levanta la sesión.

—El juicio queda visto para sentencia —dice Martin, a mi lado, con una voz más suave, más cercana al alivio que a la satisfacción profesional—. Pinta bien, Kailey. Mejor de lo que esperaba.

—¿Cuánto tiempo?

—Unas semanas; no creo que demore mucho. —Me mira—. Tu padre estaría muy orgulloso de ti.

Me aprieto los labios para no decir nada que no quiero decir en la sala de un juzgado lleno de gente, y asiento con la cabeza.

Saco el móvil y veo que Tom me ha mandado un mensaje: *¿Cómo ha ido?*

Le escribo: *Bien. Muy bien.*

Contesta con un solo emoji de pulgar arriba que en Tom equivale a una ovación de pie.

Fuera todos nos esperan, sonrientes.

—¿Lo celebramos? —propone Brennan.

—Todavía no hay nada que celebrar.

—Yo creo que sí —interviene Owen—. Vamos a cenar. ¿Te vienes? —le dice a Lucy.

—Sí, vamos.

—¿Vienes, Martin?

El abogado declina la cena con amabilidad, diciéndonos que tiene setenta años y que los juzgados le agotan más de lo que admite en público. Lucy ya está esperando fuera con el abrigo y una sonrisa que indica que lleva un rato pendiente de cómo salíamos.

Brennan y Owen se ponen en movimiento en el momento en que veo a Sharon junto a las columnas de la entrada, con el bolso apretado y la actitud de quien no sabe muy bien qué debe hacer. La miro y pienso en la cocina de Cheyne Walk y en los años que vivimos en la misma casa sin mirarnos de verdad, y en el abrazo del día anterior en el pasillo del juzgado que duró un segundo más de lo esperado.

—Sharon —digo.

Se gira.

—Vamos a cenar. ¿Vienes con nosotros?

Abre la boca sin encontrar las palabras. En su cara reconozco la misma sorpresa que cuando le ofrecí la carta de recomendación; está claro que no esperaba esta actitud por mi parte, pero yo sé que ella no es la culpable. Mientras no se demuestre lo contrario, creo que es una víctima más.

—Me encantaría.

—Y a mí.

Brennan me mira de reojo con un gesto de orgullo que no necesito que me explique.

El bar que elige Lucy está en el Soho, en una calle lateral con adoquines donde el ruido de la noche ya ha empezado, aunque todavía no sean ni las seis. Nos instalamos en una mesa larga con las copas y los abrigos apilados en la silla de la esquina y ese alivio tenso de los grupos que han pasado por algo juntos y han llegado al otro lado.

Lucy pide la primera ronda, y cuando los vasos llegan, levanta el suyo hacia el centro de la mesa.

—Por Kailey y Edward Hartford —dice.

Todos bebemos y reímos. Mientras el camarero sirve la cena, observo a todos a mi alrededor.

Sharon está sentada al lado de Owen, con la copa entre las manos y actitud de estar todavía calibrando cuánto espacio ocupa en esta situación. Owen le pregunta algo en voz baja, ella responde, y en los diez minutos siguientes los dos están enfrascados en una conversación con una energía diferente a la que Sharon tenía en las reuniones de Hartfield Motors, más suelta, más real.

Lucy se encuentra a un amigo en la barra, alguien que estudió con ella. Los dos se alejan a ponerse al día con las copas en la mano.

Me quedo con Brennan. Hay algo en ese quedarse solos en medio de un bar lleno que es diferente a la intimidad del hotel o de la casa,

más expuesto y a la vez más cómodo, como si no necesitáramos ningún escenario especial para que esto funcionara.

—¿Cómo estás? —dice.

—No lo sé todavía. —Es la respuesta más honesta que tengo—. Pregúntame dentro de unos días, cuando aterrice.

—Lo haré.

Bebemos. Owen le dice algo a Sharon que le provoca una risa natural, que no se parece en nada a la sonrisa calculada que le he visto durante años, y Lucy desde la barra me mira con una ceja levantada, señalando en esa dirección con discreción.

—¿Sabes que Owen no ha tenido pareja en dos años? —dice Brennan, siguiendo mi mirada.

—Y Sharon tampoco, que yo sepa.

—Interesante.

—Mucho.

Nos miramos y nos reímos, los dos, con esa complicidad de los que comparten una observación sin necesitar explicarla, y yo pienso que esto, exactamente esto, es lo que Lucy lleva semanas intentando decirme con otras palabras.

Brennan deja la copa sobre la mesa y se gira hacia mí.

—Kailey.

—¿Qué?

—En dos semanas es Navidad.

Lo miro.

—Lo sé.

—¿Tienes planes?

—No la he celebrado en los últimos años, la verdad, salvo alguna cena con la familia de Lucy.

—Me gustaría que vinieras a Nueva York. —Lo dice sin rodeos, mirándome de frente—. La ciudad es especial en estas fechas. Quiero que conozcas a mi familia. Quiero enseñarte la ciudad, el garaje de mi abuelo en Connecticut donde están los coches. Quiero que veas dónde vivo.

Me quedo un momento con eso.

Nueva York en Navidad. Su familia. El garaje de Connecticut. Todo eso implica un paso concreto en una dirección concreta, sin ambigüedad, sin la comodidad de dejarlo en algo indefinido.

—Es mucho.

—Lo sé. —No se aparta de mí—. Pero llevamos tiempo dando vueltas alrededor de lo mismo sin llegar a ningún sitio, y yo ya sé lo que quiero. La pregunta es si tú también lo sabes.

Le miro. Pienso en las videollamadas de medianoche y en el desayuno de esta mañana en mi cocina y en la declaración de hoy en el juzgado, en la manera en que dijo la heredera legítima como un hecho que no necesita discutirse. Pienso en Lucy advirtiéndome de que quien no arriesga no gana y en Tom diciéndome que los problemas tienen la salida en el sitio donde uno todavía no ha buscado. Pero, sobre todo, recuerdo cómo se miraban mis padres y que siempre he querido eso para mí. ¿Cómo me mira Brennan?

—Dame unos días —digo.

Brennan asiente. No con resignación, sino con la paciencia de alguien que ha decidido que puede esperar porque sabe lo que quiere.

—Los días que necesites —concede.

Owen y Sharon se ríen de algo al otro lado de la mesa. Lucy vuelve desde la barra con otra ronda y una sonrisa que dice que ha visto más de lo que fingiría haber visto. La ciudad sigue afuera con su ruido y su lluvia de diciembre, y yo estoy aquí, en este bar de Soho, con la copa en la mano y la sentencia pendiente y Brennan a mi lado, y pienso que hay cosas que uno sabe antes de decidirlas..

Solo necesita un poco más de tiempo para decirlas en voz alta.

CAPÍTULO 24

Brennan

Nueva York

El vuelo de Londres aterriza con puntualidad un martes por la tarde, lo cual en el JFK en diciembre es casi un milagro.

Estoy en la terminal de llegadas con las manos en los bolsillos y esa impaciencia que no suelo tener en los aeropuertos porque para mí suelen ser sitios de trabajo y no el lugar de encuentro con la mujer que amo. Por eso ahora es diferente. Llevo dos semanas contando los días desde que Kailey me dijo que sí en el bar de Soho, y ahora que el momento ha llegado, hay algo en el pecho que no sé si llamar nervios o anticipación o simplemente las dos cosas mezcladas.

La veo salir por las puertas con la maleta y el abrigo de Londres, que aquí en diciembre no es suficiente, pero eso ya lo resolveremos, y está mirando los carteles con esa concentración que pone en las cosas que no conoce todavía, queriendo entenderlas antes de preguntar.

Luego me ve y sonríe.

El trayecto desde el JFK hasta el Upper West Side dura cuarenta minutos un martes por la tarde si el tráfico colabora, lo cual hoy no hace del todo, pero a Kailey no parece importarle. Está con la cara pegada a la ventanilla del taxi mirando la ciudad con esa atención que tiene para las cosas que le interesan de verdad, y Nueva York le devuelve la mirada con todas sus luces de diciembre encendidas, los árboles iluminados en cada esquina, los escaparates con la

exageración navideña que solo esta ciudad sabe hacer sin que resulte demasiado excéntrico.

—Dios mío —dice, cuando cruzamos el puente y Manhattan aparece entera al fondo.

—Ya —digo.

—No, en serio. —Se gira hacia mí—. ¿Cómo vives aquí y no te parece un milagro cada día?

—Cuando llevas años viviendo en un milagro, dejas de verlo.

—Pues no deberías. —Vuelve a la ventanilla—. Los adornos de las calles, Brennan.

—Los ponen en noviembre.

—Son increíbles.

Me recuesto en el asiento y la observo contemplando la ciudad, con la energía que tiene y que no calcula nada, y pienso que llevo años viviendo aquí y que esta tarde, viendo Manhattan a través de sus ojos, la ciudad me parece diferente, más grande y más llena de vida de lo que había dejado de ver.

El ático está en el piso veintidós, con las ventanas que dan al parque y la ciudad al fondo, y cuando entramos y Kailey ve las vistas por primera vez, se queda quieta en el centro del salón sin decir nada durante un momento.

—Esto es tuyo —dice al fin. No como pregunta, sino como constatación.

—Desde hace seis años.

—¿Y no te parece un milagro cada día?

—Ya te lo he dicho. Cuando llevas años...

—No me sirve esa respuesta. —Se gira hacia mí con una sonrisa —. Prométeme que mañana por la mañana te levantas y miras las vistas como si fuera la primera vez que las ves.

—Prometido.

Deja la maleta junto a la puerta y se acerca a los ventanales con las manos en los bolsillos, y hay en su silueta recortada contra

Manhattan algo que guardo para mí, en ese espacio en el que solo entran los recuerdos que merecen la pena.

—¿Planes? Tienes que ejercer de anfitrión —dice, sin volverse.

—El sábado veremos a mi familia. Quiero que te aclimates primero. —Me acerco hasta estar a su lado—. Dos días solo para nosotros.

—¿Qué les has dicho? Estoy muerta de miedo.

—No temas —se ríe—. Mi madre lleva una semana preparando la lista de preguntas.

Kailey hace un mohín.

—Eso da pánico.

—Mi madre no da miedo. Es la persona más directa que conozco, lo cual puede resultar abrumador los primeros diez minutos y luego es un alivio enorme. Nos protege demasiado, esa es su forma de darnos amor.

—¿Y tu padre?

—Mi padre es como yo, pero con treinta años más. Ya os lleváis bien antes de conoceros.

Los dos días siguientes tienen esa cadencia de las cosas que uno no quiere que terminen.

Le enseño Nueva York de la manera que la conozco yo, que no es la de las guías sino la de alguien que ha vivido aquí suficiente tiempo para saber dónde está lo bueno sin que nadie te lo señale. El mercado de Navidad de Columbus Circle con el frío que cala diferente al de Londres. El café de la calle 72 que abre a las seis de la mañana y tiene los mejores cruasanes de la ciudad. El parque con la nieve de los días anteriores todavía en las ramas y la ciudad al fondo, entre lo árboles.

Kailey camina a mi lado con las manos en los bolsillos del abrigo nuevo que compramos el primer día porque el de Londres no era suficiente, y mira todo con esa atención que ya conozco, la de alguien que no se pierde nada aunque no lo diga.

Al día siguiente, mientras tomamos el café en el apartamento juntos al ventanal que tanto le gusta, Kailey me mira con expresión de llevar un rato buscando el momento de hablar.

—Quiero contarte algo.

—Dime.

—La sentencia llegó ayer. —Me mira antes de seguir hablando—. Hartfield Motors es mío. Legalmente, completamente, sin ningún anexo ni cláusula que lo complique. —Sus ojos tienen algo que no es solo alegría sino el alivio enorme de quien ha llevado un peso durante años y acaba de soltarlo—. Me ha costado mucho callarme para decírtelo en persona. Brennan, soy directora general y propietaria de Hartfield Motors. Y mucho te lo debo a ti.

Me levanto de la silla y la abrazo.

Ella se deja abrazar con total entrega, con el suspiro de quien se ha quitado un peso de encima, la cara contra mi cuello y los brazos apretados, y yo la sujeto pensando en el taller y en la fotografía de su padre en la pared y en todo lo que ha tardado en llegar a este momento.

—Tu padre estaría muy orgulloso —digo.

—Lo sé —dice ella, en voz baja—. Lo sé.

Llega la noche en la que quedamos con mis amigos de Nueva York, que nada tienen que ver con Owen. Los de Nueva York son del mundo financiero, analíticos y juerguistas. Kailey habla con todo el mundo con una naturalidad que no distingue entre los sitios donde está y los sitios donde no ha estado nunca, y en algún momento de la noche, cuando ella está hablando con Marcus sobre el mercado europeo de coches de lujo con una autoridad que mi amigo claramente no esperaba, me doy cuenta de que la estoy mirando con una expresión que probablemente dice demasiado y que no me importa lo más mínimo.

El sábado por la mañana cogemos el coche hacia los Hamptons. La casa de mis padres está a dos horas de la ciudad, en una zona donde los inviernos son más estables que en Manhattan y el aire es

más limpio. Cuando llegamos, mi madre está en la puerta antes de que yo haya aparcado el coche.

—Kailey —dice mi madre, tan directa que no deja espacio para ceremonias—. Por fin. Llevo semanas oyendo hablar de ti y quería ver si eras real.

Kailey la mira un segundo. Luego se ríe.

—Soy real —dice.

—Y guapa. Entra, que hace frío.

Mi madre se llama Catherine, tiene sesenta y dos años y trabajó veinte en banca antes de decidir que prefería criar caballos en los Hamptons. Tiene la energía de las personas que han tomado todas sus decisiones con convicción, y en los diez minutos siguientes le hace a Kailey más preguntas de las que yo le haría en una hora, sobre la empresa, sobre Londres, sobre los coches, sobre cómo eran sus padres.

Kailey responde a todo sin perder el hilo, con su calma habitual que yo sé que es una tapadera porque se muere de nervios. En algún momento mi madre la mira con la expresión de cuando alguien le ha dado una respuesta que no esperaba y que le parece mejor que la que habría dado ella misma.

Señal positiva.

Mi padre aparece desde el estudio con la mano extendida y la calidad tranquila que tiene para todo.

—David Cole —dice—. Bienvenida.

—Kailey Hartford. Gracias por recibirme.

—Tu padre fundó Hartfield Motors en el ochenta y nueve, ¿verdad? —dice mi padre—. Lo leí cuando Brennan empezó a hablar de la empresa. Empezó con un préstamo bancario y la herencia de su padre.

Kailey lo mira con algo en la cara que no es solo sorpresa sino el reconocimiento de un interés que no esperaba.

—Así es —dice.

—Lo que construyó en veinte años es notable. —Mi padre dice esto con la sencillez de quien ha evaluado muchas empresas y sabe distinguir las que tienen alma de las que no—. Espero que recuperes cada centímetro de lo que es tuyo.

—Ya es mío. Me lo comunicaron hace unos días.

—Enhorabuena. Me alegro mucho. —Se gira para mirarme—. No me lo habías dicho.

—Papá, Kailey me lo dijo ayer. Se ha guardado la noticia para decírmela en persona.

Mi padre asiente con un gesto que en él equivale a una declaración de apoyo.

Jake, mi hermano, llega desde la cocina con dos cervezas que no ha pedido nadie y la energía de sus veinticuatro años en plena ebullición.

—¡Por fin! —dice—. Brennan lleva días hablando de ti y no quería presentarte hasta que no hubiera algo serio, lo cual me parece una táctica muy conservadora, pero bueno, él es así.

—Jake —digo.

—¿Qué? Es la verdad. —Le tiende una cerveza a Kailey, que la coge con la sonrisa de alguien que ha decidido que este chico le cae bien—. ¿Es verdad que restauraste un Morris Minor con doce años?

—Con doce años y tres semanas —dice Kailey.

—Increíble. ¿Y un Jaguar E-Type?

—Uno del cincuenta y ocho. Llevaba dos años en el taller.

—¿Puedo verlo algún día?

—Si algún día vienes a Londres, cuenta con ello.

Jake me mira con la expresión de hermano menor que lleva años perfeccionando.

—Me gusta —me dice en voz baja, con una convicción que no intenta disimular.

Mi madre nos llama desde la cocina.

La casa tiene ese calor de las navidades en familia, con el olor a comida y a madera y a velas, y Kailey se mueve por ella con una naturalidad que me sorprende hasta que recuerdo que ella también

creció en una casa grande y que los espacios con historia no le resultan ajenos, solo diferentes.

En la sobremesa mi madre saca el álbum de fotos, tradición que llevo años intentando detener sin éxito, y lo abre directamente en las fotos más comprometedoras de mi adolescencia, con la diversión de quien ha estado esperando este momento.

—Este es Brennan con quince años —dice, señalando una foto que preferiría que no existiera.

Kailey la mira. Luego me mira a mí.

—El pelo —dice.

—Era otra época.

—El pelo, Brennan.

—Ya no tengo ese pelo.

—Afortunadamente —dice mi madre, con una serenidad que indica que está completamente de acuerdo.

Jake se ríe desde el otro extremo de la mesa con una carcajada sin contener, y mi padre bebe su café con cara de estar pasándoselo en grande.

Kailey me mira de reojo y sonríe, y yo pienso que si esta tarde en la casa de mis padres en los Hamptons es el principio de algo que va a durar, entonces el pelo de los quince años habrá valido la pena.

Volvemos a la ciudad a media tarde y decidimos cenar en mi casa. Kailey no sabe que voy a cocinar para ella hasta que sale de la ducha y ve la mesa puesta junto a los ventanales, con las velas y la ciudad abajo y la botella que he elegido con más cuidado del que suelo dedicar a esas cosas.

Me mira.

—¿Cuándo has tenido tiempo?

—He corrido porque no sabía cuánto tardas en ducharte. —Le guiño un ojo.

Se sienta frente a la ventana. Cenamos con el ritmo tranquilo que se instala cuando dos personas han dejado de tener prisa la una con

la otra, y en algún momento entre el segundo plato y el postre le digo lo que llevo semanas pensando cómo abordar.

—Jake se incorpora a Cole Capital en enero.

Kailey me mira.

—¿Tu hermano?

—Acaba de volver de Harvard; lleva dos años preparándose en finanzas y mi padre y yo creemos que es el momento. —Paro para mirarla y veo en su cara que, de momento, no sabe por dónde voy, lo cual es lógico porque no conoce mis planes—. Eso significa que, cuando él esté dentro, yo podré meterme en algo que llevo tiempo queriendo hacer.

—¿Qué? —Me mira directamente a los ojos, con la mano en el tenedor que no ha llegado a levantar.

—Abrir una oficina en Londres.

—¿Cómo? ¿No será por mí?

Sus facciones se endurecen lo suficiente para que yo empiece a preguntarme si ha sido buena idea decirlo esta noche, con la sentencia tan reciente y todo lo que eso implica, si he ido demasiado rápido, si he calculado mal el momento.

Kailey se levanta y se acerca al ventanal con la mirada perdida. Decido seguir.

—Es algo que hablamos Owen y yo hace ya mucho tiempo; no tiene nada que ver contigo, aunque no te voy a negar que has hecho que lo acelere. Quiero decir, ya estaba invirtiendo en empresas británicas, por eso acepté la propuesta de Richard, y Owen me lo ha recordado. Con su despacho fiscal tengo una buena base para empezar.

Kailey se acerca a mí y me abraza. No dice nada durante un momento que se me hace interminable; no sé si debo hablar o esperar sus tiempos. La ciudad sigue abajo con todas sus luces, el vino está a medias, las velas siguen encendidas y ella sigue con su cuerpo pegado al mío y la cabeza sobre mi hombro.

—Eso resuelve lo complicado —dice al fin, con la cara contra mi cuello.

—Esa era la idea.

Se separa y se vuelve a sentar. Noto que sigue dándole vueltas a alguna idea, pero no sé a qué; sigo pensando que teme algo. Ojalá me lo dijera.

—Eso no significa que tú y yo…

—Kai, no sé qué piensas. Te quiero, pero no voy a precipitarme. Sabes que soy inversor y sé que todo necesita una base de confianza. Quiero estar contigo, siento que has llegado a mi vida para quedarte, eres la luz que me faltaba y ojalá yo sea lo mismo para ti. A pesar de todo eso, de que lo que siento por ti es inmenso, no te voy a presionar, es decir, no te voy a pedir matrimonio ahora mismo aunque lo desee. Solo te pregunto: ¿Y si lo intentamos? Como una pareja que vive en la misma ciudad y no a miles de kilómetros, donde podamos conocernos mejor antes de dar cualquier paso.

—Eso es lo único que te pido.

Nos besamos con una intensidad nueva y en mi pecho siento que no hay mejor lugar en el mundo que estar a su lado.

La Navidad en casa de mis padres es todo un acontecimiento al que Kailey no está acostumbrada. Tiene el ruido de las familias grandes que se reúnen con la convicción de que el volumen es una forma de cariño. Hay tíos y primos y la amiga de mi madre que viene todos los años y que esta vez pasa la mitad de la cena preguntándole a Kailey sobre la familia Hartford con una curiosidad que roza lo periodístico.

Kailey lo maneja con una paciencia que me produce admiración, respondiendo a todos, desviando lo que no quiere responder con una habilidad que solo tienen las personas que llevan años aprendiendo a moverse en espacios complicados.

En un momento de la noche me busca con la mirada desde el otro lado de la mesa y me hace un gesto pequeño que dice claramente

que está un poco agobiada y que necesita que esto termine en algún momento razonable.

Le devuelvo el gesto con uno que dice que lo sé y que aguante veinte minutos más.

Sonríe.

Jake que ha monopolizado a Kailey durante la sobremesa con preguntas sobre coches que ella responde con una autoridad que le tiene completamente fascinado, me da un golpe en el hombro al pasar.

—Me gusta —me dice al oído—. Mucho.

—Ya lo sé.

—¿Tú también lo sabes?

—Hace tiempo que lo sé.

Dormimos en los Hamptons y pasamos el día de Navidad con mis padres con esa quietud en que el mundo baja el ritmo, paseando por la playa antes de comer a pesar del frío y mi madre hablando con Kailey de cosas que no alcanzo a escuchar, pero que producen en las dos una risa que me llega desde veinte metros.

Mi padre camina a mi lado.

—¿Estás bien? —dice.

—Muy bien.

—Se nota. —Sonríe y me da una palmada en el hombro—. Hacía tiempo que no te veía así.

No respondo porque no hace falta.

Cuando volvemos a mi piso, saco la caja pequeña que llevo guardando desde que la encargué tres semanas antes.

Kailey está en el sofá con una copa de vino y las impresionantes vistas de la ciudad, con el jersey grande y el pelo suelto.

—Feliz Navidad —sonrío, tendiéndole la caja.

La abre despacio. Dentro hay un anillo fino de oro blanco con una esmeralda pequeña en el centro, del mismo verde exacto que las de la pulsera de su madre, engarzada de manera que parece que siempre estuvo ahí.

Kailey no dice nada durante un momento.

—No es un anillo de compromiso —aclaro, antes de que la interpretación equivocada ocupe el espacio—. Es un anillo que va con la pulsera. Para que las dos cosas estén juntas y pienses en mí cada vez que la veas.

—Es precioso, gracias. Aunque no necesito nada que me haga pensar en ti; lo hago cada día.

Kailey levanta los ojos de la caja. Los tiene brillantes de una manera que no intenta disimular.

—Ponmelo.

Se lo pongo en el dedo. Las esmeraldas son exactamente del mismo tono, la del anillo y las de la pulsera, ese verde que es el color de sus ojos cuando la luz así lo quiere y qu eme vuelve loco.

—Brennan.

—¿Qué?

—Te quiero.

Lo dice con la misma sencillez con que lo hace todo, como un hecho que ha estado ahí un tiempo y que esta noche ha encontrado el momento de volverse palabras.

La miro.

—Yo también te quiero —digo—. Desde antes de saber cómo llamarlo.

Kailey deja la copa sobre la mesa. Se acerca. Y yo pienso que hay personas que llegan a tu vida en el momento y el lugar más improbables, en un taller de coches en la planta baja de un edificio en la City de Londres, con las manos negras de grasa y la trenza deshecha, corrigiéndote el año de un Jaguar con la calma de quien sabe que tiene razón.

Y que a veces, si uno baja al taller cuando debería estar en una reunión, encuentra exactamente lo que no estaba buscando.

EPÍLOGO

Kailey

Londres

El cementerio de Brompton un sábado de junio tiene una luz diferente a la que me ha acompañado durante todo el invierno. Son los mismos caminos y los mismos árboles, pero con esa claridad de verano que hace que todo sea más verde, más abierto, con los pájaros que en invierno no están.

Llego con las flores que esta vez no he olvidado. Rosas blancas para mi madre, que las prefería a cualquier otra cosa, y ranúnculos amarillos para mi padre, que decía que las flores demasiado serias no le pegaban.

Me siento en el banco de piedra.

—Hola.

El cementerio está tranquilo a esta hora de la mañana. La pareja mayor que viene los martes no está, y el paseador de perros tampoco, y tengo este rincón para mí sola con mis padres y todo lo que necesito contarles antes de que empiece el día.

—Hoy me caso.

Lo digo en voz alta porque necesito escucharlo, porque llevo semanas sabiendo que este momento llegaría y, sin embargo, aquí, frente a estas dos lápidas, me produce una inquietud que ningún otro sitio me provoca.

Les cuento todo lo que me ha pasado los últimos meses, aunque ellos lo conocen todo. Les cuento que Hartfield Motors va bien, mejor de lo que esperaba, con Tom todavía en el taller aunque le he dicho que puede jubilarse cuando quiera y él dice que ya se jubilará cuando el Jaguar del cincuenta y ocho gane su primera exhibición. Les cuento que Danny ya no es el chico que ayuda a Tom sino el jefe de taller, con su propio equipo y sus propios proyectos, y que George Palmer cumplió treinta años en la empresa el mes pasado y lo celebramos con una cena que se alargó hasta las tantas.

Les cuento también que hubo un momento, en los primeros días tras la sentencia que me devolvió la empresa, en que la Junta Directiva me presentó los planes de expansión que Richard había diseñado para Hartfield Motors antes de que todo se desmoronara. Distribución en Asia, alianzas con marcas de lujo, crecimiento acelerado y una línea de coche barato y distribución masiva. Sobre el papel tenía sentido y para eso contactó a Cole Capital. Lo rechacé porque no era lo que yo pretendía hacer con la empresa.

—No era lo que tú querías para ella, papá. Tú la construiste coche a coche, proyecto a proyecto, con la convicción de que las cosas buenas no necesitan crecer más rápido de lo que pueden para hacerlo bien. Eso es lo que quiero conservar, la esencia de tu proyecto. La reputación que te llevó veinte años construir y que no voy a dilapidar en una expansión que nadie nos ha pedido. Eso me ha permitido desvincular la empresa con la de Brennan. Es mejor así y no mezclar nuestros negocios. Lo entendió tan bien que me aseguró que es un hombre íntegro que de verdad hizo lo que hizo por mí, no por asegurarse unos buenos dividendos.

Suspiro, cambio de postura y sigo.

—Cole Capital London ya existe y va bien, y Brennan viaja entre las dos ciudades con una regularidad que ya forma parte de nuestra vida, pero son dos empresas distintas con sus propios caminos, y eso, lejos de complicar las cosas, las ha simplificado enormemente. Cada vez tiene que ir menos porque Jake aprende rápido.

Miro la lápida de mi padre un momento.

—La indemnización que me ha pagado Richard la voy a destinar a comprar coches clásicos como inversión. Solo coches. Brennan y yo tenemos ya tres en el taller que no son de ningún cliente, sino nuestros, y ninguno de los dos nos arrepentimos. Bueno, yo no me arrepiento. Brennan dice que el Aston Martin del cuarenta y ocho necesita más trabajo del que pensaba, pero es porque no sabe lo que tiene entre manos todavía.

Me río sola, en el cementerio, un sábado de junio, y no me parece raro en absoluto.

Después les cuento que he hecho reformas en casa. El estudio del primer piso vuelve a tener los libros de mecánica donde estaban, porque cuando vaciamos las cosas de Richard encontré las cajas donde los había guardado y los devolví uno a uno a la estantería. Es mi pequeño refugio. La cocina tiene una isla nueva que tú, mamá, habrías querido tener. El dormitorio principal huele diferente ahora, a madera y a lavanda, sin rastro del perfume de Richard que tardó meses en irse del todo.

—La casa es nuestra otra vez.

Me giro hacia la lápida de mi madre.

—Sé que cometiste errores. Y sé que los cometiste porque estabas sola y asustada y él llegó en el momento en que más vulnerable eras. —Sonrío como si me viera para que sepa que la perdono—. No te guardo rencor, mamá. Hace tiempo que no te guardo rencor. Solo me alegro de que estéis juntos aquí, como querías, y de que esta mañana pueda contaros esto. Ojalá pudieras asistir a mi boda y contaros esto cara a cara —sollozo.

El viento mueve las flores que acabo de poner.

—Se porta muy bien conmigo. —les aseguro—. Brennan. Es un hombre honrado, al que el dinero no le ha hecho creerse más que

nadie. Siento su apoyo constante, su amor y su humildad. No he podido encontrar un mejor compañero de vida y estoy segura de que os encantaría.

Una ráfaga de viento me despeina y me envuelve. Siento que es el abrazo de mis padres, que se alegran por mí. Me levanto.

—Tengo que ir a arreglarme. —Recojo el bolso del banco—. Lucy me espera para ayudarme y si llego tarde, me va a decir cosas que no quiero escuchar el día de mi boda.

Pongo la mano sobre cada lápida un momento, primero la de mi padre, luego la de mi madre.

—Os quiero.

Cojo una flor de cada ramo para meterlas en el mío de novia, aunque no peguen, y salgo del cementerio con el sol de junio en la cara y algo en el pecho que es la cosa más parecida a la paz que he sentido en mucho tiempo.

La iglesia está en Chelsea, a diez minutos de casa, lo suficientemente cerca para que el barrio forme parte del día y lo suficientemente pequeña para que la gente que está dentro sea exactamente la gente que tiene que estar.

Lucy me observa y me hace fotos mientras la peluquera me peina y la maquilladora trata de que me quede quieta para sacar mi mejor versión.

—Tu madre estaría muy orgullosa.

No respondo porque no puedo si no quiero ponerme a llorar.

Tom me espera en la puerta de la iglesia con el traje oscuro y la corbata que le he tenido que pedir que se pusiera porque tiene una relación complicada con ellas. El día que le pedí que fuera mi

padrino, se echó a llorar. Cuando me ve llegar con el vestido blanco, el pelo recogido y las esmeraldas en la muñeca y en el dedo, la expresión siempre seria de su cara se vuelve blanda de emoción.

—¿Lista? —dice.
—Lista.

Me ofrece el brazo y entramos.

La iglesia tiene esa luz de las tardes de junio que entra oblicua por las vidrieras y convierte todo en algo dorado, hay flores en cada banco y el cuarteto toca el Aria de la Suite en Re de Bach, que hoy me suena diferente, más cercano, más mío.

Veo a Sharon en los primeros bancos con Owen a su lado, los dos inclinados el uno hacia el otro con esa complicidad que han construido despacio y bien durante los últimos meses. Sharon lleva un vestido verde agua y una sonrisa que no se parece en nada a las muecas calculadas que le conocí durante años. Owen le dice algo al oído y ella se ríe, y yo pienso que hay personas que necesitan alejarse de lo que las hace pequeñas para descubrir lo grandes que pueden ser.

Veo a Lucy en el lateral con los ojos ya brillantes, porque ella se emociona siempre y la quiero por eso. En el mismo banco está Jake, tan guapo como su hermano, aunque con el pelo revuelto. Y en el primer banco, los padres de Brennan, Catherine con un sombrero que eligió porque, decía, le da un aire british, y David con la mano sobre la rodilla de su mujer.

Miro hacia delante y es cuando lo veo a él.

Está al fondo de la nave, de pie junto al altar, con el traje que eligió sin pedirme opinión porque dijo que había cosas en las que uno debía tomar sus propias decisiones, y tiene esa calma que ya conozco de memoria, la que no es distancia sino presencia, la de alguien que está completamente en el sitio donde desea estar.

Me mira cuando estamos llegando y en su cara hay todo lo que lleva tiempo diciéndome de maneras distintas, con los documentos que encontró y la pulsera que guardó y el anillo que encargó con las esmeraldas del mismo color que las de mi madre, y con las visitas al taller cuando no tenía ninguna obligación de bajar y con el té cargado que aprendió a hacer para mí y con cada cosa pequeña que ha ido acumulando sin que ninguna de las dos palabras grandes lo nombrara todavía.

Hasta ahora.

Tom me coloca la mano sobre la de Brennan y da un paso atrás, y yo miro a este hombre que bajó a un taller un viernes por la mañana a ver un Jaguar que no era del año que pensaba, y sé que todo, absolutamente todo, ha merecido la pena.

El jardín de la casa de Cheyne Walk de noche tiene la quietud que le falta de día. Está medio iluminado con las luces que hemos puesto entre los árboles y el olor a las rosas que mi madre plantó hace veinte años y que siguen creciendo con una obstinación que me parece perfecta.

Nos quedamos fuera cuando los últimos invitados se han ido al hotel donde hemos celebrado la boda y donde se supone que íbamos a dormir, pero hemos preferido venir a casa. Nos hemos servido unas copas, que tenemos a medias, y hemos bailado solos con el traje y el vestido de novia todavía puestos y la ciudad al fondo con su rumor constante.

Brennan me mira.
—Mi pequeña Cenicienta —dice.
Me giro hacia él.
—¿Cómo?
Sonríe.
—Desde el primer día —dice—. El taller, el mono de trabajo, la fotografía de tu padre en la pared. Tú, la heredera legítima,

trabajando en la planta baja mientras el villano presidía arriba. La fiesta a la que no te invitaron. El vestido prestado que había que devolver antes de medianoche. —Para un momento para mirarme—. La pulsera que se cayó cuando saliste corriendo.

Me quedo quieta observándole.

—¿Lo has pensado desde el principio?

—No desde el principio. Pero en algún momento encajó todo. —Se acerca—. Y pensé que si esto era un cuento, quería ser el príncipe que llega al taller en lugar de esperar que ella suba al baile.

Las estrellas están sobre el jardín de Chelsea y las rosas de mi madre huelen a junio y yo llevo en la muñeca la pulsera que fue suya y en el dedo el anillo que Brennan encargó para que las dos cosas estuvieran juntas, y pienso que los cuentos no terminan en la boda, sino que empiezan ahí, en un jardín, bajo las estrellas, con la persona amada al lado.

—¿Y yo qué soy en tu versión del cuento? —digo.

Brennan me mira con una intensidad que se mete dentro y un escalofrío de deseo me recorre la espalda.

—La única persona —dice— que se atrevió a corregirme nada más conocerla y que desde entonces no he podido dejar de pensar en ella.

Lo beso. Brennan se gira sobre mí y me quita el vestido, dejándome en ropa interior, elegida a propósito para esta noche. Me besa por encima del encaje, descubriéndome como si fuera la primera vez. Se quita la ropa, se tumba encima de mí y se tapa con la manta que dejé junto a nosotros por si refrescaba. Pero estamos tan ardientes que solo la usamos por pudor. Me hace el amor con calma, susurrando palabras a mi oído que no hacen más que avivar mi deseo, y yo veo las estrellas y jadeo con ellas, lo beso y juntos parece que las tocamos cuando el clímax nos alcanza.

Y el jardín de la casa de mis padres, que es ahora mi casa, que es ahora nuestra casa, guarda este momento como ha guardado todos los anteriores, con esa paciencia de las cosas que llevan tiempo siendo lo que son y saben que seguirán siéndolo.

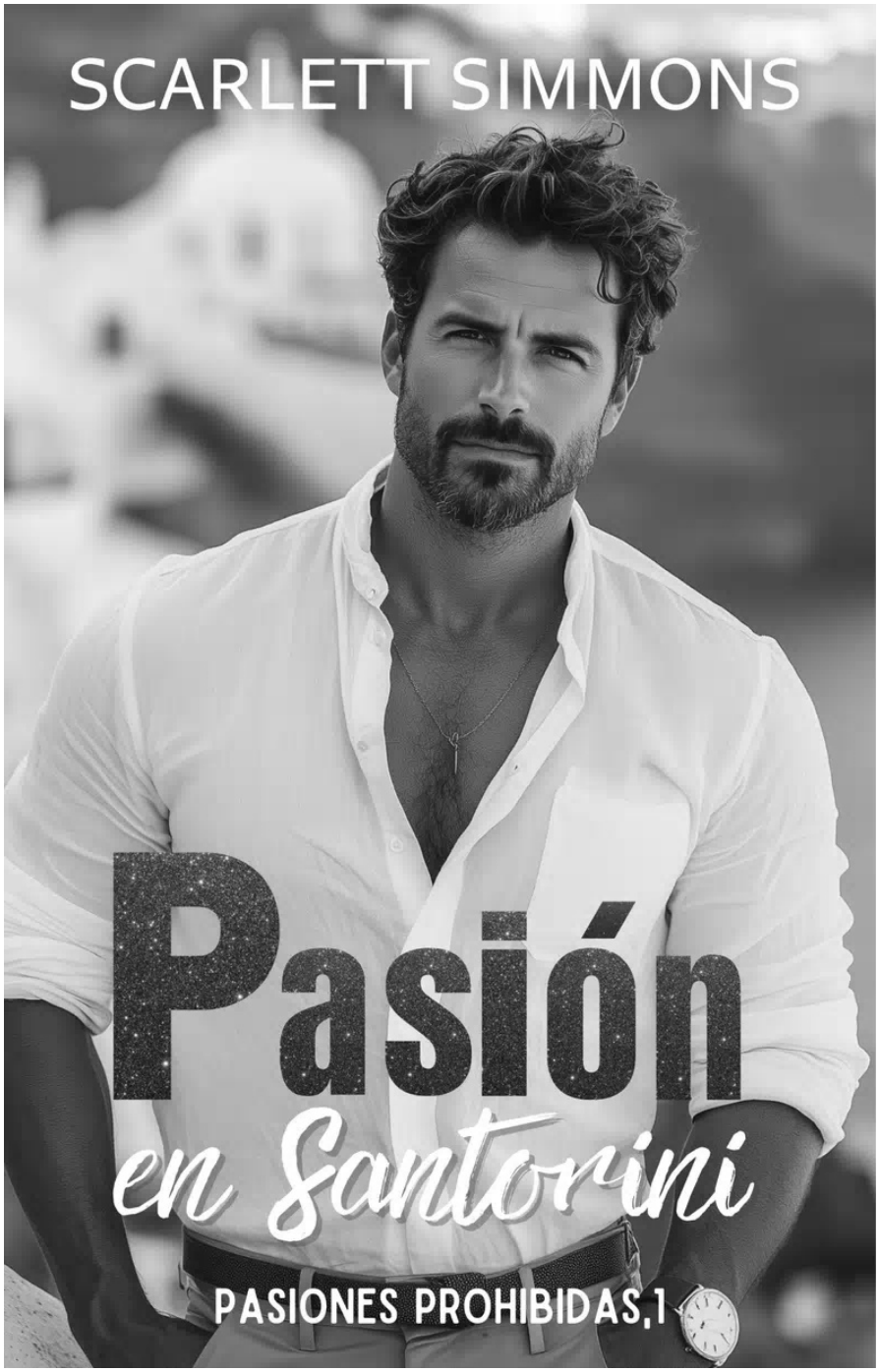
♥ 🚘 ♥ 🚘

Gracias

por leer mis novelas y sumergirte conmigo en mundos de pasión y amor.

Si te ha gustado, te agradecería que apoyaras mi trabajo con una reseña en Amazon, entrando en este QR:

Con esta entrega se termina la serie Romances de Millonarios.
Han sido diez novelas que hemos compartido y te doy las gracias por ello.
Sin embargo, esto no se termina. Ya tengo la siguiente en proceso y pronto podrás leerla.
Pero…
no te vayas todavía.
¿Conoces la serie Pasiones Prohibidas?
Te dejo con el comienzo de Pasión en Santorini donde un viudo millonario padre de una niña necesita canguro…


SCARLETT SIMMONS
Pasión
en Santorini
PASIONES PROHIBIDAS,1

Prólogo

Elián

Amanece en Santorini cuando me asomo a la ventana y contemplo el azul intenso del mar. Al fondo, el sol va surgiendo tras el horizonte ilumnando la belleza de la costa que tengo frente a mí. La habitación está en silencio, roto solo por el suave murmullo del mar en la distancia y la respiración tranquila de la mujer que duerme a mi lado. Su cuerpo desnudo, enredado en las sábanas blancas, está relajado, ajeno al torbellino de pensamientos que me asaltan cada mañana.

Me levanto con cuidado, tratando de no despertarla, aunque en el fondo sé que ni siquiera quiero verla cuando abra los ojos. Es hermosa, como todas las demás. Su piel bronceada contrasta con las sábanas y su cabello castaño cae desordenado sobre la almohada. Todo en ella debería atraerme y debería hacerme sentir satisfecho. Pero, en lugar de eso, solo siento una creciente incomodidad y una rabia sorda, que no logro apaciguar por más que lo intento.

Recorro con la mirada su cuerpo desnudo y recuerdo la noche de sexo salvaje que he tenido con ella. Solo pensarlo hace que mi polla reaccione, a pesar de que no me atrae nada. Al menos, emocionalmente. Lamí y succioné de esos pechos que ahora se me muestran relajados y mi lengua jugó con sus pezones que, debo reconocer, son preciosos con un color rosado que me encanta. Recuerdo que fue una grata sorpresa encontrar su sexo depilado, suave y húmedo para mi deleite y placer. Sí, eso es, una mujer que parece hecha para darme placer si tuviera algún otro interés en ella.

Se gira y deja ante mi vista su culo prieto que me dan ganas de acariciar. Acerco la mano y, en ese instante, abre las piernas y mi mirada se va al clítoris. Estoy tan cerca que puedo oler su sexo y, de nuevo, mi polla me pide guerra. Nota mi presencia y sonríe, con un gemido, para al momento separar más las piernas y dejarme la puerta abierta al paraíso.

Coloco mi cuerpo encima del suyo, con una pierna a cada lado, y sin más preámbulos, la penetro.

Un polvo rápido de desayuno que no suelo regalar a ninguna de las mujeres que acaban en mi apartamento de soltero. Normalmente, las echo antes o me voy yo.

No sé qué me ha pasado con…, cómo se llame. Tiene un cuerpo perfecto y su ofrecimiento es un regalo que me ayudará a volver a casa más relajado.

Gime bajo mi cuerpo, mientras empujo cada vez con más furia conforme mis pensamientos me atormentan. Grita un «ay» que me hace darme cuenta de lo que estoy haciendo y aflojo.

—Lo siento —balbuceo y ella sonríe. No sé si le está gustando o no. Soy incapaz de interpretar sus gestos y yo solo quiero desahogarme. Una vez más.

El orgasmo, poco satisfactorio, me llega como un latigazo y me dejo caer sobre ella. Solo unos segundos, para que no me abrace.

Me levanto y camino desnudo hacia el ventanal, donde las puertas de cristal se abren al balcón. El aire fresco de la mañana entra en la habitación cuando las abro, trayendo consigo el olor salado del mar Egeo. Me detengo por un momento, dejando que la brisa acaricie mi rostro, en un intento de encontrar algo de calma en el paisaje que se despliega ante mí.

Santorini se despierta lentamente bajo la luz perezosa del amanecer. Las casas encaladas, con sus cúpulas azules y terrazas, se alinean como perlas a lo largo de la costa. Desde aquí, el mundo parece un lugar perfecto, un paraíso donde todo debería ser felicidad. Pero para mí, este lugar, esta isla que otros ven como un sueño, es un recordatorio constante de todo lo que he perdido, y testigo mudo del dolor que me rompe por dentro y de la ira que me acompaña desde hace año y medio.

Mi mente no deja de dar vueltas mientras miro el horizonte. ¿Qué estoy haciendo con mi vida? Me lo pregunto una y otra vez, pero la respuesta nunca cambia. Estoy perdido. Perdido en una rutina que me consume, atrapado entre el deseo de escapar de mi dolor y la necesidad de mantenerme fuerte por Maia. Mi pequeña Maia, el único rayo de luz en medio de esta oscuridad en la que me encuentro sumergido.

El sonido de un suspiro me trae de vuelta al presente. La mujer en la cama se revuelve y creo que me llama. Me giro y la veo acostada de medio lado. La curva de su cuerpo es perfecta, pero no es para mí y cuanto antes lo sepa ella, mejor. Como todas las demás. Me observa desde su posición, con los labios curvados en una sonrisa perezosa.

—¿Vienes? —murmura, con una voz suave que pretende ser seductora.

—Buenos días —. Mantengo un tono neutral, sin dejar entrever lo que realmente siento, que es nada de nada.

Me giro hacia el interior, apartando la vista del paisaje para no enfrentarme a la realidad de lo que acabo de hacer. Empiezo a vestirme en silencio, abotonando la camisa con movimientos mecánicos, como si todo esto fuera parte de un guion repetido demasiadas veces.

Porque sí, ya empieza a ser excesivo. Sé que aplaco mi ira con las mujeres que traigo a este apartamento. Las follo tanto como me permiten y dejo hacer a mis instintos más primitivos. Es la única manera que he encontrado de aparcar el dolor y relajarme para que mi hija no note mi malestar. Aunque ese malestar, en vez de irse, ha cambiado. Cada vez siento menos ira por todo lo que ha pasado y más angustia por esta situación. Todas las veces decido que no voy a tener más sexo con cualquier mujer, pero todavía no he conseguido pararlo. Tendré que hablar con mi terapeuta, otra vez.

—¿No vas a quedarte un poco más? —pregunta ella, con un deje de decepción que me indica que conoce la respuesta.

—No, tengo que irme —respondo, terminando de colocarme el Rolex en la muñeca sin mirarla—. Tienes toallas limpias en el baño y desayuno en la cocina. Cierra de portazo y, por favor, vete antes de las diez. Gracias por esta noche.

Ella asiente, resignada, y se recuesta de nuevo en la cama, dejando que el silencio se instale entre nosotros. Es un silencio incómodo, cargado de todo lo que no se dice, de todo lo que ninguno de los dos quiere reconocer delante del otro. No tengo nada que ofrecerle, y ella lo sabe, aunque quizás esperaba algo más. Como todas.

Salgo del apartamento sin decir nada más, cerrando la puerta detrás de mí, como si con ese simple gesto pudiera cerrar también la puerta a este ciclo de autodestrucción en el que estoy atrapado. El camino hacia la mansión en la que vivo en verano es corto, pero suficiente para que la culpa comience a apoderarse de mí. Maia estará despierta pronto, preguntándose dónde he estado, por qué no estaba allí para levantarla. Y una vez más, tendré que ocultar la verdad.

Al llegar a casa en mi Ferrari Spider descapotable, el sol ya ha ascendido lo suficiente como para iluminar toda la fachada blanca. Es un edificio imponente, con amplias terrazas que miran hacia el mar, un lugar que es un refugio en el que proteger a mi hija y procurar que sea feliz, pese a las ausencias.

—Buenos días, señor Dimitrakos —me saluda la señora Karalis, el ama de llaves, cuando entro en el vestíbulo.

—¿Qué hay? ¿Se ha levantado ya Maia?—sonrío para disimular el peso de la culpa que cae sobre mis hombros.

—Aún no ha bajado, señor.

Subo las escaleras hacia la habitación de Maia. Muevo los hombros hacia atrás, me paso la mano por el pelo y respiro para prepararme antes de verla y no mostrarle el cansancio que siento, la desesperación que trato de ocultar. No quiero que ella vea en qué me estoy convirtiendo. Quiero salvarla de la mierda en que se está volviendo mi vida.

—Papá —la voz suave de Maia me recibe cuando entro en su habitación. Está sentada en su cama, con su osito de peluche en brazos, y sus grandes ojos me miran con una mezcla de amor y preocupación.

—Hola, cariño —digo, acercándome a ella y abrazándola con fuerza—. ¿Has dormido bien?

—Sí, pero te eché de menos. No estabas aquí anoche. —Su voz es tan sincera e inocente que me desarma por completo.

—Lo siento, Maia. Tuve que trabajar hasta tarde —miento y siento la culpa como un nudo en mi garganta.

Ella asiente, confiando en mí sin dudar. Pero sé que no debería ser así. Mi lugar es estar aquí, cuidándola y protegiéndola. No en mi antiguo apartamento, desahogándome con una mujer que ni siquiera recuerdo cómo se llama.

—¿Desayunamos juntos?

—¡Sí! —responde y su entusiasmo me da un breve respiro.

La llevo en brazos hacia la cocina, donde el sol matutino inunda la habitación con una luz suave. Mientras preparo su desayuno, tras indicarle a la cocinera que nos deje solos, me esfuerzo por enfocarme en el momento y en ella, pero la realidad de lo que soy no me deja en paz.

Después de llevar a Maia a la escuela de verano, me quedo solo en la mansión. Me encierro en mi despacho, un santuario de silencio donde el mundo exterior se desvanece, pero ni siquiera aquí encuentro la paz que necesito. Respiro y me sumerjo en el trabajo, en los documentos que se apilan sobre mi escritorio, gestionando todo lo posible para no tener que regresar a Atenas. En verano la prioridad es Maia y por eso pasamos todas sus vacaciones en la casa de Santorini.

El sol brilla con fuerza a través de los ventanales, bañando la habitación con una luz cuya calidez debería sentir, pero que solo acentúa el frío dentro de mí. Después de contestar varios correos pendientes y de mantener tres reuniones distintas por videoconferencia, cierro el ordenador antes de ir a recoger a Maia para comer juntos y pasar la tarde en la playa o en la piscina. Me echo hacia atrás y me pregunto de nuevo cómo he llegado a este punto, cómo me convertí en este hombre que se esconde tras su riqueza, tras una fachada que cada día se

desmorona un poco más. Y cómo voy a salvar a Maia, mi pequeña Maia, de todo esto.

—¿Qué estás haciendo, Elián? —me pregunto una vez más, esperando una respuesta que sé que no llegará.

Estoy atrapado en este ciclo de culpa y autodestrucción, del que no sé cómo salir. Pero debo hacerlo por Maia y por mí mismo. No puedo seguir así, no si quiero ser el padre que mi hija necesita, el hombre que debería ser. Mientras miro por la ventana hacia el mar Egeo, siento una pequeña chispa de esperanza mezclada con la culpa. Tal vez, solo tal vez, encuentre la manera de cambiar antes de que sea demasiado tarde.

Capítulo 1

Elián

—¡Papá, mira lo que he encontrado! —grita Maia desde la playa, agachada mientras sus pequeñas manos excavan en la arena.

Me giro hacia ella dejando el teléfono sobre la toalla. Hace años, nunca habría imaginado que una simple concha o un trozo de coral podrían traer tanta alegría a mi vida. Me acerco con calma, acompañado por el sonido de las olas que rompen suavemente contra las rocas de la cala.

—¿Qué es, cariño? —pregunto mientras me agacho a su lado.

Maia levanta una estrella de mar pequeña y sonríe con orgullo. Sus ojos brillan con la misma intensidad que los de su madre cuando encontraba algo que la apasionaba. Trato de no dejar que el dolor se apodere de mí, no cuando Maia está tan feliz.

—Es preciosa. Vamos a devolverla al mar para que pueda seguir nadando, ¿te parece?

Asiente entusiasmada, y juntos llevamos la estrella de mar hasta la orilla. La veo alejarse con las olas, mientras Maia me toma de la mano con su pequeña palma aferrada a la mía. Es en estos momentos cuando me doy cuenta de lo frágil que es la felicidad y de cómo intento protegerla de la tormenta que llevo dentro.

Nos quedamos un rato en la playa, Maia corretea a mi alrededor, recogiendo más conchas y construyendo castillos de arena, que el mar borra con cada nueva ola. Me siento en la arena, dejando que el sol caliente mi piel, mientras la observo. Maia es todo para mí, y cada día me esfuerzo por ser el padre que merece, aunque por dentro sienta que me desmorono.

—Papá, ¿podemos nadar en la piscina después? —pregunta con esa chispa de entusiasmo que solo una niña puede tener.

—Por supuesto —sonrío antes de que se lance sobre mí, haciéndome caer hacia atrás en la arena.

La risa de Maia resuena mientras luchamos jugando, y por un momento, me permito olvidar y sentir algo más que la opresión constante en mi pecho. Maia es mi vida y, aunque no sepa cómo manejarlo, sé que haría cualquier cosa por ella.

De vuelta en la mansión, Maia corre escaleras arriba para cambiarse el traje de baño, mientras yo preparo algunas toallas junto a la piscina. El agua reluce bajo el sol de mediodía, tentadora y fresca. Hoy es uno de esos días en los que intentamos disfrutar de la simpleza, alejados de la tristeza y el dolor que nos han acompañado durante tanto tiempo.

Maia aparece con un bañador colorido, lista para sumergirse en el agua. La sigo, disfrutando de su risa, mientras nadamos y jugamos, dejando que el tiempo pase sin estar pendientes de la hora, hasta que la señora Karalis nos avisa de que la comida está lista.

Después de comer en la terraza, Maia y yo nos acurrucamos en el sofá, yo con un libro abierto en mis manos mientras ella descansa su cabeza en mi pecho. Leo en voz alta, dejándome llevar por la suavidad del momento, por la paz que parece envolvernos.

—Papá, ¿cuándo viene la tía Helena? —pregunta con voz somnolienta.

—Pronto, cariño. Quiere hablar con nosotros sobre algo importante.

Maia asiente y, poco después, se queda dormida en mis brazos. Su respiración, suave y rítmica, me calma mientras espero la llegada de mi hermana Helena.

No pasa mucho tiempo antes de que la puerta principal se abra y escuche las voces de la señora Karalis y de Helena. Entro en la sala para recibirla, aún con Maia en brazos, y me preparo para la conversación que sé que está por venir.

—Elián —dice Helena al verme—. ¿Cómo estás?

—Bien. Aquí, con Maia. —Le sonrío débilmente mientras ella se acerca y le da un beso en la frente. Su rostro refleja la preocupación que siempre parece tener por nosotros, pero que nunca reconoce en voz alta.

Dejo a Maia en el sofá durmiendo y nosotros nos acomodamos en la sala de estar. Helena se sienta frente a mí, con expresión seria, y puedo ver la lucha interna que está teniendo antes de hablar. La señora Karalis nos trae café y algunas galletas, dejándonos a solas para conversar.

—Elián, he estado pensando en lo que hablamos la última vez —comienza Helena, tomando un sorbo de café antes de continuar—. Ya sabes que siempre estaré aquí

para ti y para Maia, pero mi trabajo me obliga a estar fuera más tiempo del que me gustaría.

—Lo sé, Helena. —Intento sonar comprensivo, aunque sé que lo que está a punto de decirme va a cambiar nuestra dinámica de vida del último año. Ella es ahora la mujer que mi hija necesita a falta de una madre y su ausencia no va a ser buena para Maia, ni para mí, porque tendré que dedicar más tiempo a mi niña.

—He aceptado un proyecto en Estados Unidos. Será un trabajo de seis meses, y no podré estar aquí para ayudarte. Voy a echar mucho de menos a Maia, pero es una gran oportunidad que no puedo rechazar. Te juro que lo he pensado muchísimo, pero creo que puede ser bueno también para vosotros, aunque me dé mucha pena. No debes depender de mí, Elián.

Me quedo en silencio, sintiendo cómo esas palabras se asientan en mi pecho como una losa.

—Helena... —empiezo, pero no sé cómo seguir. La entiendo, pero no puedo evitar sentirme solo ante la perspectiva de su ausencia. Me muero de miedo sin tener su apoyo cerca.

—Sé que es difícil, Elián, pero quiero que sepas que esto no es el final. Solo es un cambio. Además, estaré al otro lado del teléfono para todas las veces que necesites hablar o consultarme algo. No os abandono, cariño. Además, he pensado que podrías contratar a una niñera para Maia.

Mi primera reacción es negarme. La idea de dejar a Maia al cuidado de alguien más me resulta dolorosa, como si estuviera fallando como padre.

—No sé si puedo hacerlo —admito en voz baja.

Helena se inclina hacia mí, colocando una mano sobre la mía con una firmeza reconfortante.

—Lo estás haciendo bien, Elián, pero Maia necesita más. Y tú necesitas tiempo para sanar. Esto no es un fracaso, es solo una manera de asegurarte de que Maia tenga todo lo que necesita.

Su mirada es suave, pero su tono deja claro que no estoy solo en esto. Asiento, porque sé que tiene razón, pero me siento abrumado por la decisión que implica y que no deseo tomar.

—Gracias, Helena. —Le devuelvo la sonrisa—. Lo pensaré y preguntaré. No sé ni por dónde empezar para encontrar a la persona adecuada.

—Tal vez puedas preguntar en la escuela de verano o a la señora Karalis. Pero ten la seguridad de que la encontraremos.

Helena sonríe con alivio, y me da un beso en la mejilla antes de ir a despertar a Maia y pasar la tarde con ella. Me quedo allí, madurando la decisión que debo tomar, no solo porque sea mejor para ella, sino también para mí.

Por Maia, haré lo que sea necesario.

Capítulo 2

Elián

El sol de julio brilla intensamente sobre Santorini, y las risas de los niños resuenan en el aire, mientras me acerco a la escuela de verano, donde Maia ha pasado sus mañanas durante todo el mes, desde que terminaron sus clases en Atenas. Aparco el Ferrari bajo la sombra de un olivo, cerca de la entrada. Me bajo del coche y, después de ajustar ligeramente mi chaqueta de lino, me encamino hacia la escuela. El aire cálido y salino de la isla me envuelve y, durante un momento, me permito disfrutar de la tranquilidad que siempre he asociado con este lugar.

Al entrar en el patio, las miradas se giran hacia mí. Es algo a lo que ya estoy acostumbrado, pero que nunca deja de resultarme incómodo. Varias madres que conversan animadamente detienen sus charlas para mirarme con un interés apenas disimulado. Algunas de ellas se conocen de vista, aunque otras no. Sin embargo, todas parecen compartir la misma fascinación cuando se trata de mí. O así me hacen sentir.

—¡Hola, Elián! —me dice una de ellas, con una sonrisa demasiado amplia, acercándose como si nos conociéramos de toda la vida.

—Hola —respondo, con un tono cordial que no siento., porque lo único que quiero es evitar este tipo de situaciones.

—¿Vienes a recoger a Maia? ¡Qué suerte tiene de tener un padre tan implicado con sus actividades! —comenta otra, mientras se une al pequeño grupo que se ha formado a mi alrededor. Su tono es dulce, pero hay algo en su mirada que va más allá de la mera cortesía.

—Así es. Siempre es un placer venir a buscarla —contesto, sin dar pie a más conversación. Sé hacia dónde se dirigen estas charlas y prefiero cortar por lo sano.

Las mujeres se miran entre sí, con sonrisas cómplices y un brillo en los ojos que me deja claro lo que están pensando, aunque ninguna lo diga en voz alta. El juego de seducción es sutil, pero inconfundible. Se acercan un poco más, con la

confianza de quien no teme ser rechazada. La fama de mujeriegos de los hombres de mi familia no me ayuda a mantener la distancia.

—Bueno, Elián, si algún día te apetece quedar para tomar algo... —sugiere una de ellas, con voz insinuante, como si la invitación fuera algo casual. Y yo me pregunto dónde andarán los maridos, ya que casi todo lo que veo a mi alrededor son mujeres.

—Lo tendré en cuenta. —Sonrío sin comprometerme a nada. Mi intención es ser educado sin abrir puertas que no quiero cruzar.

—Elián, podrías venir a la cena que vamos a organizar los padres del curso. Seguro que Maia se lo pasa genial —añade otra, con la misma sonrisa que las demás.

—Gracias, lo pensaré. —Mi respuesta es automática y espero que suficiente para cerrar el tema.

Las madres se miran y, aunque mantienen sus sonrisas, puedo ver la leve decepción en sus ojos. Una a una, se van alejando, dejándome finalmente solo. Respiro con alivio, aunque sé que esto es solo una tregua temporal. Siempre es lo mismo. No importa lo cuidadoso que sea, la atención sigue ahí, persistente y no deseada. La curiosidad que despierto y la fama que me precede provocan situaciones que me incomodan.

Poco después, me acerco al patio donde los niños están a punto de empezar su actuación de fin de curso. Maia me ve y me sonríe con esa alegría pura que solo ella puede darme. Me siento en una de las sillas reservadas para los padres, observando cómo los niños se preparan para su pequeña representación.

El espectáculo es sencillo, pero lleno de ternura. Los niños cantan, recitan y bailan con una energía contagiosa. Mis ojos siguen cada movimiento de Maia, orgulloso de verla tan feliz y despreocupada. Es en momentos como este cuando todo parece valer la pena, cuando la lucha interna se calma, aunque solo sea por un rato.

Al terminar la actuación, Maia corre hacia mí con los brazos abiertos, y me agacho para recibirla en un abrazo.

—¡Papá! ¿Te ha gustado? —pregunta, con un brillo de emoción en su mirada.

—Ha sido maravilloso, Maia. Lo has hecho genial —le digo besándole la frente.

—Quiero que conozcas a mi profe —dice, tirando de mi mano con entusiasmo.

Dejo que me guíe hasta una mujer joven, que está rodeada de varios niños. Maia se acerca a ella con una confianza que me sorprende y cuando la mujer levanta la

vista y me ve, me sonríe con calidez. Su mirada profunda me desestabiliza momentáneamente.

—Hola, soy Althea Petrakis. Es un placer conocerle por fin. Maia me ha hablado mucho de usted. —Su voz es suave con un tono que transmite seguridad y tranquilidad al mismo tiempo.

—El placer es mío, Althea —respondo, notando la naturalidad con la que se desenvuelve. Es joven, pero hay algo en ella que inspira confianza—. Por favor, tutéame.

Sigue leyendo aquí:

¿Nos seguimos en Facebook?

GRACIAS

S.S.